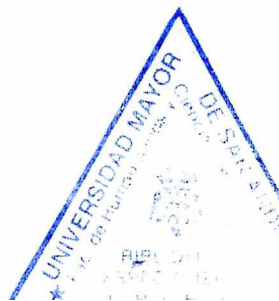


UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
CARRERA DE LITERATURA



TESIS DE GRADO

EL ENEMIGO INTERIOR Y OTROS

Tesis de escritura creativa

POSTULANTE: JOSÉ MANUEL BAPTISTA

TUTOR: DR.GUILLERMO MARIACA

LA PAZ - BOLIVIA

2015

A mis padres,

A R. V., que leía los poemas de Carver

Índice

Ensayo: En torno a los alarmantes objetos de Raymond Carver, miniaturista

Acerca de Carver y <i>Catedral</i>	4
Vidas cotidianas, objetos alarmantes	6
"El tren"	9
La teoría del iceberg	12
"Conservación" (o cómo evitar la intoxicación)	14
"La forma de cuento inventada por Joyce"	20
Digresión parasitaria sobre algunos títulos y traducciones	23
Carver, miniaturista	27
Bibliografía	36

Obra ficcional: "El enemigo interior y otros"

Prolegómeno	39
"Buenas noches Irene"	40
"Arañas"	48
"La verdadera"	53
"El enemigo interior"	62

En torno a los alarmantes objetos de Raymond Carver, miniaturista

*El mundo es tan complicado, enmarañado y sobrecargado
que para ver con algo de claridad en él
es necesario podar
y podar.*

Ralo Calvino

Acerca de Carver y *Catedral*

En sus "Consejos sobre el arte de escribir cuentos", Roberto Bolaño recomienda a sus aprendices de cuentista leer con atención a Poe, Horacio Quiroga, Rulfo, Borges y Felisberto Hernández, entre algunos más. Tras proponer una diversa galería de nombres tocados por la gracia y mencionar otras artimañas varias, el dodecálogo concluye así: "Lean estos libros y lean también a Chéjov y a Raymond Carver, uno de los dos es el mejor cuentista que ha dado este siglo". Semejante declaración —que no deja de ser sugerente, pues el ruso murió apenas en 1904, volveremos sobre esto— hubiera sonrojado a Carver, nacido en Claktskanie, Oregon en 1938, que veía en Antón Chéjov a su "doble, mentor y compañero del alma"². Aunque el juicio de Bolaño es contundente, la crítica jamás ha logrado ser clara respecto a la obra del cuentista y poeta norteamericano. Ha sido denominado, por una variedad de comentaristas, "un nihilista epistemológico detrás de una máscara realista que comparte el rechazo posmodernista de lidiar con la realidad", "el fundador de una nueva y altamente original representación del estilo minimalista", "el imitador de un insípido tono hemingwayano más adecuado para la ficción popular"³, e incluso "un cronista de la desesperanza urbana desprovisto de estilo y con virtualmente ninguna firma literaria".⁴

¹ Bolaño. *Entre Paréntesis*, p.325.

² William Stull. "Biographical essay of Raymond Carver", *Dictionary of Literary Biography*.

³ La "popular fiction", también conocida como "genre fiction" (i.e. las novelas de aeropuerto, los western, las policíacas), es un tipo de narrativa que intenta encajar dentro de un género literario específico para atraer lectores ya familiarizados con éste. Hay ciertas *convenciones de género* como locaciones, roles, eventos y valores que definen su pertenencia. Mientras más conforme al modelo sea la escritura, más posibilidades de publicación. Se la diferencia normalmente de la "ficción literaria".

⁴ Gunther Leypoldt. "Raymond Carver's "Epiphanic Moments".

Las dificultades que tenía la crítica catalogando a Carver se vieron acentuadas a fines de los años noventa, cuando su editor Gordon Lish reveló en una entrevista la magnitud del trabajo que había realizado con el manuscrito que se publicó en 1981 como *What We Talk About When We Talk About Love (De qué hablamos cuando hablamos de amor)*. "Algunas historias fueron acortadas en un tercio, varias por más de la mitad, y dos de ellas en tres cuartos de su extensión original. La reducción en conjunto del manuscrito, en conteo de palabras, fue de 55%"⁵, anota William L. Stull, editor de los relatos reunidos de Carver para la *Library of America*, el equivalente norteamericano de *La Pleiade*. Tras esta publicación, la fama del autor como uno de los mayores exponentes del estilo "minimalista" se asentó. El adjetivo, que incomodaba a Carver por su vaguedad, todavía no se le ha desprendido. "Es una etiqueta que me molesta", dijo en una entrevista de 1986, dos años antes de su muerte, "sugiere la idea de una visión estrecha de la vida, pocas ambiciones, y limitados horizontes culturales. Y francamente, no creo que sea mi caso. Claro, mi escritura es magra y tiende a evitar excesos. Hay un dicho de Hemingway que podría tomar como mi lema: "la prosa es arquitectura. Y esta no es la era Barroca"⁶. Puede decirse con certeza que el precepto "menos es más" fue uno de los principios de su escritura y sin duda la letanía repetida por Lish durante su trabajo editorial. Anota Stull: "Gordon creía que si podías decirlo en cinco palabras en vez de quince, debías usar cinco". Bajo la tutoría de Lish, la ficción de Carver se volvió más magra y lacónica, tipo iceberg en sus profundidades escondidas"⁷. Se trata, claro, de la importante lección de Hemingway — solamente un octavo de su masa debe aparecer sobre el agua, dijo hablando de la escritura de relatos el cuentista norteamericano más influyente del siglo— que resuena aquí con fuerza. También Chéjov, en una carta dirigida a un amigo en 1886, demandaba entre cuatro otras premisas "brevedad extrema" y "rechazo de las descripciones elaboradas".

La aparición de *Cathedral (Catedral)* en 1983 marcó, sin embargo, "la graduación de Carver de la escuela de Gordon Lish"⁸. En una serie de cartas a su editor en los meses anteriores a su publicación, Carver deja claro que ya no deben hacerse alteraciones editoriales sin su

⁵ "Note on the texts", *Carver Collected Stories*, p. 991.

⁶ "Chronology", p. 973.

Stull. Idem.

⁸ Idem.

consentimiento; escribe a Lish en una carta por lo demás humilde y profundamente agradecida por su valiosa colaboración: "tú sabes que yo quiero tener autonomía en este libro y que las historias tienen que salir viéndose muy esencialmente de la manera que se ven ahora".¹⁰ Añade algunas semanas después, al momento de pedir las galeras del libro: "no necesito decirte que es crítico para mí que no haya revoltijos en torno a los títulos o el texto".¹¹ La decisión de Carver, finalmente en posesión de su privilegiado lugar entre los escritores de su tiempo de independizarse de la mano de Lish es terminante.

En ese sentido, trabajar con *Catedral*, su penúltimo libro de relatos publicado en vida, significa leer a un Carver maduro y libre de las presiones editoriales y económicas que lo habían agobiado hasta entonces. Además de la apenas superada sombra de su alcoholismo. En este terreno la polémica Carver-Lish (asunto un tanto difícil de ignorar cuando hay incluso quien habla de una virtual co-autoría en algunos casos) sencillamente no existe. Los doce cuentos de *Catedral* son Carver puro: sin destilamiento editorial. El aclamado crítico literario Harold Bloom lo incluyó como el último autor de su libro publicado el 2001, *Short Story Writers And Short Stories (Cuentos y cuentistas. El canon del cuento)*. Bloom escoge el relato *Catedral* para comentarlo por ser su preferido entre los de su compatriota. En cuanto a su reconocimiento en nuestro idioma, para el español Enrique Vila-Matas, junto a los *Dublinese*s de Joyce, *Catedral* es "un libro imprescindible para todo aquel que se plantee escribir algún día relatos".¹² Dejémoslo ahí.

Vidas cotidianas, objetos alarmantes

Se dice que Raymond Carver ha revelado la extrañeza escondida detrás de lo banal. Su lenguaje es claro y engañosamente simple, y la aparente impenetrabilidad de algunos de sus relatos es tema de debate. La ocasional dificultad o incapacidad de interpretación del lector frente a la escritura carveriana se debe parcialmente a la narración sesgada que acostumbra el autor, quien indica: "lo que crea la tensión en un trabajo de ficción [...] son también las cosas

¹⁰ "Note on the texts", p.984.

¹⁰ Idem, p.985.

¹¹ Vila-Matas. "Biblioteca de cuarto oscuro", en *Una vida absolutamente maravillosa*, p. 156.

que se dejan afuera, las que están implícitas, el paisaje justo debajo de la llana (pero a veces rota e inestable) superficie de las cosas”¹². De las continuas "omisiones" que sus narradores se permiten cobra densidad aquello que Ricardo Piglia llama "la historia secreta" de todo cuento, la elusiva revelación detrás de la fachada. Apunta Carver: "todo es importante en un relato, cada palabra, cada signo de puntuación. Creo mucho en la economía dentro de la ficción”¹³: la tensión obtenida al trabajar con esta precisión permite que los gestos más comunes y los objetos más banales logren esconder sentidos, intranquilidades o tormentos emocionales. En su ensayo "Fires", publicado en 1982, el norteamericano señala: "pongo los muebles y las cosas que rodean a la gente en las historias conforme voy necesitando esas cosas. Quizá es por eso que se ha dicho a veces que mis historias no están adornadas, que están reducidas al máximo, que son *minimalistas*”¹⁴.

Sin embargo, si bien Carver acepta de manera un tanto problemática esta identificación entre economía narrativa y minimalismo, vale la pena matizarla. La economía narrativa es un principio que construye de forma que no es posible restar nada de la estructura sin quebrarla. El minimalismo, por su lado, se entiende como la relación enigmática entre lo que está presente en un texto y lo que está implícito por la ausencia, parafraseando al crítico Michael Trussler. El minimalista se interesa tanto por lo silenciado como por lo hablado, podríamos decir. Como Hemingway, otro revisador obsesivo, Carver hacía decenas de borradores de sus historias ("veinte o treinta, nunca menos de diez o doce"), las releía una y otra vez, podándolas, puliéndolas "hasta llegar al tuétano, no solo hasta el hueso”¹⁵. Hay una ética del trabajo, un compromiso con la obra, detrás de ese rigor, mucho de lo que no se ve ha sido también imaginado y considerado, y tras repetidas deliberaciones (revisiones) voluntariamente velado.

El escritor argentino Andrés Neuman cree ver condensada en ese *silencio* la esquiua técnica carveriana: "Se trata de insinuar a la contra. De decirnos aquí no pasa nada para que, intrigados, nos preguntemos qué demonios pasa [...] eso hacen sus cuentos. Enfatizar la elipsis.

¹² Carver. "On writing", p.732.

¹³ Roberto Goñi. "El autor y la inquietud de lo cotidiano".

¹⁴ Carver. Op. cit, p.736

¹⁵ "The Art of Fiction", 1983.

Callarse con estruendo.”¹⁶ En efecto, el paradigmático cierre del brevísimo "One More Thing" ("Una cosa más") corrobora la intuición de Neuman. Es una pelea entre un marido borracho de un lado y su esposa e hija del otro, y éste es finalmente echado de la casa. Se rumian cosas hirientes, rezuman en el dialogo la miseria y la rabia, el odio, y la violencia dentro del hombre parece una bomba a punto de estallar. Después de una ventana rota y una amenaza de llamar a la policía, el marido acepta irse, hace sus maletas, vuelve a la sala. Y cuando está en el umbral a la calle dice: "Sólo quiero decir una cosa." Última línea: "Pero luego no logró pensar lo que podía ser.”¹⁷ No suelen ser locuaces, los personajes de Carver, pero el silencio no es lo mismo que el vacío.

Otro ensayo del norteamericano —originalmente aparecido en *The New York Times Review* en 1981, con el título "A Story Teller's Shoptalk" ("Charla de oficio de un narrador de cuentos"), aborda con más detenimiento la "técnica carveriana". En "On Writing" ("Acerca de la escritura"), así rebautizado por su autor al publicarlo más tarde, el cuentista revela con mayor claridad cierta clave particular de su poética: "es posible, en un poema o en un relato corto, escribir sobre cosas y objetos ordinarios usando un lenguaje ordinario pero preciso, y dotar esas cosas —una silla, la cortina de una ventana, un tenedor, una piedra, un arete de mujer— de inmenso poder, incluso alarmante poder”¹⁸. Es válido suponer que relatos que llevan el registro de vidas rutinarias, con personajes poco articulados y marginales que afrontan crisis comunes (problemas laborales, maritales o familiares, alcoholismo, pobreza, soledad e incapacidad de comunicación), deban parte de su magnetismo al *alarmante poder* que Carver pretende y logra conferir a algunos objetos.

Por cuestiones de extensión, en el cuerpo del ensayo nos limitaremos a una lectura detallada de los vínculos simbólicos que estos "objetos ordinarios" establecen con los personajes y sus conflictos, en dos relatos donde la rica promesa de Carver de impregnar sus historias de un leve aire de amenaza —o la inminencia de una revelación— es cabalmente cumplida. Finalmente veremos cómo, gracias a la precisión y el rigor de su escritura y la incorporación de otras

¹⁶ Neuman. "Seis estilos en busca de un autor".

¹⁷ Carver. Op. cit, p.326

¹⁸ On writing", p. 730.

técnicas narrativas fraguadas por maestros anteriores, el autor forja un estilo propio: una manera individual de ver y contar el mundo.

"El tren"

*La vida es como un tren, amigo mío,
que no deja de avanzar día tras día, mes tras mes,
pero que acaba llegando al final de la vía.
Y la muerte espera al final de la vía.*

Abbas Kiarostami, *El sabor de la cereza*

La sencilla trama *visible* del relato "El tren" puede resumirse en un largo párrafo:

Una mujer llamada Miss Dent, que "aquella tarde había encañonado a un hombre con una pistola", espera un tren en una estación vacía en medio de la noche. Repentinamente un anciano "de pelo blanco y corbata blanca de seda" y "una mujer que llevaba los ojos sombreados, los labios pintados, y un vestido de punto de color rosa" entran a la sala. Ninguno lleva abrigo y el anciano está descalzo. Miss Dent piensa que quizás "hubiesen bebido demasiado" y "salido de algún sitio a toda prisa". La dispar pareja se sienta frente a Miss Dent y ésta no puede evitar escuchar su conversación. Más bien afable, el anciano escucha a la mujer, que se exalta *in crescendo*, y se dispone a buscar fósforos para encender un cigarrillo. Por su parte, la mujer maquillada, molesta por la atención que le presta a sus asuntos una desconocida que apenas abre la boca, dirige miradas agresivas a Miss Dent e incluso la interpela directamente: "apuesto que usted ha cometido errores en la vida [...] pero usted no va a hablar de ello". Cuando Miss Dent se levanta y tras beber agua hace "acopio de fuerzas para hablar" y piensa en "decir primero que tenía una pistola en el bolso", acompañado de su parafernalia de sonidos, el tren llega a la estación. El grupo de pasajeros observa entrar al grupo

¹⁹ "The Train" también puede ser leído como una secuela de "The Five-Forty-Eight", relato de John Cheever (a quien convenientemente está dedicado). El personaje de Miss Dent, así como la escena con el hombre que ruega por su vida, son aquí recuperadas por Carver para escribir otra historia, en el caso de nuestro análisis, por completo independiente.

²⁰ Carver. *Catedral*, p. 135. En adelante las citas textuales al libro de Carver pertenecen a la traducción de Benito Gómez Ibañez, salvo excepciones donde se alude al original en inglés, por la relevancia de las distancias que median entre el original y la traducción.

de tres, asume que van juntos y se pregunta qué asuntos les habrían sacado de sus casas, "a aquella hora, la gente debería estar pensando en acostarse". Piensan después, que "fuera cual fuese el asunto que les tenía ocupados aquella noche, no había tenido un desenlace satisfactorio", y sin embargo, "aquello tal vez no fuese tan malo como parecía", pues "los viajeros habían visto en su vida cosas más extrañas". Entonces, el tren ilumina las vías y continúa su viaje.

El revólver discreto

Su existencia es anunciada desde la primera oración: "La mujer se llamaba Miss Dent, y aquella tarde había encañonado a un hombre con una pistola". El detalle es significativo pues el revólver encarna la violencia que va destiñendo (con altibajos) a lo largo del relato. Carver escribe: "Le había obligado a arrodillarse en el polvo suplicando que le perdonara la vida", y aunque en apariencia este acto de humillación no es gratuito: "trataba de hacerle comprender que no podía seguir pisoteando los sentimientos de la gente", el lector sólo puede suponer su detonante, el encañonado la ha agredido, tal vez sexualmente: "quería dejar de pensar en el hombre y en su comportamiento con ella después de conseguir lo que quería". El revólver empodera a Miss Dent, y al invertir los roles, al encañonar a su agresor, se hace detentadora de la violencia que antes la había sometido. En la versión inglesa, el primer párrafo termina cuando Miss Dent "puso el revólver dentro del bolso y volvió a pie a la estación de trenes". El revólver no volverá a salir a la superficie, pero la "historia secreta" del cuento se construirá en buena parte sobre la tensión entre un revólver escondido en un bolso y una mujer beligerante que provoca a su portadora a volverlo a sacar.

El bolso de Miss Dent

A partir del momento en que Miss Dent se sienta en un banco de la sala de espera sabemos que tiene "el bolso en el regazo". Cuando entran el anciano y la mujer, aquel saluda educadamente y ésta mira a Miss Dent dándole a entender que "no se alegraba de encontrarla en la sala de espera". Más adelante, el anciano comienza a buscar fuego, y la mujer dice "si es que tienes que fumar, *ella* quizá tenga una cerilla", y procede a lanzarle "una mirada a Miss Dent". La

reacción es inmediata: "...Miss Dent meneó la cabeza. Se acercó más el bolso. Tenía las rodillas juntas, los dedos crispados sobre el bolso". Al menor signo de provocación, Miss Dent se aferra a su bolso, y el foco se vuelca hacia éste. Durante el relato, el escurridizo narrador sólo dice, sin embargo, que lleva un revólver. No sabremos del bolso nada más, ni siquiera su color. El bolso existe únicamente en función a lo que porta dentro de sí.

Las "rapid fire words"²¹ que espeta la mujer segundos después —y que Miss Dent no comprende— al dirigirse al anciano insinúan también este ambiente cargado de pólvora. Los dedos *crispados* sobre el bolso se mantienen así hasta que, algunas líneas más adelante, el anciano le pide a la mujer que se calme: "tendrás que ir más despacio. Habla inglés. No puedo seguirte", le dice, y entonces "Miss Dent dejó de aferrar el bolso y lo puso en el banco, junto a ella. Miró el cierre. No sabía exactamente lo que debía hacer". El narrador es muy escueto en cuanto a lo que revela del flujo de pensamientos de la protagonista; apenas nos dice lo que observa y poco más, pero es plausible imaginar que Miss Dent esté considerando sacar otra vez su revólver para recordarle a la mujer maquillada quién manda allí.²² Entretanto, ésta continúa regando sus opiniones, y exasperada, pregunta al anciano: "¿Esa mujer del bolso va a preocuparse por ti?". Los pasajeros del tren, minutos más tarde, ven a una mujer "vestida con blusa y falda de verano que aferraba un bolso". Por cierto que el bolso tiene algo de magnético, su presencia no pasa desapercibida para ninguno de los personajes en el relato.

De hecho, la intuición de la mujer maquillada nos permite echar un vistazo a una de las metonimias que utiliza Carver para sugerir "la historia secreta" del cuento. La segunda vez que interpela a Miss Dent, la mujer le dice: "¿Tengo razón? Agua mansa. ¿Así es usted?" (*Am I right? Still waters, is that your name?*). La mujer —que ya ha mostrado su gusto por los proverbios: "un leopardo no muda las manchas", le ha dicho al anciano momentos antes—

²¹ *Stories*, p. 469. Gómez Ibáñez traduce "rápida manera de hablar", p.137.

²² En la versión inglesa Carver no usa el habitual "purse" norteamericano para referirse al bolso de Miss Dent, sino que repite consistentemente el británico "handbag". Como curiosidad, anotemos que en la época en que Carver escribía este relato (1981-82), el bolso de Margaret Thatcher se convirtió en uno de los íconos de una era: un arma esgrimida frente a infortunados oponentes o ministros díscolos. El verbo "to handbag" fue agregado al Oxford English Dictionary, que lo define como: (de una política) tratar (a una persona, una idea, etc.) sin piedad o insensiblemente. La propia lady Thatcher le dijo una vez a un entrevistador: "Of course, I am obstinate in defending our liberties and our law. That is why I carry a big handbag."

insinúa ahora aquel otro que dice en español *cuidate del agua mansa (still waters run Jeep)* y advierte o vislumbra parcialmente la violencia contenida detrás de la apariencia inofensiva de Miss Dent. El revólver aguardando en el bolso cumple la misma función.

Se hacen algunas alusiones más al bolso: después de "una mirada agresiva, como si la desafiara a llevarle la contraria [...] Miss Dent *cogió el bolso* y se lo puso en el regazo"; tras una provocación verbal, más directa, Miss Dent "se levantó del banco *sin dejar el bolso* y se acercó a la fuente"; finalmente, leemos que al entrar al tren "ella *llevaba el bolso sujeto contra la blusa*" [las cursivas son mías]. También de estas reacciones puede deducirse que Miss Dent interactúa con su bolso (lo acerca, lo deja a un lado, se aferra a él) respondiendo a la tensión que emana de sus intercambios con la pareja. Estos movimientos apenas velados construyen paulatinamente el "paisaje justo debajo de la llana (pero a veces rota e inestable) superficie de las cosas" del que habla su autor.

Segundos antes de que llegue el tren, tras haber sido exhortada por la mujer maquillada por última vez, Miss Dent hace "acopio de fuerzas para hablar. No sabía por dónde empezar, pero pensó que podría decir primero que tenía una pistola en el bolso. Incluso podría decirles que aquella misma tarde había estado a punto de matar a un hombre". El tren, sin embargo, se hace escuchar antes de que abra la boca. Esta llegada marca el único cambio de foco narrativo en el relato y señala el fin de las anécdotas de Miss Dent y la pareja.

La teoría del iceberg

Colateralmente, el narrador es lacónico no sólo con lo que ha sucedido entre Miss Dent y el hombre antes de ser encañonado, sino también con la información que suministra acerca de la anécdota del anciano y la mujer maquillada, la mayor parte mediante el diálogo entre ambos. Aun así, percibimos en su historia un leve aire de riesgo, una amenaza latente. Al entrar a la sala "a Miss Dent le pareció que tenían cierto aire de inquietud, de haber salido de algún sitio a toda prisa y de ser incapaces todavía de hablar de ello". Y a pesar de saludar "como si se tratara de un anciano elegante con zapatos y esmoquin" y fumar con boquilla, el anciano no tiene zapatos. La mujer maquillada dice: "No puedo soportar a esa pandilla de locos", y "es esa

chica la que me da lástima [...] pobrecita, sola en una casa llena de idiotas y de víboras". La mujer no sustenta estos adjetivos ni explica cuál es su relación con la chica que compadece; pero del último comentario que hace al respecto, además de añadir un toque de extrañeza a su historia, podemos intuir (por los objetos mencionados) que se trata de una banda que lleva una vida suntuosa y disipada: "¿A quién le importa el resto de esa tribu? Toda su existencia gira alrededor del *café au lait* y los cigarrillos, de su refinado chocolate suizo y de esos puñeteros guacamayos".

Se hace referencia a un solo nombre, "el capitán Nick", del que no sabemos más —la mujer opina en cierto momento que es "un imbécil"— salvo las palabras que dice a su favor el anciano: "Tú estabas en otra habitación cuando él dijo: "Yo no soy serio, pero estoy enamorado de ella." Esas fueron sus palabras". Otros mínimos datos se filtran por el diálogo, pero la historia queda inconexa, el lector tiene la libertad de llenar los vacíos con su imaginación.

En realidad ningún relato, largo o corto, ni siquiera las novelas más maniáticamente realistas, se cuentan jamás *completas*, es decir, sin omitir detalles, gestos de los personajes, espacios u objetos que ayuden a entenderlos, a captar mejor su entorno político, social y cultural. El escritor decide conscientemente qué discurso, qué sucesos y descripciones serán parte de la acción y qué se dejará sin relatar, como parte de las elipsis. Dicho esto, en "El tren", Carver obstinadamente narra por omisión, buscando que sus silencios sean significativos y ejerzan una influencia sustantiva sobre la parte explícita de la historia. Estas ausencias activan la curiosidad y la expectativa del lector, dándole a indagar por aquello que está bajo la superficie. En ese sentido, el cuento obtendría un sobresaliente en un taller de escritura impartido por Hemingway. Es un excelente ejemplo de la "teoría del iceberg" puesta en práctica. En *Muerte en la tarde* (1932), el norteamericano explica: "Si un escritor en prosa conoce lo suficientemente bien aquello sobre lo que escribe, puede silenciar cosas que conoce, y el lector, si el escritor escribe con suficiente verdad, tendrá de estas cosas una impresión tan fuerte como si el escritor las hubiera expresado. La dignidad de movimientos de un iceberg se debe a que solamente un octavo de su masa aparece sobre el agua." Carver siempre se reconoció

²³ Hemingway. *Muerte en la tarde*, p. 230.

admirador de la obra y la técnica de Hemingway²⁴, es de los infaltables —junto a Chéjov y Tolstoi o Flannery O' Connor— cuando lo interrogan acerca de sus mayores influencias.

De vuelta al cuento. Los últimos cinco párrafos son narrados desde un nuevo foco, ahora ubicado en el interior del tren, con la perspectiva de los pasajeros. Desde allí, la gravedad de lo que ha ocurrido a ese grupo de tres se relativiza aún más: "pero los viajeros habían visto en su vida cosas más extrañas. El mundo está lleno de historias de todo tipo, como ellos bien sabían. Aquello tal vez no fuese tan malo como parecía". La violencia latente contenida bajo la superficie —y dentro del bolso— es neutralizada. Miss Dent y la pareja se unen al resto de los viajeros. La imagen final del tren surcando la campiña a toda marcha, "con sus vagones brillantes arrojando luz sobre la vía" trae consigo más bien un aire de serenidad. La vida, como dicen las telenovelas, continúa.

"Conservación" (o cómo evitar la intoxicación)

"We lost our Freon" ("Nos hemos quedado sin freón"), dice el esposo innominado de Sandy cuando observa que su refrigerador se ha estropeado y toda la comida está descomponiéndose. Pero cuando lo dice, esa curiosa palabra "freón" suena como algo más que el nombre de un refrigerante, la frase tiene algo de sentencioso. Como si ya todo estuviera perdido.

Desde fines de 1800 hasta 1929, los refrigeradores usaban gases tóxicos como amoníaco, cloruro de metileno o dióxido de sulfuro como refrigerantes. En los 20's ocurrió una serie de accidentes fatales debido a fugas de cloruro de metileno. La gente comenzó a dejar los refrigeradores en sus patios traseros. El esfuerzo colaborativo entre tres corporaciones norteamericanas: Frigidaire, General Motors y DuPont por encontrar un método más seguro de refrigeración culminó con la invención de un "compuesto milagroso" llamado Freón. [...] Los freones son gases o líquidos no inflamables, incoloros, inodoros y no corrosivos. Dado que el freón no es tóxico, se eliminó el peligro que planteaban las fugas de

²⁴ De hecho, "The Aficionados", su segundo cuento —publicado con seudónimo en 1963— es una sátira de las historias acerca de toreros condenados de antemano. También es una curiosidad en cuanto la historia transcurre en España, pues Carver sitúa la gran mayoría de sus relatos en su tierra natal; no una Norteamérica espléndida y llena de riqueza y oportunidades, sino más bien su reverso oscuro, aquella que se esconde debajo de la superficie, donde el capitalismo salvaje y la mentira del sueño americano asoman su peor cara.

refrigeradores. [...] Sólo décadas más tarde se supo que los clorofluorocarburos [como el Freón] ponían en peligro la capa de ozono de todo el planeta.²⁵

Pero nos estamos adelantando. La palabra aparece recién hacia la mitad del cuento. Una vez más, la trama es sencilla, sin mayores vericuetos; la primera oración —como gusta hacer Carver en ocasiones— condensa la crisis de la situación: "El marido de Sandy se había instalado en el sofá desde hacía tres meses, cuando le despidieron". El desempleo es uno de los temas recurrentes en la Norteamérica carveriana, basta para comprobarlo recordar otros relatos que comienzan con la misma preocupación, como "Vitaminas" (Yo tenía trabajo y Patti no.), incluido en *Catedral*, "No son tu marido" ("Earl Ober era vendedor y estaba buscando empleo.") y "Recolectores", ("Estaba sin trabajo."), ambos compilados en *¿Quieres hacer el favor de callarte, por favor?* (1976). En "Conservación", el desempleo no será sólo fuente de angustia o de tensiones familiares sino uno de los detonadores de una crisis marital con resonancias metafísicas y una epifanía que no alcanza su consumación. Pero antes concentrémonos en algunos objetos.

El sofá letárgico/Los "malos" libros

También el sofá se instala en el relato desde la primera oración. El marido de Sandy no se levanta de ahí durante todo el día, todos los días, desde hace tres meses. Lee el periódico de principio a fin, "incluyendo las esquelas y la sección que indicaba la temperatura de las ciudades importantes", y después ve televisión, o mira (quizá lee) "una cosa que se titulaba *Misterios del pasado*. Sostenía el libro delante de él con las dos manos y la cabeza inclinada sobre las páginas, como si estuviera inmerso en la lectura". Al día siguiente del despido, su marido intenta encontrar otro trabajo, "pero no había empleos ni del tipo del suyo, ni de ningún otro tipo" y "aquella noche volvió a echarse en el sofá. Empezó a pasar ahí todo el tiempo, como si, pensaba ella, eso fuese lo que debía hacer ahora que ya no tenía trabajo". "Vive en el cuarto de estar", se dice a sí misma Sandy, "cuando ella se iba a trabajar, él ya se había acomodado en el sofá", y cuando volvía en la tarde "él estaba sentado en el sofá, o tumbado, vestido con la ropa que solía llevar al trabajo". Sandy se da cuenta "de que las cosas estaban tomando un giro

²⁵ <http://inventors.about.com/library/inventors/blfreon.htm>

extraño" y, como todavía quiere a su esposo, aunque la situación la avergüenza, le confía a una amiga del trabajo lo que le ocurre a su marido: "lo de quedarse en el sofá todo el tiempo". Ésta le cuenta a su vez de un tío suyo que "arando cumplió los cuarenta, se metió en cama y no se levantó más". La noticia del hombre que "había estado en cama veintitrés años" (y allí seguía, hasta donde supone Sandy) la estremece. Tras sumar esos años a su propia edad, decide que es inaceptable que "su marido, un hombre joven y sano, se aficionara al sofá de aquel modo".

En circunstancias particulares, sin embargo, Sandy cree que podría aceptarlo.

Si su marido estuviera mutilado o enfermo, o hubiese resultado herido en un accidente de coche, sería diferente. Eso podía entenderlo. Si se tratase de algo así, sabía que podría soportarlo. Entonces, si él tuviera que vivir en el sofá y ella tuviera que darle allí la comida, tal vez hasta llevarle la cuchara a la boca, eso habría tenido cierto encanto. (...*there was even something like romance in that kind of thing.*)

¿De dónde sale este temperamento romántico? La respuesta más evidente es que Sandy es una lectora. El narrador no necesita hacerlo explícito, lo sugiere comentando de pasada que el libraco que lee su marido se lo regalaron a ella "por inscribirse en un club del libro". El problema —uno de ellos— es que tanto Sandy como su marido leen de manera improductiva, peligrosa incluso. Imaginándose como la heroína de la novela más famosa de D.H. Lawrence (tal vez), Sandy revela ese deseo típicamente novelesco de vivir ella misma lo que lee. La realidad es pobre a tal punto que la lectura se vuelve un espejo de lo que la vida debería ser. Y como buena lectora, Sandy le da preponderancia a la *forma*. Es capaz de sobrellevar la tragedia que sea, a condición de que su vida tenga una forma romántica.

En cuanto a su marido, al leer "ese grueso libro" *Misterios del pasado*, su experiencia personal se transforma en la corroboración de la verdad del texto —el entresijo del hombre atascado—. El marido de Sandy lee para descifrar una verdad enterrada en él (y se condena al hacerlo). El motivo del *estancamiento* se reproduce en la página del libro que observa "*as if he were being drawn in by what he was reading*" ("como si estuviese siendo empantanado por lo que leía").

Collected Stories, p.383. Gómez Ibáñez traduce: "como si estuviera inmerso en la lectura", p.39.

En la fotografía de "un hombre que habían descubierto al cabo de dos mil años en una turbera en los Países Bajos"²⁷, el hombre en paro encuentra a su infortunado modelo.

Una buena parte de "Conservación" (dos tercios de la extensión total) transcurre en una sola noche. Una noche cualquiera en la que Sandy llega del trabajo y entra por la puerta de la cocina y se queda mirando hacia el cuarto de estar. "Los pies descalzos de su marido sobresalían por un extremo del sofá. Por el otro, apoyada en un cojín atravesado en el brazo del sofá, vio la cabeza." Hasta este momento, en algo más de tres páginas, la palabra "sofá" se ha repetido quince veces, pero en las páginas siguientes (alrededor de siete) se repetirá sólo diez veces más, pues otro objeto de menor magnetismo dentro del relato pero con un peso simbólico igualmente importante entrará en escena.

"Ella no estaba segura de si había estado durmiendo todo el tiempo o qué", acota el narrador cuando Sandy le grita a su marido desde la cocina que *el refrigerador* está averiado. El sofá está investido no sólo de propiedades letárgicas ("No se movía. Podía estar o no dormido, y podía o no haberla oído entrar. Pero decidí que *daba lo mismo* de todos modos"), sino que ejerce una influencia viciosa, paralizadora, casi maligna, sobre su habitante. "*That goddamn sofa!*"²⁸ (*¡Ese maldito sofá!*), exclama Sandy, que jamás quiere volver a sentarse en él, si bien recuerda que al principio su marido y ella solían hacer el amor ahí. El sofá es signo y potencia del estancamiento al que se ve reducido el esposo. El refrigerador descompuesto, más amenazador aún, tendrá otras implicaciones.

La nevera conyugal

Tras ver la silueta de su esposo confundida con la del sofá, Sandy se dirige a la nevera buscando yogurt, "pero al abrir la puerta, le vino un aire cálido y con olor a cerrado. No podía creer el desbarajuste que había adentro". El helado está por todas partes, en la fuente del arroz y las porciones de pescado. Después, abre la puerta del congelador. "Sintió una bocanada de un olor

²⁷ Una turbera es una cuenca lacustre generalmente de origen glaciar en la cual se ha acumulado un combustible fósil formado de residuos vegetales, que al arder produce un humo denso.

²⁸ Op. cit, p. 384. Gómez Ibáñez traduce: "¡ El puñetero sofá!, p. 39.

asqueroso que le dio arcadas", Sandy saca el yogurt de la nevera y lo huele, "entonces fue cuando gritó a su marido". La reacción de éste es, desde un principio, al menos desmedida, y un tanto extraña. "Su marido miró en el interior de la nevera y en su rostro apareció una expresión muy grave. Luego husmeó en el congelador y vio cómo estaban las cosas [ahí adentro]" (*...and saw what things were like in there*). Entonces dice: "¡Maldita sea! Las desgracias nunca vienen solas. Mira, esta nevera no puede tener más de diez años. Estaba casi nueva cuando la compramos. Mis padres tuvieron un frigorífico que les duró veinticinco años. Se lo regalaron a mi hermano cuando se casó. Funcionaba muy bien."

El marido de Sandy, aunque no tenga conciencia de ello, no está hablando sólo de una nevera (la nevera longeva como regalo de bodas también alude a la idea) sino del estado de su relación marital: está en proceso de descomposición. Un poco más adelante el esposo dirá sobre las neveras que, como los matrimonios, "la mayoría están hechas para durar toda la vida". En esta línea, la poetisa Tess Gallagher, segunda mujer de Carver, observa de "¿Qué queréis ver?" —un relato póstumo en el cual una buena cantidad de salmón y otros mariscos se descongela accidentalmente—: "la imagen final de la comida echada a perder recuerda a "Conservación", que sugería que las relaciones humanas, como los alimentos descongelados, son perecederas, y que a partir de cierto punto no pueden recuperarse"²⁹.

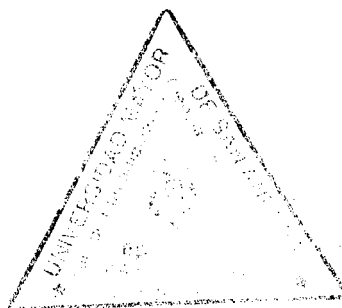
Confundido, el marido de Sandy sacude la nevera y adentro, algo se rompe. "Necesitamos una nevera nueva", dice Sandy. Él no responde, y juntos empiezan a sacar las cosas de los estantes y a ponerlas sobre la mesa. Y es entonces, mientras limpia el interior de la nevera con las toallas de papel y la esponja de fregar los platos, que comprende algo:

Nos hemos quedado sin freón— dijo, dejando de limpiar—. Eso es lo que ha pasado. [Puedo olerlo.] Ha habido un escape de freón. Ha ocurrido algo y el freón se ha salido. Ya lo he visto alguna vez en las neveras de otra gente.

Ahora estaba tranquilo. Empezó a limpiar otra vez.

—Es el freón— repitió.

²⁹ Tess Gallagher. "Epílogo", en *Si me necesitas, llámame*, p. 123.



Pero la revelación no golpea a ninguno de los dos. Esa palabra "freón" tantas veces repetida ya se insinúa enigmática pero pasa desapercibida para Sandy. "Necesitamos otra nevera", insiste ella. Su esposo sugiere buscar en los anuncios de la prensa y encuentran una subasta de electrodomésticos esa misma noche. Sandy, que iba con su padre a subastas cuando era niña, de pronto "sintió grandes deseos de acudir". "Iba con mi padre", comenta, "esperando a que dijera algo más. Era lo mínimo. Pero no dijo nada." El marido no muestra mucho entusiasmo, "no quiero ir", dice primero, alegando su situación económica, si bien después, bajo un poco de coerción, acepta: "lo haremos de todos modos". Y vuelve a su libro en el sofá mientras Sandy comienza a freír parte de la comida para conservarla. Entonces se acuerda de su padre: cómo iban a las subastas de animales de granja juntos, cómo "cuando su padre y su madre se divorciaron y ella se fue a vivir con su madre, su padre le escribió diciéndole que echaba de menos su compañía en las subastas". Finalmente recuerda

la última carta que le envió, cuando ella era adulta y vivía con su marido, le dijo que había comprado una preciosa de coche en una subasta por trescientos dólares. [...] Tres semanas después, por una llamada de teléfono que recibió en plena noche, se enteró de que había muerto. El coche que había comprado tenía un escape de monóxido de carbono que se filtraba por el suelo y que le causó un desmayo cuando estaba al volante.

Si hay un clímax dramático en la historia, es éste: Sandy está pensando en su padre muerto por un escape de monóxido de carbono, está recordando que, como vivía en el campo, el auto siguió avanzando hasta que se acabó la gasolina, que su padre permaneció "varios días en el coche hasta que alguien le encontró". Y de repente empieza "a salir humo de la sartén". Sandy se espabila de esa lúgubre ensoñación de gas venenoso para vérselas con que su hogar también está asfixiándola. El motivo de la asfixia se suma a la descomposición, la intoxicación y el estancamiento. Como le sucede al Rey en el ajedrez: su ahogo significa ante todo, imposibilidad de movimientos.

La forma de cuento inventada por Joyce

En su brillante ensayo *El último lector*, Piglia aventura que "Joyce solía cifrar en una palabra la delicada construcción de *Dubliners*"³⁰, su primer libro de relatos, publicado en 1914, tras casi una década de ofrecerlo a las editoriales. La forma del cuento "inventada" por Joyce a principios de siglo —explica el crítico— que abandona el final sorpresivo y la estructura cerrada (del cuento clásico de Horacio Quiroga, por ejemplo), encierra un secreto (que es el sentido enigmático del relato, aquello que corre debajo de su superficie) en una palabra *extraña* o *mal entendida* por los personajes. Apunta Piglia: "Joyce hace de una palabra mal leída el motor de la trama. Veamos el primer relato de *Dubliners*, "The sisters": la palabra es, allí, *parálisis*"³¹. El narrador de la historia, un muchachito amigo del padre Flynn, dirá, ante la inminente muerte del sacerdote (por parálisis), que "cada noche, al levantar la vista y contemplar la ventana, me repetía a mí mismo en voz baja la palabra "parálisis". Siempre me sonaba extraña en los oídos, como la palabra "gnomón" en Euclides y "simonía" del catecismo."

Igualmente, el sentido del cuento que cierra el volumen, el más extenso de los quince, "The Dead" ("Los muertos"), está cifrado en la palabra "galochas", que la tía Julia no conoce: "¿Y qué son galochas, Gabriel?"³², pregunta a su sobrino a poco de comenzado el relato, durante una conversación aparentemente trivial. Las galochas son calzados de madera a veces reforzados con hierro, usados para andar por la nieve, el lodo o por suelo muy mojado; sirven para proteger los pies de la humedad y del frío. Se revelan enigmáticamente cruciales cuando Gretta —en las últimas páginas de la historia, y provocando así la epifanía de Gabriel— le cuenta a su esposo la historia de cómo su amor de juventud, Michael Furey, había muerto de neumonía por ir a su ventana durante las noches frías del campo. La importancia de las galochas resurge entonces por debajo de la nevada superficie de la historia. De haberlas calzado, suponemos, su joven amante no habría muerto. La forma del cuento joyceano, explica Piglia,

³⁰ Piglia. *El último lector*, p.172.

³¹ *Ibidem*.

³² Joyce. *Gente de Dublín*, p. 162.

trabaja con la referencia implícita, el segundo sentido que da forma y tensión pero que debe ser señalado en el relato para no ser una simple inferencia de la interpretación. Una historia "olvidada", secreta, circula bajo la superficie y define los hechos (es el iceberg del que habla Hemingway). Una palabra que emerge como un objeto perdido, puede ser la clave del relato invisible [...] Una palabra enigmática es la clave, y su significación es un relato y no una interpretación.³³

Así ha edificado Carver su relato "Conservación". En esa palabra extraña, "freón" —el "compuesto milagroso" que hizo seguro tener una nevera dentro de casa— se cifra el sentido del cuento. El freón es la garantía de la preservación y la salud del hogar. El matrimonio de Sandy lo ha perdido y ahora todo *apesta*. Lo dice el esposo de Sandy, que cree olerlo dos veces; la primera, ignorada por Gómez Ibáñez, y la segunda, esta sí, correctamente traducida: "Esa mierda de freón —dijo él—. Apesta". Pero el freón es inodoro; la palabra "secreta", como con Joyce, no es bien comprendida por los personajes, y en este caso, tampoco por el traductor, lo que explicaría la omisión primera de la palabra clave del relato. Sea como fuere, lo cierto es que se acabó el freón, o al menos el marido de Sandy está convencido de ello, y con eso basta.

Cuando Sandy termina de freír las chuletas de cerdo llama a su esposo para que vaya a cenar. Entonces las cosas se ponen todavía más extrañas, y la tensión llega a su límite. "Con la espumadera sacó una chuleta y la puso en un plato. No parecía carne. Era como un omoplato corroído, o una herramienta para cavar". El marido aparece en la cocina y mira "una vez más a la nevera, con la puerta abierta. (*"He looked at the fridge once more, which was standing there with its door open"*)] Y luego se fijó en las chuletas de cerdo. Abrió la boca, pero no dijo nada. Ella esperó a que dijera algo, cualquier cosa, pero siguió callado." Sandy le dice "quiero que te lo comas". Pero su marido coge el plato y se queda de pie, mirándolo. "Siéntate", insiste ella, pero él sólo se pasa el plato de una mano a la otra. Y entonces ella nota unos charquitos de agua en la mesa, y después los pies descalzos de su marido. "Pensó que lo mejor sería pintarse un poco los labios, coger el abrigo y marcharse a la subasta. Pero no podía apartar la vista de los pies de su marido." El relato termina con la imagen de los pies saliendo de la cocina y volviendo al cuarto de estar. Un final completamente abierto, difícil de interpretar, donde los

³³ Ricardo Piglia. *Idem*, p.173.

³⁴ *Collected stories*, p. 391.

cabos de la historia quedan sueltos, sus hilos cortados de golpe. En su ensayo "Variaciones sobre el cuento", el argentino Andrés Neuman, citando a Piglia, escribe que "los finales son formas de hallarle sentido a la experiencia".

Esta idea es decisiva para explicar por qué nos resultan tan inquietantes los finales abiertos (que a mí me gusta más llamar *suspendidos*), o sea, los finales que carecen de resolución: precisamente porque indican una vacilación ante el sentido, porque insinúan la posibilidad del sinsentido de la historia que leemos y por lo tanto de nuestra experiencia.³⁵

Hay algo inquietante en la manera en que Carver cierra muchos de sus relatos. Podría decirse que le gusta salir en el momento en que los pasos (amenazantes) se oyen. Existe de hecho, un debate en el mundo académico carveriano respecto a su manejo de la retórica de la "iluminación súbita". Por un lado, se dice que sus historias, por lo general, no culminan en un momento de lucidez acerca de una verdad de la condición humana, lo que Joyce llamaría una *epifanía*. Por el otro, se aduce que en efecto hay momentos de reconocimiento e iluminación y que, si bien de una forma muda e implícita, los personajes aprenden y crecen.

En el caso de "Conservación", Sandy tiene lo que uno de estos críticos ha llamado una "epifanía detenida". Es lo que ocurre, explica Gunter Leypoldt, cuando hay una disparidad perceptible entre "la sensación de revelación del personaje y su falta de comprensión de qué tipo de descubrimiento provee esa revelación". Sandy "[s]abía que en la vida no volvería a ver algo tan raro. Pero no sabía qué hacer", dice el narrador. En otras palabras, existe una conciencia, acompañada de "una frecuente sensación de amenaza de que hay algo fuera de su cauce en su mundo, de que a algún nivel están a punto de hacer un descubrimiento tremendo, pero se quedan lejos de aprehender exactamente lo que es"³⁶.

³⁵ Neuman. "Variaciones sobre el cuento", en *El último minuto*, p.144.

³⁶ Leypoldt. "Raymond Carver's "Epiphanic Moments".

Digresión parasitaria sobre algunos títulos y traducciones

Descubro que la traducción francesa de *Cathedral* ha sido titulada *Les vitamines du bonheur* (*Las vitaminas de la felicidad*).³⁷ En *Los testamentos traicionados*, Kundera señala que el famoso relato de Hemingway "Hills Like White Elephants" ("Colinas como elefantes blancos") se tradujo en Francia con el título de "Paradis perdu" ("Paraíso perdido"). El checo explica que el cuento —despojando de su preciosa ambigüedad con ese título moralizador— ha sido víctima de la interpretación kitschizante³⁸ que "condena a muerte las obras de arte"³⁹. El posible aborto que se discute entre la pareja (nunca explícitamente aludido, tratándose de Hemingway) queda sentenciado como una práctica inmoral e inaceptable, inducida de mala fe por el varón, desechando así las ambigüedades cuidadosamente bien construidas y medidas en el diálogo (y el silencio) de sus dos personajes.

En "Sensini", el primer relato de *Llamadas telefónicas*, el narrador de Bolaño —un joven latinoamericano con aspiraciones literarias— inicia, tras toparse con su nombre en el resultado de un concurso, una amistad epistolar con un escritor argentino exiliado en España. A poco de iniciar la correspondencia, descubre el joven que una de las mañas de zorro viejo de Sensini es enviar un mismo cuento con diferentes títulos a distintos certámenes. El procedimiento es así: "En el primer concurso, el mejor pagado, *Al amanecer* fue como *Al amanecer*, en el segundo concurso se presentó como *Los gauchos*, en el tercer concurso su título era *En la otra pampa*, y en el último se llamaba *Sin remordimientos*." "Quién sabe si *Los gauchos* y *Sin remordimientos*

³⁷ También el memorable título *What Do We Talk About When We Talk About Love* (un acierto editorial de Lish, pues Carver le puso *Beginners* (*Principiantes*) al relato que dio nombre al libro) ha sido destilado a un imperativo y seco *Parlez moi d'amour* (*Háblenme de amor*) por la traductora Gabrielle Rolin, Ed. Mazarin e, París, 1986.

³⁸ Para Kundera el "kitsch" es "la negación absoluta de la mierda", o "lo bello menos su parte fea". En el trasfondo de toda fe, religiosa o política, está el primer capítulo del Génesis, del que se desprende que el mundo fue creado correctamente. Esta fe se llama "acuerdo categórico con el ser", explica el checo. El desacuerdo con la mierda es metafísico, el momento de la defecación es una prueba cotidiana de lo inaceptable de la creación. Así, o la mierda es aceptable (¡no cerremos la puerta del baño!), o hemos sido creados de manera imposible. El ideal estético del acuerdo categórico con el ser es un mundo donde la mierda es negada y todos se comportan como si no existiese. Este ideal se llama kitsch. El kitsch elimina desde su punto de vista todo lo que en la existencia humana pudiera considerarse inaceptable. El "hombre kitsch" necesita mirarse en el espejo del engaño embellecedor y reconocerse en él con emocionada satisfacción. La interpretación kitschizante entonces, no mide a la obra de acuerdo a su originalidad y su contexto dentro de la historia del arte, sino que se alimenta (en este caso) de consideraciones morales a su vez sostenidas en una lectura hagiográfica del autor y su escritura.

³⁹ Millan Kundera. *Los testamentos traicionados*, p. 159.

no sean dos relatos distintos cuya singularidad resida precisamente en el título. Parecidos, incluso muy parecidos, pero distintos”⁴⁹, le escribe Sensini a su joven amigo. Siempre hay humor en los abundantes cotilleos y disquisiciones literarias de los personajes de Bolaño, pero también hay verdad.

Debe ser que *Las vitaminas de la felicidad* me recuerdan demasiado aquellas pastillas llamadas "soma" que tomaban los personajes de Huxley en su clásica novela distópica *Un mundo feliz* (*A Brave New World*), donde se dice que un gramo de soma cura diez sentimientos melancólicos y que tiene todas las ventajas del cristianismo y del alcohol, sin ninguno de sus efectos secundarios. Por eso el título "Les vitamines du bonheur" me suena peor, creo, por la ironía exacerbada que se desprende de la pequeña adenda francesa, que no hace más que intentar diluir equívocamente el misterio del cuento. Quizá es ser demasiado quisquilloso, pero pienso que el viejo Sensini también se preguntaría si "Les vitamines du bonheur", el cuento que lee el público francoparlante, es el mismo cuento que "Vitaminas".

En fin, si perseveramos en la línea de *tradutores-tradittores cae* como anillo al dedo una anécdota rastreable en un par de artículos publicados en el periódico argentino *La Nación* en 2012. Una profesora, Mori Ponsowy, relata que se disponía a preparar un curso sobre el cuentista norteamericano y dado que "mis alumnos que sabían inglés iban a leerlo en su idioma original, mientras que los otros lo harían en una traducción publicada por la prestigiosa editorial Anagrama", se dedicó al ejercicio de cotejarlas. "Cuando empecé a leer el primer cuento en castellano no podía creer lo que veía", escribe sorprendida. Se trata del relato "De qué hablamos cuando hablamos de amor", uno de los más celebrados. Y continúa: "Lo que estaba viendo era, simple y llanamente, una violación al autor. El traductor había decidido modificar a Carver: cambiarle el estilo, poner adjetivos donde Carver no había puesto ninguno, exclamaciones donde Carver había elegido puntos, sonrisas donde Carver había preferido caras de póquer." Ponsowy, que lo ha leído bien, entiende que su estilo depende de ciertos preceptos, el uso de pocos adjetivos y adverbios, descripciones escuetas y escasas, la invisibilidad del narrador, una prosa tensa despojada de ornamentos, y una precisión y frialdad

⁴⁹ Bolaño. *Llamadas telefónicas*, p.19.

de cirujano. De ahí su alarma y su disgusto ante las libertades que se ha tomado el desprejuiciado y libertino traductor:

El cuento es prácticamente puro diálogo, de principio a fin, y cada vez que uno de los personajes dice algo, Carver escribe: "Mel dijo" o "Laura dijo". Nunca describe de qué manera se expresó el personaje, qué gesto puso al hablar, sino que simplemente dice "dijo" una y otra vez. Y, bien, se ve que al traductor eso no le pareció correcto y decidió agregarle emociones a los personajes, aclarando de qué manera hablaba cada quien. Así, donde Carver escribió "dijo Terri", él tradujo "protestó Terri"; donde Carver escribió "dijo Mel", él tradujo "saltó Mel" y, así sucesivamente, inundando ese cuento despojado con miles de "sonrió Terri", "regañó Terri", "saltó Laura", "redondeó Mel", "corrigió Terri", "exclamó Mel".⁴¹

Sin embargo, dado que la verdad es un pájaro esquivo, en un artículo posterior, Ponsow cuenta que a poco de escribir su alegato acusador recibió correo, y se trataba nada menos que del traductor infamado. Pero contrariamente a sus suposiciones luctuosas, con mucha educación —"no soy tal energúmeno", comienza por defenderse— el hombre le ofrecía explicaciones:

en aquel tiempo —mil novecientos ochenta y tantos— era lisa y llanamente inconcebible por estos pagos que en narrativa alguien utilizara "dijo" para todo uso. De ahí que me sintiera impelido —tras obtener la anuencia de la editorial— a *deformar el original*. No sabes cuánto me arrepiento [la cursiva es mía].

Lo que digo se ve refrendado en *Principiantes*, donde, en el mismo relato —y en todos los demás— respeto escrupulosamente el "dijo" original, porque han pasado los años y en España los lectores ya han asimilado que tal laconismo repetitivo no es una pobreza expresiva (ni del autor ni del traductor), sino un recurso estilístico (de una gran fuerza y belleza literarias, por cierto). Eso es todo. Te pido perdón [...] por mi deformación del estilo carveriano en aquel pasado ya lejano (hoy no es fácil rectificarlo, me dicen). Nunca me lo reprocharé lo bastante. Pero he tenido que perdonarme (por razones obvias: tengo que mirarme al espejo).⁴²

Disculpas aceptadas, pues el artículo de Ponsow termina aludiendo a la "bella amistad" epistolar que ha germinado entre docente y traductor como fruto del afortunado malentendido. Por cierto un final inusual para tratarse de una historia salida de potreritos carverianos. Dejando esto aparte, deberíamos colegir de la anécdota de Ponsow y el traductor

⁴¹ Mori Ponsow. "Empecemos a exigir".

⁴² Ídem, "El comienzo de una bella amistad".

Zulaika que Carver es un escritor cuyo arte requiere de un intérprete casi matemático, restringido por la camisa de fuerza llamada *tensión* que Carver fabrica en sus relatos. Recordemos, es la tensión "obtenida al trabajar con esta precisión [que] permite que los gestos más comunes y los objetos más banales logren esconder sentidos, intranquilidades o tormentos emocionales". A menor precisión, menor efecto sobre el lector, que intenta desentrañar algo de ese nivel profundo y oculto, de esa urdimbre que en la superficie parece limitarse a hablarle, con una síntesis de comicidad y nostalgia, acerca de sucesos triviales acaecidos en la vida diaria.

¿Afecta esto el valor intrínseco de la obra de Carver? ¿A su universalidad? Planteo estas interrogantes considerando una sugestiva teoría de la traducción que Bolaño desarrolla a partir de cierta anécdota de Borges:

La historia es así. Borges va al teatro a ver una representación de Macbeth. La traducción es infame, la puesta en escena es infame, los actores son infames, la escenografía es infame. Hasta las butacas del teatro son incomodísimas. Sin embargo, cuando se apagan las luces y comienza la obra, el espectador, Borges uno de ellos, vuelve a sumergirse en el destino de aquellos seres que atraviesan el tiempo y vuelve a temblar con aquello que a falta de una palabra mejor llamaremos magia."

¿Cómo reconocer una obra de arte?, se pregunta entonces Bolaño. "¿Cómo separarla, aunque sólo sea un momento, de su aparato crítico, de sus exégetas, de sus incansables plagiaros, de sus ninguneadores, de su final destino de soledad?" Dífíciles preguntas. Afortunadamente el chileno tiene la respuesta:

Hay que traducirla. Que el traductor no sea una lumbrera. Hay que arrancarle páginas al azar. Hay que dejarla tirada en un desván. Si después de todo esto aparece un joven y la lee, y tras leerla la hace suya, y le es fiel (o infiel, qué más da) y la reinterpreta y la acompaña en su viaje a los límites y ambos se enriquecen y el joven añade un gramo de valor a su valor natural, estamos ante algo, una máquina o un libro, capaz de hablar a todos los seres humanos: no un campo labrado sino una montaña, no la imagen del bosque oscuro sino el bosque oscuro, no una bandada de pájaros sino el Ruiseñor."

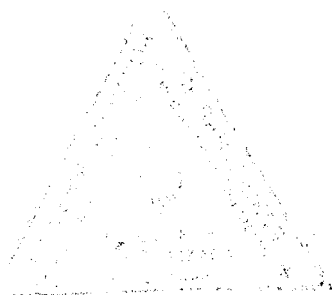
Vale la pena observar que desde esta perspectiva, Carver problematiza su status como gran cuentista del siglo, si bajo la apreciación del propio Bolaño (quien lo sitúa en la cima), la

⁴³ Bolaño. "La traducción es un yunque", Entre paréntesis, p. 223.

⁴⁴ Idem, p. 223-224.

condición de la obra de arte es que mantenga su capacidad de "hablar a todos los seres humanos", relegando los rigores de la traducción a un segundo o tercer plano. Es posible, también, que imaginando obras de gran envergadura (y tal vez obediendo a su vocación iconoclasta y provocadora), el chileno no se haya detenido a considerar la fragilidad de otro tipo de construcciones, el trabajo de filigrana de los objetos muy pequeños.

Carver, miniaturista



*Lamento escribirte una carta tan larga, pero
no tengo tiempo de hacerla más corta.*

Carta de Marx a Engels

El autor habla de sus influencias en una larga entrevista para *The Paris Review*, recuerda algo en una carta de Chéjov que lo impresionó mucho. "Era un consejo a uno de sus muchos corresponsales, e iba más o menos así: Amigo, no tienes que escribir sobre gente extraordinaria que conquista hazañas extraordinarias y memorables."⁴⁵ Carver comprendió que el maestro ruso fundaba su poética en desenterrar de situaciones sutiles e intrascendentes una poderosa visión de la naturaleza humana. "Chéjov fue el primer escritor, señala Nabokov, en apoyarse tanto en las corrientes subterráneas de la sugerencia para comunicar un contenido concreto"⁴⁶. A eso se refiere Bolaño, creo, cuando dice que uno de los dos —Chéjov o Carver— fue el gran cuentista del siglo XX, podría haber dicho también que eran Hemingway (o Borges) y Joyce. Cuentistas modernos, escritores sumamente conscientes de su manejo de la tensión narrativa, "tensión entendida con la exacta sencillez con que la definió Carver: el sentimiento de que algo va a ocurrir, la certeza de que las cosas están a punto de pasar"⁴⁷.

Como señala John McDermott, "Carver componía ficción centrada no solo en cosas ordinarias, sino en gente con trabajos y preocupaciones comunes. Camareras, vendedores, empleados,

⁴⁵ "The Art of Fiction No 67".

⁴⁶ Vladímir Nabokov. *Curso de literatura rusa*, p. 444.

⁴⁷ Neuman. Variaciones sobre el cuento", *El último minuto*, p. 137.

amas de casa pueblan sus paisajes del oeste. Lo que estos personajes comparten con los *Dublineses* de Joyce, son sus vidas limitadas por la parálisis, llenas de futilidad. Y sin embargo en estas casas de rancho y trailers se asoman momentos espectaculares". Carver escribe desde la experiencia, de lo que conoce, la soledad, la pobreza, el alcoholismo. La felicidad de las grandes aventuras le es ajena. Lo suyo son pequeñísimas odiseas, verdades mínimas entrevistadas al borde del camino de la vida.

Relaciones atendidas

"Escribió las mejores frases de cualquiera de nuestra generación. Tenía un oído buenísimo. No tenía una buena mente. No sé si alguna vez lo preocupó una idea amplia. Aunque escribía poéticamente, no escribía como un poeta." ⁴⁸ Opiniones de Norman Mailer, el *enfant terrible* de la literatura norteamericana, que con su característico gusto por la polémica, se las arregla para ser elogioso a la vez que desenfadado y pendenciero. Pero si bien se trata justamente de las imputaciones que Carver se temía cuando lo etiquetaban de "minimalista" (cosas del tipo: "no sé si alguna vez lo preocupó una idea amplia"), Mailer no se refiere a él, sino a Truman Capote, otro renovador estilístico de las letras estadounidenses.

Existen relaciones secretas entre escritores, y mientras éstas se mantienen ocultas no terminamos de captar ciertos matices de su maestría particular. Para comenzar, es justo decir que Truman Capote (1924-1984) fue más un corredor de fondo que un velocista, como lo atestiguan sus mayores obras, *Desayuno en Tiffany's* (1958) y *A sangre fría* (1966), una *novelle* y una *non-fiction novel*. Por su parte, al igual que Chéjov, Carver nunca se aventuró más allá de los límites de su capacidad fragmentaria; su hábitat natural, lo sabía bien, era el cuento. ¿Cuál fue su mayor similitud entonces? Quizá la dipsomanía. ¿Y su mayor diferencia? La coquetería de sus maltratados egos: al final de su vida Capote insinuó ser del tamaño de Proust; al final de la suya, Carver aplaudía aún el esfuerzo que le suponía mantenerse sobrio y suficientemente sano para escribir relatos y algunos poemas.

⁴⁸ Mailer. *Un arte espectral*, p. 269.

Se ha llamado "realismo sucio" a la estética de Carver. Lo de Capote podría calificarse de realismo forense. En su obra maestra los hechos son contados con crudeza y precisión, manteniendo el "nervio narrativo" —lo llamaría él— de principio a fin. Capote erige una historia "verdadera" (no ficcional) y exacta gracias a su cuidado detallismo. El pueblo de Holcomb aparece fielmente retratado en toda su polvorienta gloria, pero Capote no era un barroco, era otro devoto de la cofradía "menos es más", tan concurrida en el siglo XX. En cualquier caso, ¿por qué invitar a Capote al cierre del texto? Nadie debería llegar con las manos vacías.

Capote trae miniaturas

Hay una escena en *A sangre fría* a la que vuelvo a veces. Es un retazo de conversación entre dos mujeres, una de las cuales será brutalmente asesinada junto al resto de su familia en las páginas que siguen. Capote describe a la señora Clutter, a pesar de su acomodo, como una mujer triste y enfermiza, que se consuela leyendo la Biblia y coleccionando miniaturas. Está charlando con la mejor amiga de su hija, y le hace una confesión:

—Los objetos pequeñitos le pertenecen a uno del todo —dijo cerrando el abanico—. No hay que dejarlos: siempre se pueden llevar, caben en una caja de zapatos.

— ¿Llevarlos adónde?

—Pues adondequiera que vayas. Puede que un día tengas que pasar mucho tiempo lejos de tu casa.

[...]

—O quizá no regreses jamás a tu casa. Y... siempre es importante tener algo propio consigo. Estas cosas nos pertenecen, sin discusión."

Hay una delicadeza en este diálogo que es habitual en la prosa fría de Capote. También es fuerte la impresión de que los "objetos pequeñitos" que describe la señora Clutter trascienden sus limitaciones materiales dentro de la historia, que tienen una carga significativa mucho mayor. ¿Qué son estas miniaturas —estos objetos curiosamente íntimos— que *nos pertenecen del todo, sin discusión* y que podemos llevar *siempre con nosotros*?

⁴⁹ Capote. *A sangre fría*, p. 34- 35.



Durante un tiempo, relacioné confusamente el diálogo sobre las miniaturas no solo con la poética de Carver sino con la práctica de la lectura en general. Que las palabras de la señora Clutter tienen mucho que ver con la forma de mirar y de escribir a la que aspira Carver lo entendí después.

Hay que saber mirar...

Como lo dijo Flannery O'Connor, otra de sus maestras: aprender a ver es la base para aprender todas las artes, excepto la música. Abunda la cuentista norteamericana:

Conozco a muchos escritores de ficción que pintan, pero no porque sean buenos pintando sino porque los ayuda a escribir. Los fuerza a mirar las cosas. El asunto en la escritura de ficción rara vez pasa por enunciar cosas. El asunto es mostrar cosas. Sin embargo, al decir que la ficción procede por el uso de los detalles, no me refiero a la simple y mecánica acumulación de detalles. El detalle tiene que estar controlado por algún propósito general, y cada detalle tiene que estar al servicio del escritor. El Arte es selectivo. Lo que hay es esencial y crea movimiento.⁵⁰

...pues la lectura es un arte de la microscopía.

En el prólogo de *El último lector*, Piglia cuenta su visita a la réplica en miniatura de la ciudad de Buenos Aires que ha construido un fotógrafo llamado Russell; "la ha construido con materiales mínimos y en una escala tan reducida que podemos verla de una vez, próxima y múltiple y como distante en la suave claridad del alba. /Siempre está lejos la ciudad y esa sensación de lejanía desde tan cerca es inolvidable."⁵¹ La existencia de la réplica no es un secreto, pero solo puede ser visitada por un espectador por vez. Para Piglia es muy clara esa actitud incomprensible para todos: "el fotógrafo reproduce, en la contemplación de la ciudad, el acto de leer. El que la contempla es un lector y por lo tanto debe estar solo."⁵²

Creo que quien contempla la ciudad es un lector porque observa una representación de la realidad —minuciosísima, que aspira a la perfección, a la completitud— tan poderosa que actúa

⁵⁰ O' Connor. "Writing Short Stories".

⁵¹ Piglia. Op. cit., p.11.

⁵² Ídem, p.12.

sobre el mundo real. Piglia dice que Russell está loco (o no es un simple fotógrafo) porque cree que la ciudad real depende de su réplica. "Ha alterado las relaciones de representación", para él, la ciudad real es la que esconde en su altillo, la otra, solo un eco: "Las modificaciones y los desgastes que sufre la réplica, —los pequeños derrumbes y las lluvias que anegan los barrios bajos —se hacen reales en Buenos Aires bajo la forma de breves catástrofes y de accidentes inexplicables". Es la potencia que guarda la ficción de transmutar lo real. Nada nuevo, por supuesto, es el trance del Quijote, de Lord Jim y de Madame Bovary, que le legó su nombre al síndrome, la patología literaria por excelencia: el bovarismo afecta a quienes ven revolucionada su realidad, y sacudidos los edificios de su pensamiento y su moral —con efectos a la larga generalmente nocivos— mediante la influencia de la lectura de novelas.

Ver hasta las cosas más minúsculas

El argentino recupera una cita de Levi-Strauss sobre la obra de arte como modelo reducido. "La realidad trabaja a escala real *tandis que l'art travaille á l'échelle réduit [sic]* ⁵⁴ (en tanto que el arte trabaja a escala reducida)". Cruzando el Atlántico en busca de apoyo, lo mismo podría decirse de la labor de un escritor como Georges Perec, quizá el mejor novelista francés de la segunda mitad del siglo XX, que construyó su poética desde lo cotidiano, optando por escribir sobre lugares comunes, sobre lo insignificante y los objetos que la vista no suele retener. En su escritura desprovista de solemnidad y no de trascendencia, el detalle es siempre más que el conjunto, y su *capolavoro*, *La vida instrucciones de uso* (1978) ⁵⁵ es un despliegue ampuloso de su capacidad para otorgar a los inventarios, la imagen y los espacios reducidos, la réplica y la imitación, la potencia de cristales que resguardan la memoria más allá del paso del tiempo.

Como lo explica Piglia finalmente, también la ciudad microscópica trata "sobre el modo de *hacer visible lo invisible* y fijar las imágenes nítidas que ya no vemos pero que insisten todavía

⁵³ Idem, p.12-13.

⁵⁴ Idem, p.15.

⁵⁵ En una novela donde entran y salen personajes a raudales de los atestados departamentos del edificio ubicado en el 11 de la calle Simon-Crubellier en París, hay uno particularmente inolvidable por la estela de tristeza que deja su muerte prematura, que afecta a más de un inquilino de manera profunda; se trata de Margueritte, la mujer de Gaspard Winckler, el fabricante de los puzzles que arma con fruición Bartlebooth (el protagonista de la novela, si es que hay alguno); Margueritte es precisamente, una talentosa miniaturista.

como fantasmas y viven entre nosotros". En la última página, tras abandonar el altílo del fotógrafo, "atontado por el rumor sordo del tren", Piglia vuelve a ver reflejada en el cristal de la ventana la microscópica ciudad circular perfilándose en la penumbra del túnel. "Entonces comprendí lo que ya sabía: lo que podemos imaginar siempre existe, en otra escala, en otro tiempo, nítido y lejano, igual que en un sueño." O como lo hubiera puesto la señora Clutter, quien vería realizada en la ciudad de Russell su más delirante fantasía: *lo que podemos llevar siempre y nos pertenece, sin discusión*.

En un relato que publicó Carver en el otoño de 1980, la narradora de la historia se levanta a media noche para cerrar su verja y conversa en camión con un vecino, hablan entre otras cosas de las babosas que están acabando con su rosal. "Todo yacía bajo la luz de la luna, y yo podía ver hasta las cosas más minúsculas", dice ella entonces. Es el título del cuento: "I Could See The Smallest Things". La mujer vuelve a la cama con su marido, que ronca y duerme la mona. Ya echada, la mujer se da cuenta de que ha dejado la verja abierta. La verja, explica Neuman, "sintetiza la distancia entre la historia tal cual es y cómo podría ser", "el mundo del deseo, su realidad contigua, queda entreabierta"⁵⁶. Fuera de su casa, alumbra la luna blanca y desde su verja, la mujer piensa *podía ver hasta las cosas más minúsculas*. Creo que la poética de Carver se resume de algún modo en ese deseo, o esa capacidad, que bien podría haberse inscrito en su epitafio: *Raymond Carver (1938-1988): veía hasta las cosas más minúsculas*.

Para leer hay que saber escribir

En la introducción de *The Sound and the Fury* de 1933, Faulkner dice: "Escribí este libro y aprendí a leer". Declaración nada extraña, si bien lo parece a primera vista, porque en el fondo "escribir no es más que leer al revés", como aventura el peruano Carlos Yushimito: el lector siempre completa y da sentido a la práctica iniciada por el escritor. En palabras de Barthes: "El objetivo del trabajo literario (de la literatura como trabajo) es hacer que el lector no sea más un

⁵⁶ Neuman. "Seis estilos en busca de autor".

consumidor, sino el productor del texto”⁵⁷. Ambas son (gozosas) faenas que exceden las posibilidades del individuo de no permanecer en uno mismo, sino de llegar a ser otro. "La lectura es el arte de construir una memoria personal a partir de experiencias y recuerdos ajenos. [...] Acontecimientos entreverados en el fluir de la vida, experiencias inolvidables que vuelven a la memoria, como una música”⁵⁸, dice el maestro Piglia, sonsacado por última vez.

El objetivo del artista es detener el movimiento de la vida, mediante artificios, mediante símbolos o colores y sonidos, retenerlo de modo que un siglo más tarde, o diez, cuando alguien lo recoja, vuelva a moverse, porque sigue vivo. Es la única forma de subsanar la mortalidad del hombre. Primero el destello. Luego el destello insuflado de vida, convertido en algo que iluminará el momento, y tal vez lo fijará de manera indeleble en su conciencia. "Hacerlo parte de la experiencia del lector", como lo puso Hemingway tan adecuadamente. Son revelaciones que se advierten de soslayo como atisbos más profundos que los estímulos de la comedia social, de la conversación vacua y el entretenimiento absurdo, acercamientos más próximos a la índole fundamental de la existencia. Eso debe causar un buen relato —y la literatura y el arte en general— hacer aparecer lo oculto, capturar instantes fugaces de revelación, o por decirlo con Faulkner otra vez, encender un fósforo en medio del campo oscuro y vislumbrar algo al pasar con el rabillo del ojo, tener esa "visión instantánea que nos hace descubrir lo desconocido, no en una lejana *terra incógnita*, sino en el corazón mismo de lo inmediato", como sentenció Rimbaud. No somos únicamente lo que comemos, somos también lo que leemos. O más bien, como lo expresó Borges, somos los libros que nos han hecho mejores. Ya lo había supuesto su maestro Schopenhauer, mucho antes, aunque suene hoy tan candoroso: "lo que *uno es y en sí mismo posee*, es lo que más contribuye a la felicidad y al bienestar”⁵⁹.

⁵⁷ Roland Barthes. *S/Z*, p.4.

⁵⁸ Piglia. "El último cuento de Borges", *Formas breves*, p. 53.

⁵⁹ Arthur Schopenhauer. *Aforismos sobre el arte de saber vivir*, p. 38.

Tallar la mirada

"¿Cómo ser sutil como la corriente de un río?", se preguntaba Carver cuando era joven y buscaba un estilo propio. Décadas después, tras su muerte en pleno reconocimiento de su carrera, el influjo del estilo carveriano sigue siendo tan intenso como las imitaciones que ha propiciado: en las universidades norteamericanas, en los talleres de escritura se estudian y diseccionan sus textos en busca de su secreto. Y sin embargo no hay secreto, lo que hay son modos de mirar. Los personajes de sus *low-rent tragedies* se enfrentan a lo raro, a lo extraordinario en situaciones ordinarias, pero no hay nada fantástico, solo algo que parece estar apenas fuera de lugar y confronta al sujeto con una verdad que muchas veces ni siquiera puede enunciar. Pero entre ellos hay al menos uno que ciertamente *aprende a mirar*.

Después de una buena noche de sueño, dijo Carver, fue a su escritorio y escribió el cuento "Catedral". "Sabía que era otro tipo de historia para mí", confiesa su autor, que la consideraba un parte aguas en su narrativa, tal vez porque allí encontró la formulación metafórica más feliz de su poética y la voluntad de su estilo.

El narrador cuenta que su mujer ha invitado a un amigo ciego a cenar y pasar la noche en casa. Nunca ha visto a un ciego y no está muy contento al respecto, pero, a medida que avanza la velada los personajes se conectan de una manera, digamos, hedonista (comen, beben, conversan, fuman marihuana), y cuando su mujer ya se ha dormido, en la televisión aparece un documental sobre catedrales, el narrador se da cuenta que es incapaz de encontrar las palabras para describir una. El clímax de la historia llega con la sugerencia del ciego de dibujar juntos una catedral. Una mano sobre otra, se ponen a ello. El narrador finalmente encuentra el ritmo, y entonces el ciego le pide que cierre los ojos y siga dibujando: "Sus dedos apretaban los míos mientras mi mano recorría el papel. No se parecía a nada que hubiese hecho en la vida hasta aquel momento."

Hay algo casi místico en ese instante, donde contenemos el aliento ante la profunda comunión de estos personajes. "Es verdaderamente extraordinario", son las últimas palabras del narrador. Y también es extraordinario el modo en que Carver logra *hacer visible lo invisible*. Por

cierto no es el ciego quien aprende a ver de otra manera. Es el hombre común, que no sabe mirar todavía; no en vano Carver significa "tallador". Es un cuentista capaz de revelar los objetos, las personas y el mundo bajo la superficie evidente e insubstancial (el velo de Maya), porque sabe tallar la mirada. Ése es tal vez, su verdadero *métier*, una vocación de maestro, el enseñar a mirar.



Bibliografía

Barthes, Roland

1970, *S/Z*, Editions du Seuil, Paris.

Bellis, Mary

2010, "Freon", en <http://inventors.about.com/library/inventors/blfreon.htm> [Última vez visitado, 25-08-2015]

Bolaño, Roberto

-2009, *Entre paréntesis*, Editorial Anagrama, Barcelona.

-2010, "Sensini", en *Llamadas telefónicas*, Editorial Anagrama, Barcelona.

Capote, Truman

2010, *A sangre fría*, traducción de Fernando Rodríguez, Random House Mondadori, Buenos Aires.

Carver, Raymond

-2008, *Catedral*, traducción de Benito Gómez Ibañez, Editorial Anagrama, Barcelona.

-2009, *Collected Stories*, The Library of America, New York.

-1983, "The Art of Fiction No. 76", entrevistado por Mona Simpson y Lewis Buzbee, en <http://www.theparisreview.org/interviews/3059/the-art-of-fiction-no-76-raymond-carver> [Última vez visitado, 25-08-2015]

Hemingway, Ernest

2005, *Muerte en la tarde*, traducción de Lola de Aguado, Random House Mondadori, Barcelona.

Gallagher, Tess

2001, "Epílogo", en *Sí me necesitas, llámame*, traducción de Jesús Zulaika, Editorial Anagrama, Barcelona.

Goñi, Roberto

2001, "Raymond Carver", en <http://usuarios.multimania.es/lacasadelosmalfenti/apdf/an6/raymond.pdf> [Última vez visitado, 22-05-2015]

Joyce, James

1961, *Gente de Dublín*, traducción de Óscar Muslera, Compañía General Fabril Editora, Buenos Aires.

Kundera, Milan

2007, *Los testamentos traicionados*, traducción de Beatriz de Moura, Tusquets, Barcelona.

Leypoldt, Gunter

2001, "Raymond Carver's "epiphanic moments", en *Style*,
http://findarticles.com/p/articles/mi_m2342/is_3_35/ai_97074163/ [Última vez visitado, 25-08-2015]

Mailer, Norman

2008, *Un arte espectral: Reflexiones sobre la escritura*, traducción de Elvio Gandolfo, Emecé, Buenos Aires.

McDermott, John A.

2009, "American Epicleti: Using James Joyce to Read Raymond Carver", en
<http://dept.kent.edu/english/rcr/issues/03/1%20RCR%203%20pdf%20files/5%20McDermott.pdf> [Última vez visitado, 25-08-2015]

Nabokov, Vladimir

2009, *Curso de literatura rusa*, Ediciones B, S. A., Barcelona.

Neuman, Andrés

-2011, *El último minuto*, Editorial Páginas de Espuma, Madrid.

-2013, "Seis estilos en busca de un autor", en Ñ, Revista de Cultura,
http://www.revistaenie.clarin.com/literatura/estilos-busca-autor_O_850114992.html
[Última vez visitado, 25-08-2015]

O' Connor, Flannery

2013, "Writing short stories", traducción de Fray Mollo, en
http://lenguadepajarito.blogspot.com/2009/02/flannery-o-writing-short-stories-parte_6245.html [Última vez visitado, 25-08-2015]

Piglia, Ricardo

2005, *El último lector*, Editorial Anagrama, Barcelona.

2014, *Formas breves*, Penguin Random House Grupo Editorial, Barcelona.

Ponsowy, Mori

-2012, "Empecemos a exigir", *La Nación*, 10/06/2012 en <http://www.lanacion.com.ar/1480700-empecemos-a-exigir> [Última vez visitado, 25-08-2015]

-2012, "El comienzo de una bella amistad", *La Nación*, 12/08/2012 en <http://www.lanacion.com.ar/1498269-el-comienzo-de-una-bella-amistad> [Última vez visitado, 25-08-2015]

Schopenhauer, Arthur

2005, *Aforismos sobre el arte de saber vivir*, traducción de Luis Fernando Moreno Claros, Valdemar, Madrid.

Stull, William L.

1996, "Biographical essay of Raymond Carver", en *Dictionary of Literary Biography*, en <http://www.whitman.edu/english/carver/biography1.html> [Última vez visitado, 25-08-2015]

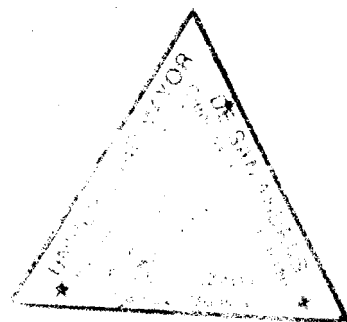
Trussler, Michael

1994, "The narrowed voice: Minimalism and Raymond Carver", *Studies in Short Fiction*, Newberry, en <http://cai.ucdavis.edu/enl3/minimalism.htm> [Última vez visitado, 25-08-2015]

Vila-Matas, Enrique

2011, *Una vida absolutamente maravillosa: Ensayos selectos*, Random House Mondadori, Barcelona.

Prolegómeno



Claudio Magris dice que la verdadera edad filosófica es la adolescencia, la edad en que uno se pregunta sobre el mundo y obstinadamente intenta comprenderlo. No es otro el tema de los *Bildungsroman*; las famosas novelas de aprendizaje en las que se muestra el desarrollo moral y físico de *un héroe* hasta alcanzar la madurez o una posición dentro de la sociedad. He preferido trabajar con cuentos y no con una novela pensando que me daría una mayor libertad para presentar distintos personajes que estén pasando (no obstante) por su propia "edad filosófica". En un conjunto de cuatro relatos de extensión desigual y a través de experiencias y situaciones más bien comunes, la familia y la muerte, el sexo y el amor, la amistad y la traición, intento describir o exponer instantes donde algunos personajes alcanzan una casi imperceptible toma de conciencia. Hay un modesto ensayo de usar una genealogía familiar como esqueleto de una intriga; es seductora la idea legada de Faulkner de que las historias se heredan de generación en generación.

En uno de sus ensayos, Enrique Vila-Matas recuerda cómo en cierta ocasión le devolvieron uno de sus primeros manuscritos "con todas las metáforas de la novela —algunas tan impecables como geniales, pues las había yo copiado directamente de Nabokov— tachadas con un rotulador y devueltas meticulosamente cambiadas, convertidas en las metáforas que proponía el anónimo responsable del informe de lectura". De la anécdota, aunque alentadora en general, me interesa sobre todo la confesión entre guiones; que Vila-Matas reconozca abiertamente el "parasitismo literario" de su juventud (de toda su vida, en realidad) es una idea confortante para cualquiera, y considerando la medida en la que la ficción que escribo se alimenta de textos ajenos, no encuentro otro término más preciso para describir uno de mis procedimientos más comunes. En estos relatos hay porciones de diálogos, imágenes, metáforas, situaciones prestadas de otras historias. He robado el título de uno de ellos a una novela de amor de Saul Bellow, otro a un cuento inédito de Raúl Teixidó.

BUENAS NOCHES IRENE

I filled a pipe and reached for the packet of paper matches.

I lit the pipe carefully.

She watched that with approval.

Philip Marlowe

El chico de la limpieza la encontró aproximadamente a las 11.05 de la mañana; había tocado la puerta dos veces, a las diez y a las diez treinta, anunciando que a las once había que abandonar la habitación o salir a pagar por horas extras. Tocó por tercera vez. Se escuchaba un poco de ruido, la televisión parecía estar encendida. Tocó más fuerte. No hubo respuesta. Intentó abrir la puerta. Estaba asegurada. Subió las escaleras y se dirigió a la oficina desde donde llamaron al teléfono de la habitación. No contestaron. El encargado aseguró que no hubo movimiento desde su llegada a las siete de la mañana. El registro decía:

Hab. 13- Entrada 4.15 Salida 11.00. Bs 100 cancelados.

El encargado le dio una copia de la llave al chico de la limpieza y siguió leyendo el periódico.

El chico de la limpieza abrió la puerta y el sonido atrajo su mirada hacia la televisión que desprendía algo de luz en la habitación. Las persianas estaban cerradas. Al principio le pareció que la habitación estaba vacía en esa leve penumbra. Entonces encendió el foco que colgaba del techo y la vio al borde de la cama, de costado y con la cara vuelta hacia las persianas. Envuelta entre las sábanas blancas, sólo su cabello rizado y su brazo izquierdo quedaban descubiertos. Le preguntó si se sentía bien. Nada. Otra vez. Esperó unos segundos. Se acercó lentamente al otro lado de la cama y le tocó el brazo. Estaba frío.

Cuando llegó la policía llamaron al encargado que había llenado el registro. Hubo tres parejas más esa noche pero dos se fueron antes de que éstos aparecieran y la tercera apenas una hora después. *Tocaron la bocina. Eran casi las 4. Yo salí y una mujer sacó la cabeza de la ventana trasera de un taxi para preguntar si teníamos habitaciones. Le dije que sí. Se bajaron en la puerta. No llegué a ver la placa. Un taxi particular, de ninguna empresa. Entré y saqué la llave de la trece. Les dije que el pago era por adelantado y les entregué la llave. Son 100 bolivianos hasta las 11.00 de la mañana, las horas extra tienen otro valor, les dije. Perfecto, dijo él, y ella sacó un billete de cien de su cartera y me lo dio. Los llevé hasta la habitación y volví a la oficina. Como diez minutos más tarde volvieron a tocar la puerta. Cuando abrí el hombre se me vino un poco encima, se me acercó a la cara y me preguntó si tenía condones. Con estas putas nunca se sabe, dijo sonriendo. Ahí me di cuenta que estaba borracho. Se le cerraban los ojos pero sonreía y sus dientes eran blanquitos. Tenía un terno negro y camisa blanca. Alto y flaco, más de 1.80. Quizá treintaiocho o cuarenta, no más.* El encargado le entregó tres condones y el hombre le dio las gracias. Después salió de la oficina. No lo volvió a ver.

En la habitación no había nada que ayudara a identificar a ninguno de los dos. Un vestido y un sostén rojos en el piso del baño, zapatos de tacón negros en una esquina de la habitación y una cartera en la mesita de noche. En la cartera había maquillaje surtido, cuatro billetes de 100 bolivianos, unas cuantas monedas y una pequeña navaja. El hombre no había dejado nada, ni siquiera los condones que presumiblemente había utilizado. El frotis vaginal señaló la ausencia de semen pero estableció que la mujer había mantenido relaciones sexuales esa noche. El informe de la autopsia no revelaba ninguna mención a lesiones internas o abrasiones vaginales (la vagina había estado lubricada). No se encontró piel ni sangre debajo de las uñas de la víctima, y en vista de la manifiesta ausencia de heridas que indicaran que intentó defenderse, resulta improbable que se produjera la menor lucha. Según el testimonio del encargado, la mujer parecía cómoda en compañía del hombre y probablemente no lo percibiera como una amenaza para su integridad física. Todo indicaba que el encuentro sexual había sido de mutuo acuerdo.

El cadáver de la víctima, una mujer negra de aproximadamente 30 años, 1.65 de estatura y 58 kilos de peso, estaba completamente desnudo. La muerte se había producido entre las cinco y las siete de la mañana. El médico forense atribuyó la causa del deceso a asfixia por estrangulamiento. El agresor había utilizado el cordel de las persianas de la habitación. El cordel no había sido retirado del cuello. La ausencia de lucha permitía suponer que la víctima había sido atacada mientras dormía. Las pruebas toxicológicas realizadas mostraban que tenía un nivel de alcohol en la sangre de 0,08 por 100. Estaba en estado de ebriedad. Habían bebido juntos o por separado. Por el momento no había forma de saberlo.

La policía no pudo identificar a la víctima. No contaban con ningún registro. La Guardia Municipal, por su parte, a pesar de los datos recolectados en sus esporádicas inspecciones, tampoco proporcionó ninguna información. Sin embargo, apoyándose en el testimonio del encargado se supuso que se trataba de una desnudista o una prostituta probablemente extranjera. Ningún lenocinio convino en que allí trabajara la mujer en cuestión. Nadie la había reconocido ni puesto una denuncia de desaparición. La investigación estaba detenida.

Esto es básicamente lo que leí antes de entrar a verlo. Ahora está frente a mí. Le han rapado la cabeza y el pubis. Tiene las mejillas hinchadas. Una marca delgada le da la vuelta a su cuello. La piel negra ha tomado un tono azulado. Es la primera vez que veo un cadáver.

El doctor que nos asis te me hace una pregunta para poner en evidencia que no estoy prestando atención. Yo me quedo callado y una de las chicas contesta por mí. Le sonrío.

En cuarto año hay una materia opcional llamada Práctica Criminológica. Yo la he tomado. Incluye estas visitas, entre otras actividades de campo un tanto menos escabrosas. La única rama del derecho en la que he demostrado cierta aptitud es el derecho penal. Memorizar normas y revisar documentos no es exactamente lo que tenía en mente cuando en mi adolescencia alquilaba por decenas películas de tribunales en VHS y observaba pasmado a Paul Newman y a Jack Lemmon, a Tom Cruise y a James Stewart, a Atticus Finch (a Erin Brokovich, incluso), todos encarnaban la verdad y la inteligencia, el celo investigativo, y muchos mostraban también sus sombras, "los abogados también sufren", me decía yo. Abogados elocuentes y en el fondo íntegros, a veces dipsómanos o mujeriegos, pero fieles a la verdad,

incorruptibles de alguna forma, administrando justicia contra viento y marea. Abogados íntegros... ¿se puede ser más ingenuo?

En la puerta de entrada se leía la palabra "Morgue" en un cartelito de plástico. Hace un poco de frío y el olor a formol me indispone un poco. El piso y las paredes están cubiertos de un azulejo amarillento. Hay una mesa que tiene el cadáver encima y otras dos llenas de instrumentos, ambas con ruedas. También hay una camilla, que está vacía. Los doctores murmuran entre sí mientras observan el cadáver y lo auscultan con sus dedos enguantados. Nosotros somos cuatro, cinco con nuestro profesor. Nos ha traído para que nos empapemos de realidad, dice. Las chicas parecen más afectadas. Pero al cerdo de Montaña seguro que se le ha parado. Es un enfermo. El otro día nos habló de un libro que había encontrado en el cuarto de su abuelo, Las once mil vergas, de un tal Apollinaire. Dice que se hizo mil pajas leyéndolo, que en el libro hay tipos que cogen tanto que se cogen a los animales y a los cadáveres, incluso a sus propios hijos. Yo lo veía y sabía que Montaña estaba pensando en el tal Apollinaire. El olor me estaba mareando un poco, ver el cadáver tampoco ayudaba. Una de las chicas señaló el brazo izquierdo de la prostituta y su cara se compungió tanto que la otra la abrazó.

Veo ese brazo con atención, acerco mi cara y fijo la mirada en él. Proceso lentamente lo que mis ojos acaban de captar. Miro el cuerpo de arriba abajo. Desentraño sus rasgos originales en medio de esas facciones abotargadas. Me fijo en sus manos, en sus uñas ligeramente descuidadas. Entonces se hace evidente. Yo conozco a esa mujer, he visto antes ese brazo quemado, lo he tocado incluso. Siento un nudo en medio del estómago. Siento un miedo irracional a que abra los ojos y me reconozca, que comience a llorar o a gritar y sus labios azules se separen para explicarme lo que ha sucedido. Para contarme la parte que no sé. Me conoces, diría —o podría decir, ahí frente a todos— y ahora recuerdas esa mañana, has escuchado mi voz, has escuchado mi historia.

Un amigo de colegio estaba enganchado por una bailarina de cabaret. Era como su novia. Una paraguaya de casi treinta años (ninguno de nosotros tenía entonces más de veinte) que había salido en la tele un par de veces y se consideraba a sí misma una vedette en ascenso. La verdadera dueña de casa era divorciada y estaba de viaje con sus tres hijas, todas menores que mi amigo; así que él y su flamante novia quedaron como señores de la Guarida por un par de meses. Seguro que más de un mes de todos modos. La vedette prácticamente vivía allí y se pasaba la tarde viendo telenovelas y pidiendo pizzas para sus amigas, que no tardaron en transformarla en su centro de recreación en las horas muertas antes de ir al trabajo. Mesa de billar, futbolín, bar y televisores de 70 pulgadas. También había un jacuzzi, pero supongo que no funcionaba, porque no lo usaron nunca.

A veces mi amigo nos llamaba para que fuéramos a charlar y a tomar unos tragos con ellas. Pero siempre se estaban controlando unas a otras; y cuando alguna comenzaba a tomar más que el resto las demás se reían y la llamaban Brianna o Bridget o Vianka; era el nombre de una chica que había tenido un accidente en el tubo por subirse borracha. Como a las once se iban al trabajo y a veces nosotros íbamos con ellas a verlas bailar, a ver si con el whisky, porque generalmente no aceptaban otra cosa, alguna se retiraba temprano del trabajo o por lo menos te pedía que la esperes hasta la hora de cerrar, haciéndote entender que se iría contigo al final de la noche, sin poner dinero de por medio. Pasaba seguido. O eso era lo que decían los que lo habían hecho, ni un centavo.

Una noche me llamaron pasadas las cuatro para decirme que estaban muertos pero iban a continuarla en la Guarida. Me quedé callado un momento. Iba a decir que no pero la voz en el teléfono dijo que alguien había conseguido un poco de hierba. Eso me decidió a favor. Fui caminando, no estaba muy lejos. Hice un tramo trotando, casi corriendo; tenía la sensación de que alguien me seguía. Cuando llegué quienes estaban de pie (el resto dormía repartido en los distintos pisos de la casa) me lanzaron una cajetilla de Camel y me dijeron que era todo lo que habían encontrado para que yo fumara. Me di la vuelta haciendo entender que entonces me iba cuando el dueño de casa me anunció que la vedette iba a traer a sus amigas después del trabajo. Levanté los hombros como preguntando y *qué*. Que no se suben al tubo hasta la noche, cojudo. Entonces me volví a sentar mientras sacaba un cigarrillo y buscaba mis fósforos. Faltaba poco para la hora de salida, así que abrimos un par de cervezas y nos sentamos a esperar.

El timbre nos despertó pasadas las seis. Tuvimos que volver al tercer piso. La vedette se indignó ante la idea de que quisiéramos seguir durmiendo. Así que nos sentamos alrededor de la mesa de cristal. La vedette se llevó a mi amigo de la mano pasados cinco minutos.

Quedaban tres, y ninguna era muy atractiva. Las dos que se sentaron en el sofá largo podrían haber pasado por hermanas, tenían el cabello teñido de rubio, buzos deportivos y chamarras de invierno que se sacaron después de un rato para lucir poleras de manga corta con diseños de flores y animalitos. Una era un poco más gruesa que la otra. La tercera vestía un enterizo deportivo y una gorrita de rapero con la palabra LOVE (la O era un corazón, claro) ligeramente ladeada sobre su frente. Su cabello rizado apenas asomaba por los costados. Ella se me quedó mirando desde que terminé de subir las escaleras. Yo no recordaba haberla visto antes.

Todavía ahora ignoro el nombre verdadero de este cadáver que esperaba nada y me ha encontrado a mí. Supe, me lo dijo ella, el que le dio alguien con quien yo compartí ese cuerpo antes firme y casi deseable. Un cliente, dijo ella —mientras yo fumaba un cigarrillo que la hizo toser cuando me pidió una pitada, yo no fumo, me dijo entonces, mi papá siempre decía que el cigarro era cosa de hombres— que le pagó durante mucho tiempo por sus visitas, no porque ella lo exigiera sino porque él lo quería así, porque quería cuidarla. Un cliente al que ella quiso de vuelta, aunque no lo confesara entonces. Como pareció quererme a mí esa mañana, *quizás desde que sentí tu cicatriz y pasé mis dedos sobre ella y la besé y tú giraste la cabeza y me miraste como desde el fondo de tus ojos*. Y no dejé de desearla sino que la desee más y apreté con fuerza su cuerpo contra el mío.

Ninguno de los cinco decía mucho. Nada, en realidad. No las conocíamos; la vedette siempre estaba cambiando de amigas. Las hermanas hablaban en voz baja y se reían fuerte, apoyándose la una sobre la otra. La más gruesa, que parecía mayor, incluso demasiado mayor para su línea de trabajo, sacó una bolsa de su mochila y le entregó a su doble atenuada una especie de empanada. La manera de ofrecerla me dio la impresión de que las hacía ella misma. Después mordió otra por una esquina y guardó la bolsa. Mi observadora le preguntó si le invitaba una. Para que la pruebes, dijo la hermana gruesa. Las tres mujeres se sonrieron recelosamente. Ella comenzó a comer sin dejar de mirarme; separaba pequeños pedazos con las puntas de los dedos y los depositaba entre sus labios. Al terminar me pidió una cerveza tocándome la rodilla. Me dijo que la acompañara con otra, que no podía dejarla tomar sola. Encendí

otro cigarrillo y me tomé la cerveza en tres sorbos mientras ella seguía hablando. La miraba asintiendo de rato en rato. O cabeceando. Tenía muchas ganas de dormir. De pronto me preguntó si no recordaba que ella y yo ya nos conocíamos, que incluso nos habíamos besado una vez. Que yo la había besado. Le dije que no, que no me acordaba de nada de eso. Ella dijo que quizás había sido un sueño y sonrió abriendo mucho la boca, sus dientes eran muy pequeños. Yo le sonreí de vuelta y volví a apoyarme en el sofá.

Estaba encendiendo un cigarrillo cuando una de las hermanas me señaló la cara y me hizo notar con una risa estrepitosa que lo tenía al revés. Todos se rieron menos ella, que se acercó y me dio un beso en la punta de la nariz. Creo que soñé por unos minutos, escuchaba la música cada vez más fuerte y a las hermanas repitiendo que querían más cervezas. Como nadie les hacía caso se pusieron a bailar, yo me quedé viéndolas un rato y decidí irme a dormir. Bajé las escaleras, me metí a un baño y cerré la puerta. Quería enjuagarme la boca, sentía la lengua agria y pastosa. Alguien tocó. Pregunté quién era. ¿Puedo pasar?, dijo la voz detrás de la puerta. Me mojé la cara y me miré al espejo. Le abrí. Al entrar puso el seguro y me miró a los ojos. Después me acarició el brazo con las uñas y puso su otra mano en mi entrepierna. Comenzó a jugar con mi cinturón. Me preguntó si podía quitármelo. Le dije que sí. Entonces me bajó la bragueta, sacó mi pene y se lo metió a la boca. Yo la miraba por el espejo y le ponía la mano debajo de la quijada para que levantara la cara, quería que me viera a los ojos mientras lo hacía. Pasaron unos minutos y alguien más tocó; una de las hermanas se reía y decía eres muy puta, dios mío, eres muy puta, a través de la puerta. Yo le hice señas para que siguiera pero ella se levantó y me dijo que yo le gustaba mucho y que encontrara un cuarto; ella iba a arreglarse un poco y volvería a buscarme. Salió del baño bailando y yo encendí un cigarrillo y lo fumé frente al espejo.

Entré al cuarto principal. Nunca había estado ahí, era enorme y blanco, en realidad asépticamente blanco; la alfombra, la cama, el mueble que había que abrir para ver la televisión, el estante lleno de revistas, la enorme persiana entreabierta que cubría los ventanales de cuerpo entero. La luz pasaba a medias, en las paredes se proyectaban leves rejillas de luz y sombra. Me saqué los zapatos y me senté en la cama, abrí el mueble de la televisión y la encendí. Ella entró y me dijo un piropo. Se había quitado la gorra y ahora tenía un poco de maquillaje y un vestido bastante corto. La recibí y fuimos deslizándonos hacía la cabecera de la cama y nos metimos bajo las frazadas. Nos desnudamos poco a poco. La piel de su estómago y sus nalgas era realmente suave. Yo intentaba ir más rápido pero ella me iba frenando; frotaba su vagina con desesperación y ella se reía y daba vueltas entre las sábanas y me agarraba la mano y la besaba. Al principio no pudimos hacerlo porque yo estaba nervioso y ella estaba seca, eso dijo ella, estoy un poco seca, y se metió los dedos a la boca y se los pasó por entre las piernas un par de veces. Nunca había visto algo así. Me gustó. Después pensé que seguramente ellas tenían que hacerlo seguido. Comenzó a gemir un poco y eso me excitó y le dije que la quería coger por detrás (se lo dije así) y ella se levantó, puso las manos contra las persianas y las abrió lo suficiente como para espiar lo que pasaba afuera. Yo me acerqué a besarle la nuca y a acariciarle los brazos.

¿Pero qué me dice esa hora? Si es que fue siquiera una hora. No sé quién eres, ni este cuerpo me recuerda a nada. Me contengo de tocar su brazo. Como si el contacto con mi dedo pudiera darle vida de nuevo. No una noche, ni siquiera una mañana entera sino un par de horas, seguramente no tres desde

que yo terminaba de subir esas escaleras hasta que viste mi espalda, llegando a una casa que ni siquiera era la mía desde la ventana de un taxi.

Cuando terminamos encendí un cigarrillo y me apoyé en el dorso de la cama como un mafioso de pelo en pecho. Nos quedamos en silencio y me di cuenta de que no sabía qué decirle. Ella tampoco decía nada. No sabía si preguntarle por su trabajo (¿te gusta?, ¿lo cambiarías?, ¿desde cuándo lo haces?) así que le pregunté por su familia. Un hermano. Aquí en la ciudad. Un hermanito como de tu edad, dijo, acariciándome la cara. Yo le dije que tenía una hermana (aunque no la tengo) y que era mayor. Después le di un pequeño tour por mis rincones oscuros. Sólo que eran los rincones oscuros de alguien más. Ella me dio a entender que su hermano era especial, muy especial y muy celoso, y que se querían mucho aunque se veían poco. Compartían, dijo también, aunque probablemente no usó esa palabra, el recuerdo de su padre. Había llegado a Bolivia hace unos años con su hermano (no mencionó de dónde y yo no pregunté). Su acento tampoco aclaraba nada.

Se levantó y volvió a espiar por las persianas, como si se asegurara de que nadie más fuera a escuchar lo que iba a decirme. Se echó a mi lado y comenzó a hablar mientras me acariciaba la cara con el dorso de las manos.

Es buena, dije después, la podemos ver juntos otro día, mentí. Mencioné los nombres de esos actores y tú que no los conocías pero que si te gustaba ver películas, aunque fueran sin colores, que junto a tu cama había una televisión más grande que la que teníamos enfrente y yo podía ir los lunes a tu casa y me cocinarías y me cuidarías y haríamos el amor y veríamos las películas que yo quisiera y algunas que tú quisieras también. Lo recuerdo. Pero encontrar al hombre de los dientes blancos es otra cosa. Contactar a la vedette a través de mi amigo, buscarlo tras todo este tiempo para averiguar qué es lo último que supo ella de ti. Y quizás ella sabría dónde encontrar a tu hermano. Y tu hermano querría saber cómo te conocía yo a ti. Y yo no sabría qué decirle. O quizá tú preferirías que no lo supiera. Nada cambiaría nada. Sin importar quien hablara con quien. Quizás el primero en entrar a la habitación después del chico de la limpieza ya había contaminado la escena. Quizás nadie había notado que ese vestido y esos zapatos no estaban sencillamente tirados en el suelo sino que parecían más bien acomodados señalando o escondiendo algo más. Quizás la policía había desperdiciado la manera de saber si el hombre de los dientes blancos la había recogido de alguna parte o si ella se había acostado con él por gusto. Aquí no hay asesinos seriales. Los cuerpos de las prostitutas no se amontonan en la conciencia o la inconsciencia de un maniático que intenta hacer arder el mundo. El hombre de los dientes blancos es imposible de encontrar en este lugar. No hay ningún caso que resolver. No puedo salvarte de nada.

Era viejo y casado, un hombre bien educado, eso lo noté desde el primer instante. Nos citábamos cuando su esposa salía de la ciudad, cuando viajaba, ¿no? Ella trabajaba en un banco internacional o algo como eso, así que igual bastante. Me vio bailar una noche y cuando salí él estaba afuera apoyado contra la pared y me pidió mi número. Y no sé por qué, aunque me dio cosa eso de que me estuviera esperando se lo dí, se lo escribí en la palma de la mano y él la cerró así de pronto, como si acabara de atrapar a un pajarito. Pasó tiempo hasta que me llamó. Después se le hizo costumbre. Estábamos ahí todo el fin de semana. En su casa. A mí me encantaba ir porque todo era lindo, como elegante y él me trataba bien. Siempre bien. Al principio me decía Galletas. ¿De qué se antoja Galletas hoy? O, ¿cómo lo quiere Galletas

hoy? Así. Y a mí eso me daba mucha risa. Y tenía uno de esos tocadiscos antiguos en la sala. Sacaba los discos y los ponía con mucho cuidado, siempre hablaba un poco de cada disco antes de ponerlo, y yo al principio apenas le ponía atención a las cosas que él decía, yo no conocía esa música, ni a esas gentes, pero de ahí a un tiempo le agarré el gusto y una noche entendí que ese era mi momento favorito, lo que me hallaba esperando durante la semana, esa media hora antes de hacerlo, cuando escuchábamos música y él me contaba las vidas de esos músicos. Él sacaba su pipa de un escondite porque su esposa no se la dejaba tener. Y yo se la encendía. Una noche estábamos sentados comiendo y de pronto me dice esta canción me hace pensar en ti. Y yo por qué, claro. Y él se puso serio, puso una cara de tristeza muy rara, y me dijo que el hombre de la canción soñaba con una mujer que ya no podía tener, que no era su esposa y no lo sería nunca y se llamaba Irene y se iba lejos o era él quien se iba lejos y por eso le deseaba buenas noches. Buenas noches Irene, le dice, te veré en mis sueños. Como te veo yo en mis sueños, no puedo vivir sin ti, y no pienso vivir sin ti. Fue un poco cursi, es verdad, pero cuando me lo dijo me encantó, me dio un poco de pena o de miedo, pero sobre todo me encantó. Y comenzó a decirme así, Irene. Los domingos en la noche, cuando yo ya me iba a mi casa porque su esposa llegaba temprano en la mañana, me abrió la puerta del taxi y decía "es el final de un día perfecto", y después sonreía y me decía buenos días, buenas noches, Irene..

Un hermano hipotético y tal vez ese viejo cliente. Quizás sea él quien más te extrañe. Si no ha muerto ya, si es que seguía vivo cuando yo me enteré de su existencia, si no ha encontrado a alguien más para llenar el tedio de sus fines de semana con sus discos de Sinatra. Si lo tengo a él, si al menos comparto los pensamientos enterrados de un desconocido. Quizás se pregunta dónde estás y se sienta en su sala y le da chupadas a su pipa apagada. Eso es todo. Me tengo que ir, digo en voz alta. Me voy, digo a los doctores.

Dormitamos un poco, creo, de cualquier forma en algún momento dejó de hablar y yo tampoco dije nada. Pasó una media hora o algo así y le dije que no podía llegar muy tarde a mi casa. Nos vestimos rápidamente y entramos al baño por turnos. Ella entró primero. Bajamos las escaleras y salimos de la casa sin despedirnos de nadie. Al salir pasaban por la puerta dos policías bastante jóvenes que se tambaleaban, estaban borrachos, y nuestra situación parecía divertirlos. Escuché que se reían y noté cómo le veían el culo a mi acompañante. Caminamos hasta llegar a la avenida.

Cuando apareció un taxi ella anunció que me llevaba a mi casa. No te preocupes, respondí, tu andá en este, me dejás por ahí y yo me tomo otro. No; no, te dejas y me voy en el mismo. ¿Estás segura? Sí, sí, segura. Me parece más complicado, dije. No, para nada, subí. Bueno, adelante pues, le dije abriéndole la puerta. Entré y el taxista me miró por el retrovisor. Ella se deslizó hacia mí y apoyó su cabeza en mi hombro. Le dije al taxista donde ir. Puse mi brazo alrededor de ella y se recostó cómodamente. El taxi arrancó. Hacía mucho calor y el cielo brillaba con fuerza. Ella abrió su cartera y sacó un perfume de sandía o alguna otra fruta con un olor demasiado dulce y se roció con él. Así que abrí la ventana. Estaba mirando el cuerpo de un vago botado en la puerta de un banco cuando me preguntó si quería su número para llamarla. Le dije que sí y me lo anotó en la mano. Me pidió el mío. Le murmuré que había perdido mi celular. Hicimos el resto del trayecto en silencio, cogidos de la mano. Dije ya estábamos llegando y tantee mi cuerpo como buscando algo. No sé dónde están mis llaves, anuncié. Ella me sonrió. El auto se detuvo y le pregunté al taxista cuánto era. Yo pago, dijo ella, y al principio yo no quise pero al

final la dejé. Fue muy insistente. Entonces abrí la puerta y la miré intensamente, Buenas noches Irene, que te vaya bonito. Y cerré la puerta. Ella acercó sus labios carnosos a la ventana y exhaló; dibujó un pequeño corazón sobre su aliento caliente. Caminé hacia la puerta. El taxi seguía ahí. Simulé tocar el timbre y le grité que se fuera. Palpé mis bolsillos y quedaban dos en el paquete, me puse uno en la boca y busqué mis fósforos. Pero no los tenía. Me quedé con el pucho entre los dientes.. El taxi al otro lado de la calle no se movía; el taxista miraba al frente y ella me miraba a mí por la ventanilla abierta, hasta que movió la cabeza con tristeza y me mandó un beso con la mano, desde la punta de sus dedos. Después el taxi desapareció al doblar la esquina. Me senté en la acera. Hacía calor. Tenía mucha sed. Sentía el sol en la nuca, en el cuello, todo se volvía sofocante. Me levanté y di un par de pasos hacia adelante, me detuve un momento, había algo en el aire, como si alguien hubiera susurrado mi nombre, seguí, y entonces me di cuenta de que no escuchaba el sonido de mis zapatos contra la acera.

(2012)

ARAÑAS

Desde el espejo retrovisor, el taxista los miraba, mantenía los ojos fijos en ellos, carraspeaba y los ponía de vuelta en el camino. Había dejado de llover. La noche, ya asentada, mostraba las nubes que habían cubierto el cielo navegando hacia el este. Un silbido insistente pasaba entre los árboles mientras el taxi se acercaba a la ciudad. Se detuvieron dos veces, la segunda las llantas patinaron menos y arrancaron rápido. Al llegar, el taxista cobró casi el doble de lo que habían convenido. Cuando él se agachó a la ventana entreabierta para decirle algo, el taxista lo miró y le guiñó un ojo, yo he cumplido con mi parte, parecía estarle diciendo. Él sonrió y golpeteó con las palmas el techo del taxi. Entonces giró hacia ella, respondiendo al silencioso llamado de un dedo índice, que lentamente, una y otra vez, se retraía como una navaja. Se había quitado los tacones y éstos colgaban del meñique a la altura de sus muslos.

Se besaron unos minutos contra la reja metálica hasta que él encontró el orificio de la llave tras chocarla un par de veces en los bordes de la cerradura. Al entrar ella se dio la vuelta, me gustas, en serio me gustas, le dijo, mientras seguía con el dedo la línea de la costura que corría paralela a los botones negros de su camisa. Él esquivó sus ojos y cerró la puerta tras él con prisa. El sonido de unos pasos apresurados y un silbido lejano apenas alcanzaron a deslizarse hacia adentro. Se pegó a ella y la besó varias veces, tú también me gustas mucho, le dijo sin levantar los ojos. Las escaleras eran largas y estaban pintadas de azul.

¿No te gustaría que una alfombra roja comenzara a caer desde allí arriba?, preguntó ella.

Él la imitó y levantó la mirada.

Claro que me gustaría, dijo.

Hicieron el primer tramo de las escaleras sin dejar de tocarse. Entonces la subida se bifurcaba, a mano izquierda había un pasillo que conducía a lo que aparentaba ser un pequeño jardín. Ella se quedó mirándolo hasta que él dijo —señalando hacia el frente— ven por aquí, vamos.

Entraron a la casa y subieron el resto de las escaleras de puntillas y tomados de la mano. Apenas cerró la puerta de su cuarto apagó la luz y acomodó unas cuantas cosas en la oscuridad. Después la condujo de la mano hasta su cama. Se echó de espaldas y la atrajo hacia sí. Ella se dejó llevar pero le susurró al oído que no le gustaba estar a oscuras.

Yo nunca hago cosas así, en serio, no soy así, es la primera vez que voy así a la casa de alguien que... —él evitó mirarla, concentrándose en el techo—es que me gustas mucho, dijo. Y acercó su nariz al cuello que había estado besando segundos antes. Y me encanta como hueles, dijo, con voz quejumbrosa, podría encontrarte en un lugar así de oscuro aunque fuera el doble de grande sólo por corno hueles.

Yo sé que no eres así, está bien, dijo entonces, acariciándole la cara. He pensado mucho en este momento. Sólo estoy feliz de que vaya a pasar. Me dan ganas de matarme de risa.

Ahora él le besaba los hombros mientras su mano izquierda empezaba a desabotonar uno a uno los botones de su ceñida blusa púrpura.

¿Ya habías pensado en esto?

¿Tú no?

Igual no te diría, dijo ella, y le sonrió mientras él soltaba otro, el penúltimo. Pero puedes pensar que sí, si quieres.

Ella sonreía y deslizaba los dedos debajo del último botón de su blusa cuando dijo, ¿te puedo hacer una pregunta?

Claro.

Pero no quiero que te enojés.

No me voy a enojar.

¿Pero me vas a decir la verdad?

Obvio.

¿Me lo prometes?

Sí, te lo prometo.

¿Cuántas chicas al mes traes aquí?

¿Qué?

¿Cuántas chicas traes aquí, a tu cuarto? Digamos cada mes, dijo ella.

Él resopló y trató de besarla. Ella le puso un dedo en los labios y lo empujó hacia atrás y después contra la cama. Él fijó la vista en el techo con intensidad.

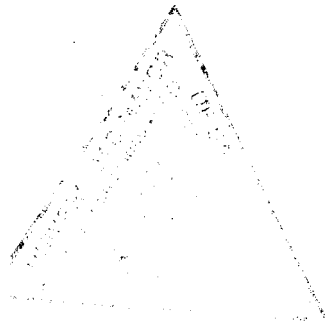
Dime.

¿Quieres que saque un aproximado o algo así? También te podría presentar unos porcentajes.

No. No sé, es sólo curiosidad.

Él estiró la mano y encendió la lámpara de la mesita de noche. La tomó de la cintura, la jaló para que se echara a su lado y comenzó a acariciar con aparente delicadeza su cabello rizado.

Estuvo bien, ¿no? Lo bueno es que el terreno igual es cerca. Veinte minutos de ida y cuarenta de vuelta no es mucho. ¿O la vuelta te ha parecido muy larga?, preguntó mientras picaba con la punta de sus dedos los costados de los muslos enfundados en un pantalón blanco. Ella sonrió y le dijo que no.



No, repitió. Nada larga. He cerrado los ojos y cuando los he vuelto a abrir ya estaba echada aquí.

La carne estaba bien. Y el trago igual, la casa es linda.

Ella apoyó la cabeza en sus piernas y algo en el techo llamó su atención.

Es una telaraña, dijo, apuntando una esquina, qué perfecta, parece un dibujo.

Él se quedó callado un momento.

La dejó estar ahí, comenzó a decir. A veces se vuelve a comer una parte su red. Para recuperar parte de la energía que utiliza cuando la hace.

Qué interesante.

Bueno, no sé. Está ahí hace unos meses.

¿Cómo sabes que es la misma?, preguntó ella. Quizás ha venido otra más grande a comérsela.

Las arañas de casa viven varios años. Las tarántulas viven más que los perros.

¿De verdad? Qué asco. Las tarántulas son asquerosas.... ¿Será hembra?

No sé. Nunca había pensado en eso.

Podrías fijarte si deja huevos.

Una vez la vi en acción contra una mosca. Primero escuchaba el zumbido y la veía volando, dando vueltas por ahí, de pronto dejé de verla pero escuchaba su zumbido, muy fuerte, pensé que seguro era una mosca gordísima, esas suenan fuerte. Después presté atención y entendí que era un zumbido de desesperación, quizá pedía ayuda incluso, la pobre mosca, y acerqué mi cara al lugar de la emboscada. La araña la hacía girar como un pollo.

Ella se veía aburrida. Le acarició la palma y musitó algo.

Sólo quiero saber y ya, nada más.

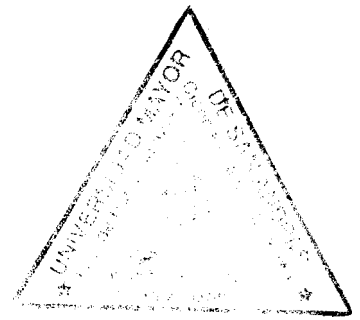
Él se quedó callado.

Solo dilo, admití que traes una chica distinta aquí cada fin de semana.

No puedo admitirte algo que es mentira.

Yo ya sé que sí, no me importa, en serio, no me voy a enojar ni nada, dijo, mientras sacaba un pie de la cama y comenzaba a escarbar la alfombra con el dedo gordo.

No tienes de qué enojarte. Y no cada semana. Ni cada mes. Igual no entiendo por qué te importa tanto. Yo no te estoy preguntando nada. Aunque quizás debería, dijo finalmente, intentando darle la espalda.



¿No que ya no íbamos a hablar de eso?, dijo ella mientras lo jalaba del hombro.

Ya. Está bien. ¿Qué quieres entonces?

No es que me importe tanto, no me importa, sólo quiero que me digas la verdad.

La verdad es que creo que deberías relajarte un poco. Deja de contenerte. ¿Qué te da miedo? Dime.

Ella lo tomó de la nuca con una mano, metió sus dedos entre su cabello y comenzó a besarlos mientras con la otra mano apagaba la lámpara que marcaba un semicírculo de luz en las paredes desde una esquina de la mesita de noche.

Por la ventana entreabierta llegaba el ladrido de unos perros peleando cerca, en la calle. Después se oyó un silbido fuerte, limpio y el traqueteo de unos pasos vigorosos sobre la acera. Los perros dejaron de ladrar de golpe.

Es el guardia, dijo él.

¿Es un guardia particular?

No, vigila varias cuadras, pero su caseta está pegada a nuestra pared. Se la hicimos con la madera que sobró cuando construyeron la cabaña ahí atrás. Mi mamá pensó que sería buena idea tenerlo cerca porque le aterran los ladrones. Pero la verdad es que éste se emborracha y a veces no viene, o viene con tufo.

Ella sonrió. Qué país, dijo.

Mi mamá lo acusó más una vez de llegar borracho. Pero yo creo que en el fondo lo ha perdonado ya. Conmigo ha cumplido. Yo alego por él.

¿Un borracho de guardia? Eres un pelotudo, le dijo, sin poder contener la risa. Pero eres tierno.

A mí me salvó. Es la verdad. Hace menos de un año salí una noche con unos amigos abogados, que siempre son los peores, y al volver alguien me dejó tirado en la puerta. Por lo menos me trajeron hasta aquí. No encontraba mis llaves, no las tenía, o ni siquiera podía embocarlas en la cerradura así que me quedé sentado ahí en la acera, en el desnivel, para dormir la borrachera.

Ella iba a decir algo pero se contuvo. Le dio un golpecito en la mano y miró por la ventana de donde habían venido los ladridos.

Entonces levanto la mirada y veo encendida la luz en la ventanita de la caseta. Largo rato me quedé colgado intentando mirar a través del rectángulo, como si adentro pasara algo. De pronto se abrió la puerta y salió el guardia. Cerró la puerta lentamente, con cuidado, y se acercó y se sentó a mi lado. Se quedó callado, me palmoteó la espalda, siempre en silencio, mirando al frente conmigo, como si también él quisiera descubrir lo que estaba pasando dentro de su caseta. Nos quedamos así un buen rato.

¿Y después qué?

No sé, fue a abrir su caseta, despacito, otra vez. Acomodó algo con cuidado y se agachó para servirme mate de un termo que sacó de una mochila. Me lo trajo y se sentó en el mismo lugar y me lo fui tomando de a poco. De ahí ni idea, supongo que de alguna forma me ayudó a entrar. Cuando desperté tenía los bolsillos llenos de hojas de coca y me faltaba un zapato y una media.

Ella no se rió.

Él la miró unos segundos.

¿Qué tienes?, le preguntó finalmente.

Nada, no tengo nada.

(2012)

LA VERDADERA

All lost, nothing lost

Stendhal

Creo que ya sabes lo que va a pasar, le dijo a B. una de sus amigas más queridas con un gesto de decepción en el rostro. Siempre haces lo mismo, exclamó, y entonces abrió la ventanilla para recibir el viento en la cara, actúas como si no supieras cuando sabes de memoria. Ya no tienes quince años, ¿o sí?, tienes que madurar. Tienes que madurar un poco, le dijo sonriendo. B. se sintió irritado sobre todo por aquellas últimas recomendaciones, le sonaban a burla, una burla disimulada tras un manto de suavidad. Lo hicieron sentir estúpido. Movi6 la cabeza de un lado a otro. Se acomod6 los lentes y la mir6 de reojo. No entiende, pens6 B., no entiende por qu6 es importante que haga esto. Prefiero ya no hablar del tema, sentenci6 tras un corto silencio. Ya s6 lo que vas a decir y te entiendo, pero los dados est6n echados, no hay forma de salir hasta que se vaya otra vez.

Y entonces B. dej6 de hablar.

Cuando se despidieron la amiga de B. lo abraz6 y le dio un beso en ambos cachetes. Le dijo que lo quer6. Le pidi6 que escribiera. ¿Vas a escribir o qu6?, dijo enarcando las cejas y jal6ndolo un poco de la camisa. Le explic6 que lo 6nico importante para ella era que no saliera lastimado, que no llorara como una colegiala. Que de eso ya ten6amos bastante. Le gui66 un ojo y desapareci6 detr6s de unos asi6ticos con enormes mochilas a cuestras. B. se dej6 caer al final de una hilera de asientos pensando quedarse hasta ver despegar el avi6n. Pasados unos minutos, se levant6 a comprar un caf6 y entr6 a seguir leyendo cierta novela de Gide ofrecida a un monto tan absurdo (un bonito Tusquets, pero hasta la literatura tiene un precio; esto no lo digo yo, esto lo piensa B. y en consecuencia ah6 lo deja) que era tambi6n su condena a remolonear en los anaqueles de esa diminuta librer6a de aeropuerto. Al dejar la novela en su lugar, B. calcul6 que dos sentadas m6s podr6an ser suficientes para terminarla. Entonces record6 el avi6n, pero era obvio que ya hab6a partido.

Al entrar a su auto B. percibi6 el olor del perfume que su amiga hab6a dejado en su corto paso por ah6. Un trayecto que deber6a haber sido diferente, pens6 B. mientras sal6a del aeropuerto. La verdad casi nunca peleamos, se dijo, y record6 esos primeros a6os adolescentes en los que intentaron ser novios y ella siempre estaba enojada y ni siquiera lleg6 a manosearla. Apenas se besaron un poco. A. era en aquel tiempo inalcanzable. Ahora B. y su amiga no iban a verse hasta dentro de casi un a6o y sinti6 un poco de culpa. Su reacci6n, se admiti6 al llegar a casa, fue desmedida. La amiga de B., despu6s de todo, s6lo hab6a dado su opini6n. Es ma6ana, le hab6a dicho B., A. y yo hemos quedado en salir ma6ana.

Algunos otros datos son si no cruciales al menos ilustrativos para comprender la historia de amor que ha tejido B. en torno a A. y a s6 mismo:

Cuando B. tenía catorce años encontró unos antiguos VHS con las películas que filmaba su hermano más o menos a esa misma edad. Mientras lo veía, recordó algunos momentos de la filmación de Sombras en la mesa del desayuno, un film noir donde hacía el papel de un cadáver escondido dentro de un ropero. Antes de recorrer la cinta notó que todavía quedaban algunos minutos. Imaginó, con algo de interés, que se trataba de pornografía. Pero se sorprendió al encontrarse frente a la cámara, con apenas seis o siete años, en medio del cuarto que compartía con su hermano en aquel tiempo, en un pequeño edificio de departamentos. La filmación duraba apenas unos minutos pero en ella B. pudo descubrir un segmento de su vida que se había borrado de su memoria. En realidad, lo único que sucedía era que la voz en off de su hermano, quien presumiblemente filmaba la escena, le preguntaba el nombre de la chica que le gustaba. Perdón, perdón, o las chicas, aclaraba burlona la voz. Una casi imperceptible risa delataba la presencia de un tercero en la habitación. Tras resistirse inicialmente a responder, el hermano de B. lo seducía en cámara con el ofrecimiento de unas tarjetas coleccionables de futbolistas; B., que ansiaba de poseer esas tarjetas con todas sus fuerzas, accedía tras la inclusión de Taffarel, el gran arquero brasileño, en el botín. Tres nombres fueron desenterrados por una voz chillona, casi jactanciosa, que B. detestó reconocer como propia. Recordó muy bien haber escrito innumerables veces aquellos dos primeros nombres en los cuadernos de tapa azul que usaba entonces. Pero el último nombre —el de A., por supuesto— lo sorprendió muchísimo, no sólo porque no tenía noticia de ese enamoramiento en lo absoluto, sino porque en el preciso momento que se oyó decir aquel fatídico nombre, B. llevaba casi dos años repitiéndose y paladeando cada una de esas mismas letras, contando y recontando sus sílabas, sus vocales, combinándolas con su propio nombre; estudiándolas, en fin, con un fervor cabalista tan obstinado como inútil. Avergonzado, B. sacó la cinta de la filmadora y la escondió en algún lugar de donde desapareció para siempre.

Años después, El padre de A. murió durante una riada brutal y todo el curso de B. acudió al cementerio para rendir condolencias a su compañera. B. observó a A. desde una distancia prudente, la vio llorar desconsolada y recibir (para soltar, con impaciencia casi) los abrazos de todos a su alrededor. B. se acercó al final de la ceremonia, unos segundos apenas, para decirle cuánto lo sentía y entregarle el ramo de rosas amarillas que había comprado. A. se le quedó mirando con los ojos húmedos y B., tras musitar un último lo siento, acercándose a abrazarla y sintiendo por un magnífico instante la respiración de A. sobre su pecho, escapó cobardemente al autobús del colegio que los había conducido hasta allí. Lo importante de la escena es, sin embargo, cierta información que debió estar vedada a los ojos (u oídos) de B. Dos amigas de A. —quienes en la superficie ayudaban a B. a conquistarla y en el fondo lo boicoteaban minuciosamente, circunstancia que le reveló una de ellas años después en una furiosa borrachera— le dijeron que A. les había dicho a ellas que la única persona que hubiera querido que la consolase durante la ceremonia (¡el jodido funeral de su padre!, se repetía B.) era él. Sobre esta visión peligrosamente apócrifa, un pudo ser y no fue de A. desfalleciendo en su abrazo de palabras balsámicas y rosas amarillas, B. fundaba su teoría de que ella también había estado —y estaba aún— enamorada de sus tristes huesos, aunque ella hubiera escondido esta circunstancia con mayor pericia que B. durante todos los días de su vida, salvo quizás, una veintena de ellos.

Esta veintena se refiere a los brumosos días en los que, tras discutirlo algo más de una hora, A. aceptó ser la novia de B. Por aquella época A. ya había cumplido los dieciséis y aunque B. tenía quince, la

diferencia era abismal. La declaración de B. (más bien tuvo el tono de una oferta de trabajo) se realizó en la cancha de fútbol de su colegio. Era, desde donde se lo viera, *su cancha*, y esa mínima circunstancia lo había alentado durante toda la mañana, mientras elaboraba su plan. Los dos detalles que, aún ahora, B. recuerda con claridad de esa tarde (aunque ha olvidado aquello que podría considerarse más importante: los argumentos que esgrimió a su favor para convencer a A., quien se resistía principalmente porque le rompería el corazón, decía ella, a una de sus mejores amigas. La solución propuesta tal vez por A., aunque B. no está seguro y la duda lo avergüenza, fue que mantuvieran su relación en secreto. Serían novios, sí, sólo que nadie más podía saberlo. En última instancia fue esa particularidad, se dice B., la que le impidió detener al ojete que se la robó en sus narices, rodeándole la cintura, dando vueltas alrededor de ella, mientras, riendo a gusto, los amigos del ojete le advertían al oído de sus malos modos. Fue lastimoso. Todos sabían en ese momento —todos supieron o sospecharon siempre— que B. estaba enamorado de A.) no gloriosa por cierto, pero ciertamente memorable, son que él tenía puestos sus cachos mientras daban vueltas por la cancha en todo sentido —que sólo a ellos dos albergó todo el tiempo que fue necesario— y que A. practicaba, cada diez pasos, por ejemplo, la técnica de su lanzamiento de jabalina. Algo en ese movimiento de su brazo apenas tostado por el sol se grabó indeleblemente en la memoria de B. También en esa cancha de pasto (esta vez B. tenía puestos unos zapatos cualquiera y A. sólo miraba las puntas de sus cabellos), ella cortó con él al cabo de la referida veintena. B. tampoco recuerda los argumentos que esgrimió ella (esta vez en contra) de la floreciente relación, pero algo le dice que ese día era su cumpleaños. Desconfía, sin embargo, de su memoria selectiva, creyendo incapaz a A. de una truculencia de semejantes proporciones.

A los diecisiete B. escuchó en una fiesta, como una casualidad, a A. hacerle el copioso listado de sus novios a un tipo que parecía estarla abordando. La omisión (en realidad obvia) de su nombre lo hirió profundamente, aunque siempre decía a quién lo dudara que había olvidado todo el rollo de A. mucho tiempo atrás. Esto era en parte cierto: B. ya había tenido dos *novias serias* en esos años y se había acostado con ambas. La cara de A., sin embargo, su pequeña, perfecta sonrisa continuó filtrándose de vez en cuando, mientras B. se sacudía frenéticamente encima de ellas.

Cuando la fiesta de graduación estaba a la vuelta de la esquina, A. se ofreció a acompañar a B. a comprarse una camisa nueva después de clases. Ambos tenían sus parejas respectivas; A. salía con un alto y estúpido sujeto que B. detestaba, la novia de B. era la amiga cuyo corazón había sido protegido a costa del suyo algunos años antes. Conversaron de esto y aquello, del fin del colegio y sus planes para el futuro. A. estaba muy emocionada, no podía esperar para irse de allí, salir del país de una vez. B. asentía. La *sola amistad* parecía fatalmente consolidada. Sin embargo, mientras B. se probaba una camisa seleccionada por ella en el vestidor al fondo de la tienda, A. repentinamente corrió la cortina, lo miró de arriba abajo (por fortuna, B. sólo tenía el torso descubierto) y volvió a correrla sin dar ninguna explicación. La única reacción de B. fue lamentarse por la blancura de su piel, por su casi transparencia frente al novio alto, muy alto y moreno. B. compró la camisa, avergonzado del flujo de sus propios pensamientos. Al salir de la tienda, A. lo miró como si nada hubiese sucedido y le pidió que la acompañara a casa. B. tampoco hizo ningún comentario. A. se mantuvo silenciosa durante el trayecto y cuando llegaron a la puerta miró a B. a los ojos y le dio un beso en la mejilla.

Un último episodio, transcurrido años después, es útil para entender los antecedentes del relato que nos interesa:

Un amigo de B. llega de vacaciones de Munich y le propone salir a tomar unos tragos. B. acepta y es conducido al departamento de C. —quien ha sido compañera de colegio del amigo de B. y gran amiga de A. desde la adolescencia— pues ésta festeja que acaba de independizarse del dinero de su madre tomando un piso junto a una atractiva prima mexicana. La prima, para decepción de B. y los dos amigos que lo acompañan, resulta ser lesbiana. Hubo sin embargo un momento de la noche, cuando ya todos estaban borrachos, en la que la mexicana se sentó en sus faldas aludiendo que sus pies la mataban, y cuando B. se disponía a besarla —sólo unos pocos centímetros separaban sus bocas— el amigo de B. apareció en el pequeño cuarto de la computadora gritando que estaba ciego. Maldito idiota, le dijo B. mientras veía a la mexicana levantarse de sus muslos y dirigirse al baño.

Horas más tarde, B. se levantó con dolor de cabeza y náuseas. Encontró sus lentes tanteando el piso y registró el fondo oscuro de la cama en busca de sus calzoncillos; los apresó con los dedos de un pie. Se los puso dándole la espalda a la cama y a la noche transcurrida. B. sintió recrudecer sus náuseas y no se decidió entre quitarse la media puesta o buscar aquella momentáneamente perdida. Salió en dirección al baño. Afuera, ya en el pasillo, B. escuchó el chorro de la ducha corriendo y le desconcertó que la luz del baño estuviera apagada a esa hora; estaba oscuro, comenzaba apenas a clarear. Todavía hay muy poca luz, pensó B., y sintió un leve calorcillo en la boca. Supo que iba a vomitar y abrió la puerta del baño, que cedió a su impulso, murmuró perdón, perdón, y se lanzó de cara al inodoro. La ducha siguió corriendo mientras vomitaba hasta que sintió alivio. Volvió a disculparse mientras se limpiaba la boca con un poco de papel higiénico. Pero no había más que el sonido del chorro. Nadie le había gritado que se largara. Tiene que ser la lesbiana, pensó B., ¿quién más?, pero no pudo decidir si C. estaba a su lado o no cuando despertó minutos antes. Se le ocurrió que una de las dos hubiese resbalado y la sangre brotando de su nuca tiñera de rojo, disminuida su intensidad por el agua, el fondo de la tina blanca. B. encendió la luz y corrió la cortina. La ducha estaba vacía. B. acercó sus dedos a las gotas que caían tibias y recordó que en algún momento de la noche C. había mencionado problema más en el servicio de agua del barrio. Una de ellas había dejado la ducha abierta y el agua empezó a correr en medio de la noche. Eso era todo. B. cerró los ojos y respiró hondo, se desabotonó la camisa, se quitó el calzoncillo y se sacó (dejó caer teatralmente) la media *chulla*; pateó su ropa con delicadeza a la esquina de la puerta.

Cuando B. volvió a la habitación y a la cama de C. (por un momento consideró buscar sus cosas y escapar sigiloso), ella llevaba despierta casi el mismo tiempo que él. C., recostada en dirección a la puerta y fingiendo seguir dormida, vio cómo ésta se abría entre la escasa penumbra del amanecer y daba paso al cuerpo todavía humeante de B. Era una mañana particularmente fría, y el humo salía de la cabeza de B., pensó C., cómo si éste fuera una caricatura reflexionando con todas sus fuerzas. Lo observó echarse a su lado tiritando, y aovillado de espaldas a ella, conciliar el sueño nuevamente. Quince minutos antes, C. había abierto los ojos y al no encontrar a B., encendió la lámpara en la mesita de noche. Vio, en un extremo de la habitación, los zapatos blancos de éste, que descansaban uno apenas montado encima del otro. Aplacada su corta angustia, C. suspiró y volvió a apagar la luz.

A las diez de la mañana C. sacudió a B. con dulzura y le preguntó si quería desayunar algo. B. abrió los ojos y despegó los labios un par de veces. Sonrió a C. y rechazó cortésmente el desayuno aludiendo que su estómago funcionaba mal en las mañanas. Entonces miró detrás de ella y descubrió, en un pequeño estante de libros, por lo demás inundado de textos sobre sociología, unas *Obras Completas* de Simenon —dios mío, ¿cuán completas pueden ser?, se preguntó B., imaginando lo demencialmente delgadas que tendrían que ser las hojas de esos cinco tomos o el infierno de esa diminuta tipografía—. Tras un pequeño debate interno, B. se resistió a hojearlas e incluso a preguntar por ellas, temiendo en parte que fueran sólo un adorno, pero en realidad temblando ante la idea de que C. pudiera reconstruir ahí, frente a él, uno solo de sus angustiantes casos. B. se ajustó el reloj, le dio una ojeada vistosa y dijo que ya tenía que irse. C. sostuvo su mirada y dijo bueno. Y se dirigió a la sala para llamarle un taxi.

Este es, a grosso modo, el estado de las cosas cuando B. escucha —no se lo dicen a él pero entreoye a un grupo de personas comentar— que A. ha llegado de vacaciones. La noticia, en principio, apenas lo roza. B. termina su vaso de vodka y lo deja en la mesa en la que está apoyado. Le asiente al tipo que ha estado explicándole los cambios en las bujías que ha hecho en su auto. Así que menos bujías, dice B. creyendo repetir algo de lo que ha escuchado. Sí, exacto, menos, así es mejor, mucho mejor, dice el tipo.

Mientras abre la puerta de su casa más tarde esa noche, B. piensa momentáneamente en lo que ha oído. Se pregunta cuánto tiempo tardará en encontrársela, considera la posibilidad de no encontrársela. B. termina de subir las escaleras con estas conjeturas en mente y entra a la ducha. Al salir se seca lentamente frente a la televisión y después fuma un cigarrillo al lado de la ventana. B. bota la colilla, se echa y lee un poco. Al cabo de unos minutos siente sueño y apaga la luz.

B. no sueña con A. esa noche, ni la siguiente. La tercera sueña con el tipo de las bujías (no es precisamente el mismo pero en el fondo lo es), quien le ofrece unas obras de Simenon a plazos; son muy caras, excesivamente caras, se dice B., pero aun así lo considera. Son Águilar, fíjese nomás que papel tan fino, mire, mire, le dice el tipo de las bujías. ¿Pero están completas? le pregunta B. Claro hombre, completísimas, revise si quiere, no sea tímido. B. saca el segundo tomo de un estante muy pequeño y muy bajo, tiene que agacharse para llegar a él. Al tocarlo, siente un impulso, algo poderoso, algo que le pide que robe esos libros, que los tome todos y corra como un gamo. B. titubea y abre el libro. Una hoja suelta se desprende y tras un prolongado arco en el aire se detiene barriendo el suelo. B. la levanta y la acerca a sus ojos: una sola palabra rezuma en el centro de la hoja. Pero B. nunca ha visto esas letras. ¿Qué mierda es esto?, se pregunta angustiado, y al girar, su brazo hace presión sobre su pecho y despierta.

B. no se levanta sudando, pero baja sediento y descalzo a la cocina. Enciende la luz y se sirve un vaso de agua, lo bebe, abre el refrigerador y encuentra un paquete de queso laminado. B. sube a buscar sus cigarrillos, baja de nuevo y se queda comiendo láminas de queso, fumando y leyendo hasta que amanece.

Esa tarde, mientras B. refriega sus brazos con un jabón nuevo, dos hilos se conectan en su mente. Al salir de la ducha hace un par de llamadas telefónicas, se sienta frente a la computadora y escribe un poco. A

las nueve se da por vencido y comienza a vestirse. Así va B., como un bote remando contra la corriente, arrastrado incesantemente hacia el pasado.

¿De verdad? pregunta A. descubriendo apenas sus pequeños dientes. No mientas, le dice arrebatándole la caja de las manos. De verdad, responde B., las primeras líneas de su carrera, está ahí apoyada en el marco de la puerta y lo dice. ¿Alguien tiene un fósforo?, repite A. agitando la caja en su oído, me gusta, dice, me gusta. Sólo que ella espera a que se la lancen, no se desespera como vos, escucha A., que sonrío y lanza la caja hacia arriba, la atrapa con las dos manos sin quitarle los ojos de encima y pregunta qué pasa después. Él se acomoda el pantalón y la mira, baja los ojos un segundo y la vuelve a mirar, dice B., y ella inclina un poco la cabeza, mete el mentón y levanta la mirada, lo mira a él y mira la llama de fuego en la punta de su nariz y enciende su cigarrillo. El otro tipo en la habitación, ese Frenchy, mueve los ojos de uno a otro, pero de ella hacia él y de él hacia ella, ¿entiendes?, como si ese movimiento lo concretara todo. Ella tira el fósforo usado y le agradece y le lanza la caja de vuelta y sale de la escena. Él pregunta quién es y Frenchy le dice que no sabe, creo, o solo le explica que acaba de llegar a la isla en el vuelo de la tarde.

A. mira la caja de fósforos, pasa sus yemas por los bordes y observa el primitivo diseño ajedrezado que le ha conferido B. con un marcador negro. Te la regalo, dice B., pero la vas llenando a medida que los gastes, ¿no? La idea es que la uses. Gracias, dice A. metiendo la caja en su cartera. La voy a usar, lo prometo. Bueno, ¿vamos?

B. se siente medianamente satisfecho. Sabe o cree saber (ha leído, ha leído mal en realidad) que las mujeres un día caen, como fruto maduro, en las manos del enamorado constante. Pero todavía falta algo, tengo que acercarme más. Poner la mano en su rodilla parece demasiado. O enfrentar su rostro sin pestañear. Al menos esto es bueno, piensa B., que ella esté volteada hacia mí y no mirando al frente es bueno.

Uno tiene que lanzarse por lo que quiere, dice A., ¿no crees? Intentar y ver qué pasa. Nunca sabes si te lo van a dar. Es lo que yo hago, dice, mientras acomoda unos mechones detrás de su oreja, bueno, es lo que intento hacer. Sí, dice B., totalmente, tienes razón...yo sé, pero... y si lo que vos quieres es escribir, agregó A., entonces eso es lo que tienes que hacer.

B la conduce hacia el departamento de C., donde A. ocupa la habitación que la mexicana ha dejado vacía tras defender su tesis y marcharse. Acaban de recoger su vestido para la boda en la que es dama de honor al día siguiente, sábado. Su vuelo parte el domingo por la noche. Vuelve a Barcelona, donde se ha instalado hace algunos meses para seguir estudiando ciencias políticas. A. siempre pareció tener aspiraciones de este último tipo. Aspiraciones políticas, quiero decir.

B. recuerda la noche (las horas) que pasó con C. y agradece silencioso su ausencia. A. se ve distinta, piensa B. mientras la observa sentada en el sofá, tomando un vaso de jugo. Han pasado solo tres años pero ahora es distinta, se dice B. mientras echa un vistazo al departamento buscando cambios y piensa en algo que su amiga alcanzó a decirle, intentando animarlo, tras haber sido castigada con una dosis de silencio. Te garantizo que en ocho de diez casos, dijo ella entonces, el deseo de A. se dispara por el deseo de sus mejores amigas. Y de todas formas C. no es tu mayor obstáculo, sentenció la amiga de B. esa noche.

A. y B. están solos.

A. circula por el departamento buscando colgar su vestido *en un lugar donde pueda respirar tranquilo*, dice, mientras B. fuma un cigarrillo sentado en la sala. Un elefante de cerámica blanco y hueco hace las funciones de cenicero en medio de la mesa de vidrio. A. resopla y finalmente cuelga su vestido en el pasillo, en lugar de un poster enmarcado de un cuadro de Klimt. Después entra al baño anunciando que una de sus amigas está yendo a buscarlos en su auto, todavía tiene algunos encargos que hacer. Está bien, dice B. sin dejar de mirar el vestido, como si quisiera levantarse para abrazarlo. Pero se incorpora en seguida y se dirige a la habitación de C., donde se detiene a observar de cerca las *Obras completas* de Simenon. ¿Qué haces?, escucha detrás suyo, pensé que ya conocías este cuarto. B. se queda callado y mira por la ventana. Al cabo de unos segundos A. se ríe y le hace notar que el basurero que tiene C. sería perfecto para él. B. mira el basurero (un basurero metálico de rejilla) y le dice que no entiende. ¿No crees que parece el basurero de un escritor?, pregunta A., ¿no te imaginas un montón de bolitas de papel, de tus borradores amontonándose ahí? Yo no soy escritor. El cuento que leíste no significa que sea escritor, dice B.

Cuando C. regresa del trabajo a las ocho y media, A. todavía no ha llegado. Deja sus llaves y su cartera en el escritorio y se deja caer en uno de los sofás. C. cierra los ojos un momento y respira hondo, agotada. El elefante tiene varias colillas y C. reconoce los cigarrillos de B. La perra lo ha traído, piensa entonces, mientras taconeando el piso con rabia. Al cruzar el pasillo encuentra el vestido de A. colgado en la pared y se ríe. Entra a su habitación. Siente ganas de dormir y se echa unos segundos. No puede. Tiene que meterse al baño y alistarse para la noche.

B. está afeitándose. Acaba de salir de la ducha y mientras va dejando el bigote para el final repasa el cronograma de los dos últimos días que le restan a A. antes de irse otra vez. No le queda más que esa noche. Entonces escribe con el dedo "Tú eres mía y París es mío" sobre el espejo del baño y se saca los lentes y ahí se contempla.

Todavía en toalla, C. sale del baño y encuentra a A. dormitando en su cama con la novela que le ha regalado B. entre las manos. ¿Y qué han hecho? pregunta C. sentándose en el borde de la cama. A. se despereza y deja el libro en la mesita, nada, dice, bueno, no sé, hemos ido al banco a cobrar mi cheque y hemos almorzado y en la tarde a lo de mi tía para eso que quiere mi mami y ya. Ah, y después me ha acompañado a recoger mi vestido de tu modista que por suerte hizo lo que le pedí. Ha quedado bello. ¿Entonces bien?, pregunta C. levantando la novela para ver la dedicatoria otra vez. Sí, bien, dice A. mirándola mientras ésta mira el libro. ¿Quieres que te lo preste? pregunta A. Es medio vuelterero, como si

escribiera en círculos. C. levanta los ojos y le dice que no gracias, que tiene mucho que leer y deja el libro en la mesita de nuevo. Más bien comenzaré a arreglarme, ¿no?, dice A. Les he dicho a todos a las diez.

La noche amenaza con lluvia. Lo primero que B. nota al llegar es que hay muy pocas personas en el departamento de C., hecho que lo sorprende y lo alivia al mismo tiempo. Sólo las amigas de A. (C., por supuesto, y otras dos que ha B. visto ocasionalmente) más dos tipos que B. no reconoce. A medida que pasan los minutos le parece que uno de ellos tiene algo de familiar. Su apretón de manos inquieta un poco a B., una mano grande y fría que aprieta la suya como si el tipo fuera un pavorreal desplegando sus colas y ahora esperara por las de él.

Es el tipo con el que ha salido ayer, se dice B., que confirma su intuición minutos después cuando A. le explica a C. (y al resto de los invitados) cómo fue que se encontró con él al salir de una tienda apenas unos días antes. El tipo había asistido a su mismo colegio durante unos años hasta que sus padres se mudaron a otra ciudad. Ahora estaba de vuelta.

A. se muestra fría, casi indiferente. C., por el contrario, se ocupa de mantener el vaso de B. lleno de hielos y de beber con él mientras juegan dados. El juego, que requiere una mínima concentración, se lleva lo mejor de la compostura de B., quien agrupa sus energías en ver de reojo cómo A. y el otro conversan parados en una esquina de la sala. Éste señala algo en el pasillo (el vestido, supone B.) y dice algo que en principio A. escucha muy seria pero que repentinamente despierta su risa tempestuosa. A. lo empuja un poco contra la pared y el tipo sonrío y le pone una mano en el hombro. B. desvía la mirada y aprieta los dientes. La noche avanza, A. y B. apenas se dicen más que *salud* cuando cruzan miradas. El tipo, que ha dejado de aletear en torno a A., se distrae ahora bebiendo con su amigo y haciendo comentarios que B. percibe como provocaciones. Como única respuesta, B. fuma como un autómatas y sopla metódicamente su humo hacia él.

Una de las amigas que se ha incorporado al juego de dados dice que quiere ir a cantar sus penas. La idea es bien recibida por todos y menos de media hora después, alrededor de la una, un mozo con un terno beige conduce al grupo de seis a su sala privada. El amigo del tipo ha abandonado el barco alegando estar demasiado borracho.

De alguna forma B. ha terminado aún más lejos de A. y le parece verla como a través de un velo. Yo soy la que se va, ¿no?, y es mi despedida, así que yo voy a escoger lo que canta cada uno, dice A. mientras pide la carpeta con las canciones y se apodera de los micrófonos. C. le lanza uno y ríe estrepitosamente. Intenta beber a la par de B., que se lanza como un kamikaze sobre la botella de vodka que deja el mozo en la mesa.

El resto de la noche es tan vulgar como inevitable.

Todos cantan por turnos y B. se ve obligado a bailar más de una vez. A. también baila, pero nunca baila solo con él. Pasan varias canciones. se sienta junto a B. y se sirve un poco de vodka con hielo. No has tomado mucho, le comenta B. al oído. Deberías pasarla bien, es tu despedida. He tomado bastante, lo que pasa es que no me has visto, quizá te has distraído haciendo tus llamadas, ¿estabas llamando a tus

novias?, pregunta A. Mis novias, dice B., sí, claro, me han dicho que no van a poder venir, que sería mejor que me tome un vaso contigo. Deberías tomarte un vaso conmigo, dice B. agarrándole un brazo. A. lo mira, salud, le dice, y le ofrece el que tiene en la mano.

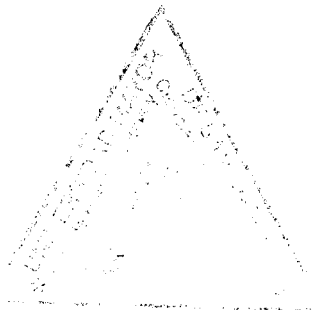
C. fuma y recuerda ese momento de la noche que escuchó a B. hablar dormido y le pareció que lo que estaba diciendo era muy triste, y que podía ser francés o podía no ser nada. Tuvo ganas de besarlo entonces, como ahora que lo observa esperar estúpidamente que ella termine los dos vasos que pide a cambio de un patético papelito que ha estado manoseando toda la noche, moviéndolo de bolsillo a bolsillo como si fuera un valioso boleto de tren donde seguro ha escrito alguna cursilería con la que cree que puede tocarla.

No tienes que emborracharte, dice A. poniéndole una mano en la rodilla. No me estoy emborrachando, contesta B., sólo estoy tomando un poco de vodka. Me gusta el vodka.

Mierda, mierda, mierda, piensa C., y se levanta y sale caminando rígidamente con los ojos cerrados a medias en dirección al baño.

B. se imagina el cabello de A. pegado a su sien. La mira tambalearse mientras canta y después mira cómo se sienta de nuevo al lado del tipo que le aplaude y rechifla. B. se pasa las manos por la cara y se acerca a ella. Se acomoda a su lado y enciende un cigarrillo. Y comienza a balbucear una historia o una larga anécdota que A. no parece escuchar, o entender. B. tampoco la cuenta demasiado bien. Al final de su historia o su larga anécdota, que comienza con champán y grandes promesas y visitas a la Riviera francesa, y termina con el cadáver achicharrado de una mujer en un sanatorio y con un escritor fracasado y hundido por el alcohol, B. echa la cabeza hacia atrás y se ríe un poco. Deberíamos irnos de aquí, dice, cerrando los ojos y tomándole la mano. Todavía no, escucha que ella responde sin soltarse todavía, me quiero quedar un poco más. Y después, con una serenidad desconocida (una serenidad que al menos B. desconoce), la voz le pregunta si acaso no tiene que ser la villana para que pueda escribir sobre ella. B. no contesta. Abre los ojos y se queda mirándola unos segundos hasta que ella le sonrío levemente, como si los labios le pesaran, y se vuelve al llamado del otro, que le pasa la mano por la cintura, y la mano se queda.

(2012)



EL ENEMIGO INTERIOR



How strange it is, to be standing, leaning against the current of time.

W. G. Sebald

La historia no consiste en enjuiciar sino en descifrar el Destino.

Augusto Céspedes

¿Hay una historia? Si la hay consiste en recuperar fragmentos de la vida de mi abuelo y su primer amigo, su espejo e ideal, el hermano que no tuvo, su "testículo izquierdo", como diría el enfermo de Flaubert. Estos hombres respiraron y tomaron decisiones, fueron al cine, amaron a alguna vecina, mataron incluso (y desearon morir seguramente) en el mundo de nuestros sentidos, en el mismo desierto de lo real. Así que empezaré por decir que lo que se narrará en adelante es absolutamente verídico. Podríamos llamarlo un "relato verdadero" porque pasó justo como lo voy a contar.

2

Ni siquiera cambiaré los nombres de los personajes, usaré los que he encontrado en mis pesquisas. ¿Qué tienen de malo esos nombres? ¿Acaso no se esconde ya una clave detrás de ellos? ¿Por qué debería inventarme unos nuevos entonces? En *El libro de la risa y el olvido*, Kundera calcula tres bautizos de personajes imaginarios por segundo y confiesa que le da un poco de vergüenza inventar nombres para sus personajes —siempre hay algo vulgar en lo inventado, parecería decir— y sin embargo, escribe: "para que esta vez quede claro que mi heroína me pertenece a mí y a nadie más (estoy más ligado a ella que a ninguna otra persona) le pongo un nombre que nunca ha llevado ninguna mujer: Tamina". Es una cuestión de potestad y cercanía, dice Kundera. Nombrar lleva consigo el reclamar posesión y derecho sobre la cosa. Pero estos personajes —estos hombres, con mi sangre— ya son míos, de alguna manera secreta son yo mismo.

3

Los llamaban los mellizos porque eran inseparables. Pero no eran hermanos —aunque crecieron como tales— ni eran parecidos. Difícil incluso encontrar a dos tipos tan distintos. Tenían en común el modo de mirar, los ojos oscuros, quietos, una intensidad diluida en la mirada recelosa. Pepe era macizo y moreno, con labios gruesos y sensuales. A Santiago se lo ve flaco, ligero, con las orejas puntiagudas y la piel pálida, como si hubiera pasado mucho tiempo a oscuras. Tengo una foto de los mellizos —me la dio mi padre poco antes de morir— tomada en La Paz, en 1923. En el reverso de la foto están escritos los nombres y la edad de cada uno.

4

Se los ve incómodos usando traje —como si fueran antiguos jóvenes del campo dirigiéndose a un esperado baile— pero no por los mismos motivos, el saco de Santiago lo engulle, a Pepe se ve que le ajusta, le resta movimiento. Con la chaqueta abierta y su coqueto chaleco, Santiago quiere ser un joven dandi. Pepe, siendo sinceros, parece un tipo brutal que se afila los puños por detrás de la espalda. Es la única foto que tengo de los dos juntos. A veces me recuesto y paso horas observando sus ojos y el modo en el que anudaron sus corbatas, intentando sacar algo nuevo en concreto. No hay suerte. Luis Sepúlveda dice que el rostro humano nunca miente, es el único mapa que registra todos los territorios que habitamos. Pero los mellizos tienen 17 años y aún no han conocido el infierno verde.

5

¡Menos drama, señor narrador, si el infierno ya no mete miedo! De acuerdo. Pero si es cierto que la casa de Hades ha perdido bastante de su prestigio en el último siglo, el hombre común está dispuesto a aceptar que en ambos mundos hay infiernos y condenas para todos los gustos. Alguien un poco más agudo podría añadir que en más de una forma los vivos negocian las penas que pagan en vida con sus muertos. En el cristianismo, por ejemplo, el Purgatorio se inventó entre los siglos XII y XIII para que los fieles pudieran reducir, mediante oraciones y pagos de "sufragios", la condena de las almas estacionadas en ese "tercer lugar" entre el Cielo y el Infierno. Desde allí, las almas en tránsito también rezaban por los vivos para aliviarlos de sus pesares. Para otros, como el trascendentalista inglés Richard Jefferies, una especie de Thoreau de bolsillo, la relación entre vivos y muertos es más íntima: "La verdad es que morimos a través de nuestros ancestros, somos asesinados por ellos. Sus manos muertas se estiran desde la tumba y nos arrastran hasta sus huesos carcomidos. Nosotros, llegado nuestro turno, estamos preparando la muerte para nuestra no nacida posteridad".

6

Con los ojos aguanosos y apagados, casi calvo y con unos bigotes relamidos que flotan sobre la innecesaria dureza de su mentón, da la impresión de estar en medio de una crisis. No mencioné que en la foto de los mellizos, sentado al medio, sale el padre de Santiago, Javier. Se parece más a Pepe que a su hijo. Javier era el cuarto de siete hermanos, y el único varón además de Luis, el primogénito. Tenía una gran habilidad con los números y una no menos deleznable afición al juego. Al parecer vadeaba el sopor de sus tardes cochabambinas bebiendo y volcando cartas en un club de caballeros. Un "clubman" y un periodista fracasado, según me dicen. Lo cierto es que vivió obsesionado con la memoria de su padre, el Patriarca de la familia; hombre público y orador de talento, admirado por verdaderos monolitos de la política y las letras del país, como Salamanca y Tamayo. La gran obra de su vida fue publicar los escritos y discursos de su padre en veintisiete volúmenes (!). Con los fondos de un decreto suscrito por el presidente Hernando Siles, comenzó su labor en octubre de 1932, apenas iniciada la guerra, quizá en parte para distraer su pensamiento del Maelstrom de arena y polvo que se aprestaba a engullir a la juventud del país.



7

Javier era viudo. Su única mujer murió mientras daba a luz a su hijo, en 1906. Santiago fue a dar a la casa de sus abuelos, donde también buscó refugio su padre, tras sobrellevar varios meses de luto ético y de prenderle fuego a la pequeña casa que había comprado a base de préstamos, para su esposa. La llegada de Pepe al hogar de la abuela Gabina acompañado de su madre, el año siguiente, tampoco estuvo desprovista de circunstancias trágicas. El padre de Pepe, un abogado respetado en Sucre, fiel amigo del Patriarca durante los años más difíciles del resentimiento liberal, casi le doblaba la edad a Josefina, y le había hecho la corte durante mucho tiempo, sin recibir nada más que sonrisas educadas y promesas de paseos a caballo. ¡ Lo que pensaría de su suerte el viejo Vallejos, la tarde que Josefina tocó la puerta de su oficina para anunciarle que estaba lista para dar el paseo! El mismo día se comprometieron. Y se casaron antes de que acabara el mes. La luna de miel fue en Buenos Aires, y durante plácidas semanas visitaron tiendas y fueron al teatro, a restaurants costosos, siempre obedeciendo los caprichos de la "tierna" Josefina, que apenas contaba veinte años. A su vuelta, Josefina lucía radiante y ya esperaba familia. Cuando se instalaron en la antigua casa colonial de Vallejos, con mobiliario nuevo y un bollo en el horno, en la familia y la pequeña sociedad cochabambina les auguraron un matrimonio feliz. Josefina incluso parecía enamorada. Era sabido que el viudo Vallejos lo hacía todo con esmero y paciencia. Pepe nació prematuro, sin mayores complicaciones, a pesar de la fragilidad congénita de Josefina, y se lanzó a crecer sin perder tiempo.

8

Pero nadie en Cochabamba dilucidó jamás cómo fue que en el primer cumpleaños de su hijo, Vallejos desapareciera del vagón de un tren en movimiento cuando regresaba de un viaje a Oruro para festejar con la familia. Como un ilusionista, el hombre se esfumó sin dejar rastro. Al poco se descubrió que tenía terribles deudas, y cuando el Banco repositó la casa y su esposa e hijo se vieron sin un lugar donde caer muertos, hubo quien halló en esta futura ignominia el motivo de la desaparición. Sus defensores, en cambio, desestimaron la teoría, por considerarla inconsistente con el talante que Vallejos había demostrado en cada uno de los actos de su vida, hasta entonces. Como fuera, Josefina se metió en cama por una pulmonía cuando Pepe rondaba los siete años y no la abandonó más, con intermitencias mínimas. Era muy sensible a la humedad y el frío, y su vista comenzó a nublarse antes de cumplir los treinta. No trabajó un solo día de su vida, pero la juventud se le agotó en diez años. Jamás tuvo paciencia con los niños, nerviosa como era, la sacaban de sus casillas con asombrosa facilidad. Les temía, sea dicha la verdad. En las noches de semana Josefina y Javier solían jugar naipes, en la habitación de ella.

9

El Patriarca. Según testimonios de la época, un hombre "de inteligencia luminosa y observación penetrante, de acendrado patriotismo". Un "príncipe de la oratoria", seductor como pocos, "con un estilo vigoroso y ricamente galano y castizo", "cuya pobreza fue la ejecutoria más elocuente de su honradez acrisolada". Un santo incluso, "purísimo en su probidad, con alma de patricio griego forjada al

fuego sacro del Evangelio". El Patriarca dijo que vio a Dios en medio de un sueño a sus 17 años e hizo, en una iglesia potosina, el voto de pobreza, de no poseer más que la verdad y la justicia. Leía sobre todo (y le recomendaba a sus hijos) sermones de oradores sagrados y pensadores religiosos con nombres como Prosper de Barante, Royer-Collard, Gratry, Freppel, Henri Lacordaire, Ollé-Laprune, Veuillot, Vigouroux y Walon. Entre los escritores políticos del siglo XIX que aún recuerda alguien, Lamartine y Alexis de Tocqueville, aunque el último era liberal. Le gustaban Dickens y Víctor Hugo. En sus cartas elogia los poemas de Longfellow, y confiesa incluso haber dejado caer sus lágrimas sobre el papel mientras copia versos para un destinatario, otro espíritu sensible.

10

El Patriarca (bis). Debe ser el espíritu de los cínicos que sacude nuestros tiempos, pero me cuesta tomar en serio algunos elogios contenidos en el párrafo anterior. No los acuso de insinceros, sólo los encuentro ingenuos y algo manidos. Yo diría más bien que su cristiandad a rajatabla lo hacía un hombre estrecho de miras, en grave conflicto con el cientificismo del siglo XX y con casi cualquier otra expresión racional del pensamiento moderno. "Evitemos que Darwin y compañía nos metan el dedo a la boca", le dice en una divertida carta a uno de sus amigos, tan beato como él. Porque en religión era "casi agresivo con las opiniones adversas", comenta un biógrafo. En sus últimos años, el viejo se convirtió en un foco de reacción conservadora en un país que se volcaba al liberalismo, estaba en contra del matrimonio civil, la enseñanza laica, la libertad de cultos, el divorcio absoluto. Naturalmente una institución sagrada como la virginidad también era un asunto muy serio para él, y a sus dieciocho años, en su primer discurso, la llamaba ya "el tipo de la perfección, el más hermoso de los sacrificios, y el bello ideal de la grande poesía". Por favor.

11

Es fácil ser severo con la ventaja del tiempo transcurrido, y más cuando las figuras apostólicas ya no causan mayor impresión. En aquel entonces, al parecer, la modulación de su voz y la contemplación de sus ojos azules y su rostro moteado por una viruela mal atendida en la niñez, era suficiente para convencerte de muchas cosas: "no puede ser leído, no basta siquiera oírlo, es preciso verlo", dice uno de sus entusiastas. Yo no sé si finalmente los mellizos lo vieron (es posible), pero no guardaron memoria alguna de ello, no de primera mano, al menos. Para ellos, el Patriarca ni siquiera necesitaba un rostro, bastaba con que fuera la voz de la fe y la moral.

12

He escrito pidiendo ayuda a un primo centenario de mi padre, un hombre apacible de una inmortalidad furiosa. En unos recortes de periódico de 1935, que me ha enviado con celeridad, hay una foto de Pepe donde sale muy diferente a como lo hubiera imaginado a los 27 años. Vestido con su uniforme, mirando a la cámara de frente, da la impresión de estar consumido, acabado. Como si hubiera envejecido dos décadas (no una) desde la última foto. En lugar de la mirada desafiante de su adolescencia, detrás del brillo de sus anteojos redondos hay algo como un cansancio cínico, taciturno, en sus ojos y sus párpados pesados. Uno diría un marxista triste, desencantado, que ha visto falseada la bandera por la que ponía el pecho. Lentamente, acerco la punta de un lápiz al rostro de Pepe. Le trazo un bigote. Entonces alejo la

foto unos centímetros y confirmo mis sospechas. Las mismas cejas rectas, la nariz aguileña, la leve flacidez debajo de los cachetes. Mi tío abuelo Pepe y el filósofo de la historia Walter Benjamin se parecen como dos huevos. Puesto a elegir, me hubiera gustado que Pepe se pareciera, no sé, a Dumas, pero Benjamin es lo que ha tocado. ¿Este es el rostro del héroe de mi historia? Viéndolo detenido, congelado, mirando a la cámara, de frente a las columnas de Hércules, en el punto de no retorno (la foto es de noviembre de 1932) me doy cuenta del motivo de mi decepción, ¿no son los suicidas como Benjamin en última instancia cobardes? Más allá de las circunstancias particulares, fundamentalmente el suicida elige morir allí donde otros más fuertes se dicen vida es vida. De cualquier forma *es solo su cara*, me repito, y entonces, para mayor tranquilidad, recuerdo algo que anotó el propio Benjamin entre sus fragmentos, una de las objeciones contra la fotografía: "es imposible que una máquina capte el rostro humano".

13

El segundo paquete era un viejo mazo de cartas y un poema mecanografiado en papel cebolla. Todavía no he abierto el mazo. El poema se llama "Los Parrales" y cuenta cómo un anciano vuelve a la casa de hacienda que fue de sus abuelos, donde se ha criado su familia, antes y después de él, y donde ya no queda nada, ni siquiera los muros que circundaban la huerta. Los vendavales han derruido todo. Los caballos ya no pasan, el viejo apenas puede recordar sus sombras entre la niebla. La Capilla está desierta. "¡Todo ha muerto! ¡Todo es llanto y soledad! ¿Dónde están?", se pregunta. Queda la voz de los parrales agrietados, que lo consuelan nombrando al Jesús de sus mayores. La memoria es una facultad cruel. Como un sarro del pensamiento. Y una novela no escrita es algo que se pudre dentro de uno.

14

Treinta años antes, el Patriarca también se quejaba amargamente a uno de sus amigos: "Lo siniestro no nos deja. ¡Qué obsesión! Santo Dios, ¿a qué se debe la bola negra que nos tocó en suerte? Mientras la muerte navega a mi alrededor, ¿a cuántos he visto morir yo?" Acosado por los créditos que había contraído del Banco Nacional para vivir como lo dictaminaba su posición social, retirado de la vida pública, el Gran Tribuno dio su último aliento en 1907. "Dos cirios arden en la estancia penumbrosa delante de imágenes sagradas. Los circunstantes permanecen de rodillas. Recibe la extremaunción, quinto sacramento, de manos del sacerdote. Tal vez cruza por su mente la agonía del dictador Linares, a quien acompañó en el exilio, la de su padre y su hermana, con el increíble nombre de Liberata. Bendice a los suyos sobre sus sollozos. Su respiración se hace intermitente, los débiles estertores la entrecortan. La luz del mundo desconocido se filtra por una pequeña ventana." Me pregunto si en algún momento se dio cuenta que moría imitando (casi) el adiós que Víctor Hugo dispuso para Jean Valjean, frente a los candelabros de monseñor Myriel, cuya compasión divina compra al *forçat* para el bien y resplandece nuevamente en las últimas páginas. El Patriarca recibió además, en su despedida, la vigilante gracia de un Jesucristo tallado en marfil de más de un metro de alto, un regalo que inverosímilmente le mandó desde Roma León XIII, uno de los Papas más longevos de la historia.

El enorme crucifijo viajó un siglo en el tiempo y llegó hasta nuestras manos, hasta una esquina de la sala de estar en casa, sería más preciso decir. Mi padre lo recuperó de algún depósito, y desde que apareció en nuestras vidas, intentó venderlo (subimos incluso una foto a *eBay*), pero nadie movió un pelo. Cuando mi hermano se fue de casa, secuestró al Cristo, en parte por joder, y en parte porque necesitaba dinero. Lo llevó a su departamento en un taxi y desde ahí mandó un sobre con instrucciones. Cuando mi padre lo abrió encontró dos pequeños dedos de marfil de la mano izquierda y una nota que decía "SI qUierEs vEr Al cRiSto de NuEvo maNdA U\$800 A lA dIrEcCiÓN iNdiCadA o rECiBirÁs uN pie (neCeSiTo eL dINeRo ParA coMpRaR Un aNiLlo De ComPRoMiSo)". Mi padre nos mostró el contenido del sobre temblando y resolvió pagar de inmediato. El Cristo volvió a casa. En aquel entonces todavía creía que podía vendérselo a algún millonario beato, y durante quince años mi padre lo creyó y lo intentó, de tanto en tanto, nunca nos sirvió de nada. Mamá lo ha confinado al depósito, donde acumula polvo junto al refrigerador que usaba en sus años de soltera.

La abuela Gabina, veinte años menor que su esposo, a pesar de su riguroso luto y de haber perdido a la mitad de sus hijos, no vivía ensombrecida. Había entendido que vivir significaba aceptar la pérdida gradual de una pequeña alegría tras otra. Su cuerpo era flaco y nervudo, bastante ágil, a pesar de su caminar curioso. Era una lectora insaciable, conocía la Biblia de memoria, pero adoraba también las novelas inglesas y francesas que pasaban por el ojo censor de su marido. Era una mujer amable y delicada, al menos con los niños. No mostraba una actitud beata, ni severa, era sencillamente una mujer de principios inflexibles. Cada mañana, los niños debían tener preparado un versículo de la Biblia, tenerlo en la punta de la lengua cuando se reunían alrededor de la mesa para desayunar. Si no tenían un versículo de las Escrituras en mente, te daba el tiempo suficiente para salir de la cocina y aprenderte uno. En ese caso, te acompañaba afuera y te daba una pequeña zurra para que te espabilaras. Sabía cómo tratar con los niños y cómo educarlos, sin duda. Les lavaba la boca con jabón por blasfemar, y se la lavó ella misma una vez, frente a ellos, cuando los niños descubrieron que había dicho una mentira. Quizá debí empezar por decir que la abuela tenía los pies zambos, uno mirando al otro, y no podía usar zapatos. Y sin embargo, tras la muerte de su marido, frente a las deudas del banco que los asediaban, volvió a salir de casa un día por medio para ganarse un sueldo casi decente como taquígrafa. Después de darles un beso a los niños, con sus largos vestidos negros que llegaban hasta el suelo y su negro sombrero de tul, salía a la calle, cruzaba la plaza y se dirigía al trabajo.

Estábamos en el departamento de mi tío, muerto semanas atrás. Mis primas querían venderlo, porque era ófrico y les traía recuerdos amargos, así que papá me ofreció ir a saquear su biblioteca. Yo tenía entonces tal vez catorce años, pero intuía remotamente los libros que podían gustarme. Repartida entre la sala y algunas habitaciones estaba la colección de máscaras de mi tío, había una en particular que yo me detenía a mirar cuando iba de visita, que adoraba secretamente; labrada por ambos lados, negra y brillante, la imaginaba salida de una expedición al Congo. Debí habérmela llevado ese día, era cuestión

de precipitarla a la bolsa del botín (unas *Flores del mal*, las lecciones de literatura europea de Nabokov, *El informe de Brodie* de Borges, una biografía de Winston Churchill (*The Last Lion*), un par de novelas de Naguib Mahfuz), pero no lo hice.

18

La biblioteca estaba en un pasillo largo y frío, lo recorrí varias veces, llenando la bolsa, y en la repisa baja encontré algo que parecía un álbum de fotos con una gruesa capa de polvo. Lo sacudí y lo aprecié con una mano. Era curioso, pesaba más de lo que su volumen daba a entender, como si estuviese lleno de agua o arena y ese peso no le correspondiera. Las hojas eran gruesas y estaban manuscritas, con fotos, recortes de periódicos. Lo cerré y en busca de más luz fui rumbo al solarío, de donde se veía el pequeño jardín de jazmines. Sentado en un viejo sofá me dispuse a estudiar su contenido. Apuntes, observaciones sobre eventos circunstanciales y noticias, reseñas de cine, fotografías. No lo sé realmente. Recuerdo eso sí, los labios entreabiertos de Rita Hayworth y su melena derramándose sobre el papel: seguir su nombre con el dedo y sentirlo entrar (¿a mi flujo sanguíneo?) por debajo de mi piel. También Machado, versos de algún poema. Quizá estos:

*La nieve sobre el campo y los caminos,
cayendo está como sobre una fosa.*

19

Conservo apenas fibras, filamentos de recuerdos hechos de recuerdos de esos minutos. Una de esas cosas que se desprenden de ti y caen en el olvido porque no tuvieron suficiente importancia en ese momento, o tú no supiste dársela. Y eso que uno pierde por completo, podría arraigar en otro, cambiar su vida. Es un desperdicio, y una salvación. Al final somos una suma mermada dé infinitas restas, dice Sergio Pitol. Escuché los pasos calmos de papá y vi que entraba al solarío con la bolsa a cuestas, hojeando uno de los libros, al mirarme, se acercó y me arrebató lo que tenía en las manos. "Es algo que tu abuelo armaba después de la cena", dijo, frunciendo la nariz, y me entregó la bolsa a cambio. "Se distraía así, el pobre. Lo veíamos de chicos en la mesa del comedor, sacaba sus tijeras y pegaba sus figuritas. Parecía un niño." Pasó algunas páginas, "es como un almanaque, un registro para llevar cuentas de lo sucedido." Lo cerró y su rostro volvió a la normalidad. "No está mal lo que escogiste, te aumenté una novela de Maugham que leíamos mi hermano y yo cuando éramos jóvenes."

20

Años después, quise darle otro vistazo al almanaque del abuelo. Papá escuchó mi reclamo y me informó que había desaparecido, no sabía dónde, tal vez en la oficina. "¡No puede ser!", le grité. Pero papá levantó los hombros. Sencillamente se perdió. Borges cuenta en alguna parte que un paladín del siglo XVI encuentra en la Luna todo lo que se ha perdido en la Tierra: los suspiros de los amantes, el tiempo malgastado en el juego, los proyectos inútiles y los no saciados anhelos (mi almanaque, también). Tendremos que arreglárnoslas sin él. ¿Cómo no sentir desconsuelo? Pensar en que ya nada me llevará a esa ventana.

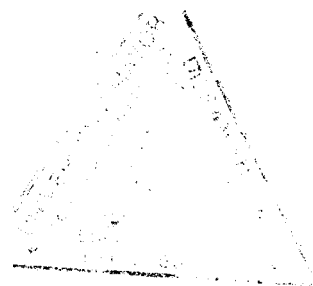
21

A cambio se abrió otra, meses atrás, cuando vacié el contenido del cajón con llave sobre la alfombra y encontré la libreta y otras cosas que prefiero no enumerar aquí. Los objetos y los papeles (secretos o no) que dejan atrás los muertos —en muchos casos seguro preferirían verlos quemados antes que fisgoneados— se sienten como valiosos mensajes en una botella, enviados desde el mar oscuro del mundo, revelaciones ante las cuales nuestro ánimo reacciona a destiempo, cuando ya no puede agradecer o acusar, el interlocutor se ha ido ya. Le damos valor a estas cosas porque cuando la parca mete la mano siempre quedan vacíos, sombras, preguntas sin responder. Conozco mejor a Leopold Bloom que a mi propio padre, dice Umberto Eco. "¿Cuántos episodios de la vida de mi padre me son desconocidos, cuántos pensamientos de mi padre no fueron nunca revelados, cuántas veces ocultó sus dolores, sus dilemas, sus debilidades? Ahora que se ha ido, probablemente no descubriré nunca esos aspectos secretos y quizá fundamentales de su ser, medito y medito en vano sobre ese amado fantasma, para mí perdido para siempre. En contraste con ello, sé todo lo que necesito saber de Leopold Bloom, y cada vez que releo *Ulises* descubro algo nuevo sobre él."

22

Es una libreta negra, un diario que perteneció a mi abuelo. En la primera página se lee que corresponde al año que hizo su servicio militar, 1924. De esa letra ajustada e irregular, con algunas páginas arrancadas, posiblemente al azar, transcribo las entradas que siguen:

II



29 mayo. Desde hoy comienza a ser más llevadera nuestra vida de cuartel porque ya no están los soldados antiguos. Antes de irse, uno de ellos me contó que hace un tiempo habían muerto dos reclutas de una forma horrenda y que sus cuerpos estaban enterrados por aquí. Le dije que no le creía. Mejor cuídate, dijo él, mordiéndose las uñas. En la tarde, instrucción.

1ro junio. Tuvimos la primera lección de tiro, mi marca fue buena. El sargento me palmeó el hombro. El calor del sol era agradable y levanté la vista al cielo claro y despejado, del sur venían nubarrones grandes. Empecé la limpieza de mi fusil y me pregunté a quién estaría hostigando padre ahora que ya no estábamos ahí.

5 junio. A las 10 jugué pelota de mano con Murillo contra Pepe y Gamarra. Nos hicieron papilla, pero no gracias a Gamarra, que se regodeaba después con una risa estúpida y expulsaba su aliento fétido hacia mi cara. Murillo se reía, se lo tomaba bien, mejor que yo, al menos. Almuerzo en casa de don Luis Paz, nos acompañó el arzobispo Reyes, otro obeso (¿qué está pasando?) que al menos se mostró interesado por los jóvenes de la mesa (Pepe y yo).

14 junio. Pepe estuvo en el calabozo de San Francisco todo el día. Comenzó por un altercado con un camba, pero después le gritó al sargento e hizo ademán de levantar las manos, eso precipitó las cosas hacia la mazmorra, creo yo. Cuando se dispara no hay modo de pararlo. A las 11 pm le suspendieron el castigo y vino a nuestra cabina. Se echó en el piso, le presté una frazada y durmió con una sonrisa de gato en el rostro.

19 junio. Corpus Christi. Vi la procesión en la plaza, ahí estaban las Bayá, dulce racimo de uvas frescas en medio del populacho. Hice sonidos de pájaro, silbé, las miré fijamente, pero ni se percataron. En la tarde, Bedregal me contó que a su padre, el arquitecto Bayá, le tenía que haber pasado alguna cosa además de la ejecución de sus deudas, porque lo que necesitaba con urgencia era descansar una temporada en la casa de la risa del hospital Santa Bárbara.

21 junio. Tanda en el 3 de febrero: "La presa", con Alice Joyce. Una chica pobre y trabajadora saca adelante a su madre enferma. Su jefe intenta cortejarla pero ella se resiste. Finalmente se casa con un doctor italiano, amigo de un muchacho que también había tratado de enamorarla. Después de la ceremonia el doctor descubre que su mujer y amigo ya se conocían, su sangre latina hierve y le dispara a su mujer, o a quien piensa que es su mujer pues resulta ser solo su imagen reflejada en un espejo. Después se dispara en la sien y los amantes se reúnen.

25 junio. Conseguí un contacto y con Murillo más fuimos a visitar a las Bayá. "Hay que tomar el toro por las astas", le dije. Nos invitaron el té. También charlamos con su madre, que preguntó por la abuela y mandó saludos para casa. No creo que le importe, pero se lo diré a papá en la siguiente carta. Las Bayá son tres, de color canela, la más pequeña es preciosa pero tiene apenas trece años. Se llama María. Tras pensarlo detenidamente, de las casaderas, Ada es la mejor. Sus ojos parecen de azúcar y cuando bate las pestañas quisiera tirarme patas arriba.

26 junio. 4ta lección de tiro con carabina, tendido con apoyo (150 mts). Estoy mejorando. En los ejercicios de combate por la tarde, Pepe sobresalió, pero con tan mala suerte que cuando estaba a punto de inmovilizar al potosino Suxo, éste resbaló y se quebró la cabeza contra una roca. Una sangre oscura y espesa comenzó a esparcirse en el piso terroso. ¡Imbécil de mierda!, le farfulló el sargento a Pepe, ¡tres horas de plantón! Envié al herido a la enfermería, después nos licenció a todos. A medianoche, Pepe tocó la puerta y le abrí. Antes de dormir, sazonando un poco la historia, les conté lo que había averiguado acerca de los reclutas muertos. Murillo suspiró que eso era imposible. Pepe me miraba, lo sé, aunque estábamos a oscuras, pero no dijo nada.

30 junio. Llegó carta de padre. La abuela mandó dulces. He cobrado además un giro de 80 bs, 40 son para Pepe. No había encontrado un motivo para regresar donde las Bayá. Nos invitaron a que volviéramos, claro, pero no estoy seguro de que realmente lo desearan. La siguiente semana iré con Murillo y le diré a la señora Bayá que el dulce se lo envía la abuela.

5 julio. La visita fue un modesto éxito. Nos abrió el dueño de casa. Al principio lo tomamos por alguien más, estaba despeinado y con los ojos enrojecidos. Nos miró con desconfianza, como si prefiriera echarnos a patadas. Creo que los dos pensamos que estaba borracho. Entramos al salón de diario y apareció la señora Bayá, nos saludó efusiva y apoyó nerviosamente su mano regordeta en el hombro de

su marido, le dijo algo al oído y entonces él nos miró y sonrió como si de pronto sus problemas se hubieran desvanecido. Subió corriendo las escaleras sin decir agua va. La señora Bayá nos invitó a sentarnos y dijo que las chicas bajarían pronto. El aire estaba impregnado de un olor húmedo que se estancaba en el paladar. Las cortinas estaban cerradas. Había una lámpara encendida al fondo, pero apenas podíamos verle el rostro mientras parloteaba, solo escuchábamos su voz atravesando la penumbra.

Le entregué el frasco de dulce y emitió un chillido de gusto, los miró radiante, dijo que éramos unos muchachos preciosos. Pasaron unos largos minutos. Por fin las chicas mostraron sus cabezas castañas junto a su padre, una de cada lado, como escoltas. El hombre' lucía mejor. Se sentó y comió dulce directo del jarro con un tenedor que sacó de su bolsillo. Le sonreímos. Nos preguntó si nos gustaba Sucre, cómo iba la vida de cuartel, qué nos enseñaban en la instrucción. Se lo explicamos. Murillo comentó que yo era un buen tirador (¡lo hubiera besado!), y que el capitán estaba impresionado con mis marcas. Ada no estaba escuchando, se miraba las uñas con mucha atención. El señor Bayá se puso a cavilar. Con el ambiente ya distendido, Murillo hacía reír a Ada y a su madre con unos trucos de cartas que había aprendido de un gitano en la plaza, mientras Delmira y yo comentábamos la matinée en el 3 de julio, una comedia de Max Linder que ambos hemos visto varias veces.

"¿Y si las reformas liberales fueran un error?", dijo súbitamente el señor Bayá, " las educativas, por ejemplo, que son las más importantes. Como dice Tamayo, hay que crear una pedagogía nacional, medida a nuestras fuerzas y costumbres, a los gustos nacionales. Necesitamos una educación en armonía con nuestras condiciones físicas y morales, ¿no? ¿Qué opinan ustedes, jóvenes? Me interesa mucho escucharlos." Miramos a las chicas y ellas a nosotros. Ada se mordió el labio con ansiedad y yo resolví contentarlo. "Pensamos que tenemos la obligación de ser soberanos más allá de lo aparente, rescatar del indio la energía nacional y transmitírsela al mestizo civilizado". El señor Bayá se quedó mirándome unos segundos. "¡Sí carajo, muy bien, hay que proclamar la energía y la agudeza del mestizo! ¡Hay que estudiar el alma de la raza, en vez de los métodos extraños!", dijo levantándose, dejando caer el frasco de dulce al piso. Ada se aclaró la garganta y Delmira se arrodilló para limpiar, Murillo y yo asentíamos. "Pero es lamentable", continuó el hombre, que miraba fijamente la pared, como si con la fijeza de su mirada proyectara la imagen de algún recuerdo remoto, sin prestar atención al dulce impregnando la madera del piso, "es lamentable porque a veces, para despertar la conciencia nacional se necesita una guerra. Los pueblos piden guerra, entre otros motivos, para encontrar su núcleo, y los poderosos saben aprovecharse de esta situación. En vez de arreglar la casa, prefieren jugar a los soldaditos. Por eso debemos estar listos. Hacen bien en cumplir su servicio, aunque les enseñen huevadas." Salió de la sala bajo la inspección inquieta de las mujeres de la casa y volvió con una caja de cervezas, "sirvanse, muchachos, la cerveza es gratis y la noche llega rauda, chaupi p'unchaipi tuyatarka, no hay tiempo que perder."

9 julio. Hoy he entendido que Gamarra es el prototipo del hipócrita y adulón, un acusetete y un cobarde. Su comportamiento no es propio de un amigo. En el patio Pepe le partió la nariz de un puñetazo, yo me limité a despreciarlo verbalmente. Desde el piso, a medio incorporarse, Gamarra contenía las lágrimas y miraba a Pepe con una mezcla divertida de odio y miedo. Con una fijeza (¿una fiereza?) que hubiera alarmado a cualquiera. El tiempo me recordó a Colomi. Aquí el viento soplaba y el cielo estaba sucio, el

suelo barroso. Allá, pensé, la tierra gris, el limonero seco al que nos trepábamos. La perra que allí tuvimos.

11 julio. Inspección médica a todo el regimiento. Encontraron muchos piojos y piojosos. Estoy en 56 kilos, mido 1.68. Pepe apenas pasa por las puertas y me lleva más de 20 kilos. En la tarde el regimiento entero a la tanda del 3 de julio a ver la película "Por mi patria".

14 julio. Pepe, Murillo y yo chorreamos y fuimos a la plaza en la mañana. A Murillo se le ocurrió hacernos retratar donde el judío Roth. Salimos de medio cuerpo y sin gorras. Acomodó a Pepe al medio por ser el más grande. Nos dijo que la fotografía estaría lista para el próximo martes.

18 julio. A la tanda en el 3 de julio. "La hermosa impostora" con Carmel Myers. Una pareja de la alta sociedad convence a un hombre y a una mujer más humildes y solteros de tomar sus identidades durante un baile de máscaras mientras ellos pretenden ser los sirvientes. Hay malentendidos y confusiones. En realidad todos la pasan mal, y antes del amanecer están dichosos de volver a sus lugares de origen.

20 julio. Donde las Baya Tuvimos que arrastrar a Pepe como a un mulo. Incluso le ofrecimos dinero, pero no lo quería. Al final se cansó de hacerse rogar y aceptó el atado de cigarrillos que le puse en las manos. Debería estar doblemente agradecido, porque Ada le mostró los ojos toda la tarde, incluso salieron a tomar aire al balcón.

23 julio. Llegó carta de padre. Son páginas y páginas, habla de la familia y la memoria, de Colomi y mis responsabilidades allá, lo que espera de mí. Brusco y áspero como es, no tolera que se lo contradiga en nada. Es grande y gordo como un monte, y desde chico si podía me escurría como un ratón para no tropezármelo. Tiene la piel tostada y un tupido bigote negro que peina con un cepillo especial. Le entregué a Pepe sus 40 bs.

27 julio. Marcha de resistencia hasta la Glorieta. Debimos llegar hasta Yotala, pero nos quedamos cortos. En la tarde dieron asueto. Vino Pepe a la cabina y jugamos ajedrez con Murillo, les gané a los dos, pero a Pepe le da igual. En qué piensa, cuando estamos limpiando la carabina por ejemplo, y mira un momento al vacío y parece que medita sobre algo importante, más importante que nosotros dos y que todo el batallón, pero no logro imaginar qué.

2 agosto. Roth anunció que la fotografía había resultado manchada. Nos la mostró. Tendremos que sacar otra placa. Volveremos con Pepe.

5 agosto. Comimos en casa de don Luis. Estuvo de nuevo el arzobispo Reyes, quien en honor a la verdad es obeso hasta la deformidad y miope, y tiene una voz chillona, pero es fácil de trato, inteligente y culto. Todos vicios de forma, diríamos, ninguno de fondo. Con ojos soñadores, don Luis recordó al abuelo, su gran amigo y mentor. El cura mostraba interés y me interrogó al respecto, pero yo no soltaba prenda, le dije que no tenía recuerdos consistentes, apenas éramos niños pequeños cuando murió. Pepe no se daba por aludido; come con la cabeza gacha, mirando su plato. A don Luis le faltaba aliento para contar las penurias de los últimos años del abuelo: "Podía verse el sufrimiento grabado en sus ojos azules, arzobispo, azules que llegaban hasta el mismo Dios. Y su fe inquebrantable en momentos siniestros, ¡era

admirable!, sobre todo después de la guerra y Ayo Ayo. Lo que les hicieron a eso pobres muchachos... ¡Dios mío, qué indios bárbaros! ¡Pero qué temple! La cruz final fue que Marta hallara su fin en esa empresa absurda, buscando los restos insepultos de su hermano. Que Dios me perdone, padre, pero los indios son una raza maldita, hermética." Hubo un breve silencio. El arzobispo tomó un trago de vino. "A veces también me temo que los indios sean impenetrables", dijo, indicándole a don Luis que le sirviera más, "que incluso fingen adorar a Nuestro Señor y en el fondo siguen creyendo en sus wacas y sus rocas. ¿Hacen mal? En el fondo no lo sé." Pepe dejó de masticar y lo miró. "Pero no lo son. ¿Ha escuchado la tristeza de algunos huayños? Eso no se puede fingir."

8 agosto. *7ma lección de tiro con carabina, de pie sin apoyo (100 mts). Mi puntaje fue 10.11.10. Pepe logró 8.8.7. No pude evitar restregárselo. Pepe sonrió distraído, "quien lo diría, con esas manitas de niña". Le hacía gracia que finalmente pudiera vencerlo en algo de manera tan contundente.*

10 agosto. *Los compañeros me felicitaron por mi cumpleaños. Llegó un telegrama de padre y un paquete de la abuela: dulces y un libro de la biblioteca del abuelo. Chorreamos de nuevo y bajo mi auspicio fuimos a comer unos lomos y a tomar chicha. Bebí hasta sentir un sabor agrio en el paladar, y vomité hasta que me dolieron los oídos. Tuvieron que llevarme cargado de vuelta.*

13 agosto. *Por lo inesperado, creo que hoy fue el mejor día del año. Un regalo de cumpleaños atrasado. Tomábamos el té en casa de las Bayá, solo Murillo y yo, cuando Delmira dejó caer su servilleta para que yo la recogiera. Por debajo de la mesa me tocó la pierna. Y me puso un papelito dentro de la mano. Me estremecí. Entendí que había sido miope con esto de Ada y Delmira. Bien visto, cuando el pecho es plano, uno está más cerca del corazón.*

21 agosto. *Ayer, durante la noche, alguien entró a robar al depósito. Pepe estaba de luminaria. El candado estaba destrozado y desaparecieron dos docenas de caramañolas.*

25 agosto. *Soñé con los reclutas muertos. Padre me ordenaba cavar un pozo en Colomi y al poco de ponerme a ello ya podía ver entre la tierra los pies descalzos de los cadáveres, ¡estaban enterrados de cabeza! De la nada aparecía el arzobispo y exhumábamos los cuerpos juntos. Después, sentados tomando chicha en un lugar apenas alumbrado por diminutas velas, se persignaba y me asignaba como investigador en el caso. Yo me daba cuenta que habíamos llenado de tierra mi habitación y que la abuela lloraba en una esquina.*

27 agosto. *Tanda en el 3 de febrero. "La ruleta del destino", con Bebe Daniels. No me gustó. Prefiero hacer una confidencia: escribo estas notas con la mano izquierda, porque soy zurcía. En la escuela tenía una hermosa caligrafía pero una hermana andaluza queapestaba a verduras cocidas me daba con su varilla en las palmas y gritaba: "¡La izquierda es floja, es la mano del diablo!" Así que tuve que aprender a escribir con la diestra también. Pero no en mi diario.*

2 septiembre. *Delmira. Delmira. Delmira. Lo repito todos los días. Como si fuera un encantamiento. Hoy pasé bajo su balcón de ida y vuelta. De ida y vuelta. Pero no me acerqué a la puerta. Una figura se asomó a la ventana, pero se alejó pronto. De tanto gastar suelas, he notado que en verdad este barrio es horrible, como una madre fría y seca.*

6 septiembre. *Tennis con el capitán Luna. En la tarde al río con los muchachos.*

9 septiembre *Después de la práctica de hoy dejé de ser apuntador. Me han ascendido, el capitán dice que seré instructor de tiro. Le hice un telegrama a la abuela con la noticia. Ella se lo dirá a padre. Pepe disparó con la carabina de Gamarra, la suya se había trancado con un trazo y se la arrebató. Es curiosa la relación que tienen ahora, Pepe le permite andar pegado a él pero lo humilla continuamente. A veces puede ser cruel. Pero a Gamarra de algún modo le gusta eso.*

11 septiembre. *Matinée en el 3 de febrero. "El jardín de la voluptuosidad", con Pina Menichelli. Almorcé con el arzobispo. Es diferente a otros curas que he conocido. Le conté la película y le pregunté si le gustaba ir al cine. Me dijo que prefería el teatro. "Hace poco vi "El nieto de Túpaj Katari", de Díaz Villamil, ¿la conoces?" "No, para nada" le dije, "pero suena como algo que podría gustarle a mi hermano Pepe." El arzobispo me sonrió, "tú eres un bromista, ya me di cuenta, pero la ignorancia es un pecado. La oscuridad de la ignorancia cubre una variedad de pecados."*

14 septiembre. *Esta mañana yo enseñaba cómo apuntar a los soldados nuevos. De algún lado salió un grupo a trote lento con unas inscripciones en el pecho, ponían "por desertor, por cobarde". Los nuevos los miraron cruzar el ancho patio. Pepe, que estaba a mi lado, escupió al piso y se limpió el sudor de la frente. Metió su mano al bolsillo de la casaca. Dio unos pasos hacia atrás. Como un resorte algo salió disparado de su mano y vimos cómo se elevaba y después descendía para reventar en la nuca del último de la fila, tumbándolo. Fue un naranjazo espectacular. Todos silbamos y aplaudimos.*

15 septiembre. *Carta de la abuela y encomienda. Dulces, un buen queso. Dice que se siente mejor. Le leí a Pepe la parte que le interesaba. Con letra grande y redonda cuenta la abuela: "Nivola también pescó algo por no dejarme sola en el trance, la muy pilla, pero ahora está recuperada. La alimento yo misma cada día. Tiene el apetito de Pepe. En casa estamos bien, hemos recobrado nuestras fuerzas, gracias a Dios." Puedo imaginar a la abuela yendo a dejar el paquete al correo, usando el vestido negro de domingo, su bolsillo haciendo clink clink, repleto de llaves, registrándolo todo con sus ojos grises y penetrantes. Atenta y suspicaz, como si la experiencia hubiera ido afinando sus instintos y la frescura de su percepción; la abuela tiene el don de saber lo que pasa por tu mente antes de que tú mismo lo comprendas. Sin embargo, el otoño que cumplimos quince años descubrí que incluso la abuela podía equivocarse.*

En verano padre nos trasladó a Colomi para ayudar en la finca. Apenas pasaron unas cuantas semanas cuando aparecieron los primeros síntomas. A Colomi íbamos todos los años a cumplir con labores que yo detestaba (la roturación del terreno, la siembra, el aflojamiento, los riegos, la cosecha, entre otras) pero que hacía sin rechistar bajo la mirada de padre. Pepe, por el contrario, se sentía a sus anchas, como si allí las cosas estuvieran hechas a su medida. Trabajaba más que los indios, con la atención reconcentrada en su tarea, la cara morena brillando al sol. Parecía un hombre pero se veía ridículo, porque no se había quitado esa pelusilla que crece encima de los labios. Los pongos se detenían a verlo arar o levantar los enormes costales de papas, lanzarlos a los carretones como si fueran gallinas. Daba gusto mirarlo. Al terminar, se iba con ellos a la laguna, a bañarse. A ellos tampoco les hablaba mucho pero podía quedarse horas sentado a su lado.

El verano de nuestros quince años todo fue distinto. Comenzamos a notar que Pepe estaba siempre agotado, en la mañana, cuando teníamos que ordeñar a las vacas o dar de comer a los burros, y en la noche, a la hora de cenar. A veces se dormía masticando un pedazo de pan, la cabeza apoyada sobre una mano. Un rato después, cuando yo subía para meterme en cama, ya lo veía bajo las frazadas, roncando como un oso. Pero a la mañana siguiente seguía como en trance.

"Está enfermo", decía la abuela, que había viajado a la hacienda para poner orden, e insistía en llamar al médico. "Quiero que hoy se quede a descansar", le exigía a padre, "¿no ves que está exhausto?". Pero Pepe no quería ver a nadie, decía que se encontraba perfectamente. "Lo ha seducido la pereza, eso es todo, viendo lo bien que la pasa holgazaneando su hermano, el príncipe de la Glorieta aquí presente". Desde entonces le dio por lamentarse de que los dos nos hubiéramos echado a perder tan jóvenes. Pobre padre. Si Pepe era una cebolla que uno debía ir pelando, él nunca pasó de la primera capa. No lo hacía por complacerlo pero era evidente que Pepe se empeñaba, aunque sus esfuerzos eran inútiles. En la mañana yo lo veía abrigarse y coger los cubos de la leche. Un día entré al establo y me lo encontré dormido con las manos metidas en la leche hasta las muñecas y la cabeza apoyada contra la vaca. Lo dejé ahí. Era extraño lo que sucedía. Pero seguía comiendo con mucho apetito, lo que aliviaba de algún modo a la abuela. Una noche bajé al establo a preparar la carreta por una indigestión casi mortal que tuvo padre, de la que al cabo de unas horas se recompuso; así noté, uno, que Pepe no dormía en su habitación y dos, que el farol tampoco estaba donde lo había dejado apenas horas antes. Me quedé despierto, asomándome a la ventana que daba al sendero. Cuando lo vi llegar al amanecer, con el rostro cansado pero satisfecho, creí entenderlo todo, Pepe iba a ver a alguna mujer. Y la mujer tenía aguante.

16 septiembre. *No se veía como un tipo enamorado. Yo intentaba pensar en las mujeres de los alrededores. Casi no había. Tenía que ser una india, ¿pero cuál? ¿Y por qué se llevaba el farol? Aunque Pepe no acostumbraba compartir lo que sentía, esto fue distinto, era algo grande, y me lastimó pensar que me excluía, también a mí. No se lo dije pero es la verdad. Durante la cena, una noche la abuela me murmuró al oído que era mejor no decírselo a nadie. "No pensaba hacerlo", le contesté. "Bien, ya verás que cuando llegue el otoño dejará de salir con el frío". Pero llegó el otoño y Pepe siguió saliendo.*

El misterio ya no duraría mucho más. Una mañana Pepe llegó montando a caballo. Las crines y la cola ondeaban como si al moverse desplegaran su piel oscura; parecía que Pepe cabalgara en un gran remolino, a pelo, con, un cordel por brida y con un sombrero en la cabeza. Cuando lo vi en el campo, salí a darle encuentro. "¿De dónde lo sacaste?", le pregunté. "Limpié las 30 fanegas de tierra que se compró el señor Obando, de noche, con el farol. A cambio me dio la yegua. Dice que es descendiente de unos potros andaluces que trajo un peruano por acá." Más tarde, cuando la abuela se enteró de lo que había hecho (bajo la mirada molesta y extrañada de padre) con lágrimas en los ojos lo abrazó y le pidió que se fuera a la cama.

20 septiembre. *Nunca más volveremos. Sería imposible disimular la vergüenza [...]*

22 septiembre. *Otra vez en la práctica de tiro con los nuevos. Una de las carabinas explotó en las manos de un indiecito flaco. Viendo la mano sangrienta, el capitán concluyó que la había limpiado mal. Ahora perdería un par de dedos. Absorto ante la mano mutilada y cubierta con un trapo percutido, el indio*

lloraba como un ratoncillo desahuciado. Viéndolo así, tan patético, el capitán desmontó el caballo y montó en furia, y emprendió a fuetazos al inútil concripto y a todos los que estábamos ahí.

27 septiembre. *Pepe y yo aún no hablamos.*

29 septiembre. *Murió C. M., un amigo de padre, veterano de la guerra del '79. Nos envió el telegrama porque dice que conocimos a este señor, y bueno, porque no tenía más que decirnos, supongo. Pero al leerlo se me arrugó el corazón como una hoja de papel. ¿Por qué? Apoyado en el catre me pregunté si era ese hombre amable que nos ofrecía duraznos de su jardín. Con mi carabina en las manos repetí su nombre hasta que dejó de tener sentido. Me eché y cerré los ojos. Al despertar entendí que no me lamentaba por él sino por nosotros, por Pepe y Murillo y Bedregal y yo, incluso por el infeliz de Gamarra, porque el viejo ya está muerto, pero nosotros seguimos aquí, disparando las mismas, carabinas de mierda que él y otros Pepes y Murillos y Bedregales llevaron a las orillas del Pacífico hace 40 años.*

1ro octubre. *Asistí al baile en el Foyer. Cuando llegamos Delmira ya estaba ahí, junto a Ada, conversando con unos sujetos mal vestidos. Después bailaron con ellos mucho rato y no me decidí a encararlas. Me fui a dormir a las dos de la noche, pero no pude pegar ojo.*

4 octubre. *Me quedé de cabo de guardia. Leí un par de capítulos de la novela que me envió la abuela. Es una historia que transcurre entre Londres y París. A veces, cuando leo de noche y no logro concentrarme, escucho los ladridos lejanos de unos perros insomnes, y entonces me acuerdo de Colomi y de nuestra perra sarnosa.*

7 octubre. *8 días de arresto por cubrir a Pepe. Su beligerancia es implacable y estúpida.*

12 octubre. *Jalar el martillo hacia atrás, girar el bloque casi 90 grados para despejar la recámara y colocar el cartucho. Cubrir el obturador. Cerrar un ojo y tomar aire, apuntar. Acariciar el gatillo con el dedo índice y percutir. Exhalar. Repetir.*

15 octubre. *Volvimos a la chichería. Pepe fue con nosotros. Solo diré que he vuelto a enamorarme. Al salir, pasada la medianoche, metí las manos en mis bolsillos y me di cuenta que no tenía un peso. ¿Y qué? Podía caminar sobre las nubes. Daba largas trancadas y me sentía un hidalgo, un barón de la plata, un gánster de Chicago.*

17 octubre. *Llegó carta. Es de padre, para ambos. Se enteró (no sé cómo) de que Pepe quiere continuar su educación en el Colegio Militar. Y al terminar el servicio ir a perderse al Chaco como teniente. "La nobleza, la hidalguía, el valor, la hombría; son mentiras de los militares", dice padre, "esas cosas no se encuentran en las sierras, están dentro de uno. Que Pepe no piense en operías, puede ganarse una posición ventajosa aquí en Cochabamba. Su lugar es al lado de su mamita, que está delicada". Discutir al respecto es inútil. Pepe es inflexible. Hoy el diálogo fue más o menos así:*

YO: ¿A hacer qué, Pepe?, el Chaco es donde mandan a los militares castigados. No hay nada ahí. Ni caminos, ni construcciones.

ÉL: *¿Pero qué sabes tú? ¿Quién dice? Porque se equivoca, el Chaco es muy rico. ¿No has escuchado del oro de Zamucos? Hay una iglesia llena de oro.*

YO: *¿Entonces estás yendo a buscar oro?*

ÉL: *No, el oro me lo paso por las bolas. Voy porque no tengo nada que hacer en Cochabamba, y menos aquí. Todo es viejo y está taucado. En el Chaco la tierra es virgen, hay espacio de sobra.*

YO: *Puede que sea virgen cojudo, pero es desértico, y el desierto no es solo pobreza, es la negación de la vida. Vas a volverte loco, hermano. Además hace un calor del carajo, ¿no has oído? ¡Hasta los animales se mueren de sed!*

ÉL: *¡Mamadas! Tú repites que somos un país enclavado. Si necesitas un gran motivo, ¿por qué no vas a estudiar la salida al Atlántico por el río Paraguay? En tus trajines puedes incluso ponerle el nombre de tu amado abuelo a un fortín.*

YO: *Ni muerto. La carrera militar no va con las mujeres. Es como el mar, no te permite tomar esposa hasta que lo abandonas. Y no hay que dejar a las mujeres solas, les entran malas ideas. Pero no tan malas como ésta. A vos ni te gusta el cuartel, vives encerrado en el calabozo por hacer huevadas. En el Chaco también hay que seguir órdenes.*

ÉL: *Lo que no me gusta es ser una sarna y que me pisoteen. Pero en el Chaco seré teniente.*

Es como si lo llamara la selva, lo desconocido, la soledad del desierto.

23 octubre. *Suspensión de grado a Pepe. Lo acusaron por negligencia, por el robo de las caramañolas. Le dieron además seis horas de plantón con armas. El cielo empezó a caer, con tormenta eléctrica incluida, pero sin inmutarse Pepe aguantó el viento y la lluvia, ahí parado y con las piernas abiertas, como un extraño coloso en medio del patio. Yo lo miraba desde mi ventana y no podía verle la cara, pero sabía que a pesar de todo se sentía vencedor, y tal vez incluso se reía, porque las robó él mismo y se las vendió al jefe bizco de una tropa de boy-scouts.*

27 octubre. *Ayer, domingo en la noche, fui al parque de Taborga a tocar el gramófono. Nos quedamos despiertos toda la noche oyendo sus discos. Mi favorito es "Melenita de Oro". La música es lo mejor que hay en este mundo.*

9 noviembre. *Preparación de tropa por la llegada del general Kundt el domingo a las 8 de la mañana. El Director nos advirtió que todo debía salir perfecto.*

12 noviembre. *Es tuvimos en vilo toda la mañana hasta que apareció una comitiva de edecanes y después el general, montado en un caballo blanco. Era enorme, grueso y colorado. Lo condujo con apostura hasta darle encuentro al Director, que lo saludó con una gran venia. El general se bajó y limpió el fango que había salpicado en sus chocolateras.*

Desplegó su mirada azul de acero sobre el patio. Es un hombre que sabe cómo imponerse entre la masa. Hubieron desfiles, marchas. Pasó revista a las compañías de fusileros con su uniforme kaki, con botas

altas de charol negro, caminaba bastón en mano y miraba a cada soldado a los ojos. Se refirió a la gordura de Gamarra, revisó las libretas y dijo que la mía estaba bien. Hizo notar muchos errores. Todo el regimiento desfiló frente a él; al paso y al trote, enseguida hizo formar al regimiento y dijo que faltaba energía, que el trote estaba mal porque lo hacíamos muy lento, "¡la infanteguía boliviana debe pasar tan rápida como el viento!"

18 noviembre. *Mañana es el concurso de tiro. Me faltan solo dos lecciones, y si consigo cumplirlas podría salir con el grado de sargento segundo, yo que antes no pensaba ser ascendido a cabo.*

25 noviembre. *Ejercicio de combate con el batallón completo. El indio del capitán nos fastidió diciendo que habíamos hecho todo mal. Es increíble este tipo, su cinismo, cuando es sabida la manera en que chantajea a l.]*

2 diciembre. *Licenciamiento de medio año. Salimos a festejar y dormí en el parque de Taborga. Su madre me despertó con un jugo de tumbo y me dio desayuno. Después me cambió mi terno viejo por uno nuevo.*

4 diciembre. *Salida de Sucre a Potosí en el auto de Taborga.*

6 diciembre. *Fuí a Colomi por el cumpleaños de papá.*

III

*Time present and time past
Are both perhaps present in time future
And time future contained in time past. If all time is eternally present
All time is unredeemable.*

T.S. Eliot

Tras escapar del desastre de Campo Grande, en septiembre de 1933, el nuevo batallón quedó conformado y tomó rumbo sur bajo el mando del capitán von Kutz. A los pocos días, entre satisfecho y molesto, el capitán comprobó nuevamente que su reputación le precedía, al advertir que los cuchicheos entre soldados recomenzaban. Decidió no darle importancia, había problemas mayores. En los últimos días el destacamento se vio reducido a una docena de hombres y en su rostro temerario se asomaba por primera vez una pizca de nerviosismo. Los soldados también estaban inquietos.

De su pasado en Alemania se sabía que militó desde joven en los *Freikorps*, los cuerpos paramilitares que restablecían el orden e impedían revueltas en los caóticos años de la República de Weimar, después de la derrota alemana en la Gran Guerra. Esta información la confirmó Maidana, quien ya había combatido con von Kutz durante meses y escuchado incluso, de la boca de su actor, los violentos pormenores de una represión contra "sucios comunistas" en Berlín. Atraído por los buenos sueldos, el alemán arribó a Bolivia en 1928, como instructor para una docena de tanques Vickers solicitados por el general Kundt para la campaña del Chaco, que el viejo general ya ansiaba. La venta finalmente se frustró y ningún tanque llegó a Bolivia hasta mediados de 1932, pero el oficial, que rondaba los 35 años, ya había escalado posiciones en el Colegio Militar. En el sentido más estricto, sin embargo, como el Tratado de Versalles que los victoriosos le impusieron a Alemania determinaba que su ejército debía reducirse al mínimo, y entre otras estipulaciones, que sus militares no podían ser contratados por armadas de otros países, von Kutz era técnicamente lo que se llama un "mercenario". ¿Lo molestaba esto? Es posible. De cualquier modo era un mercenario que tenía pasta de líder y un organizador brillante. Nunca titubeaba al tomar una decisión, cualidad que los jefes militares suelen apreciar mucho en sus subordinados, se equivoquen o no.

Con estas condiciones, el oficial hijo de alemán y boliviana, ascendió a capitán tras el revés del segundo ataque a Nanawa, en julio de 1933, por la "invaluable cooperación prestada al avance de nuestra infantería, en un momento de suma necesidad y peligro", en el que a pesar del saldo negativo (el resultado fue tan desastroso en bajas para el ejército boliviano como en enero) había demostrado su valor, comandando una tanqueta Carden-Loyd que finalmente fue destruida.

Ahora, a cargo de un batallón, recibió orden de ocupar una posición que el enemigo había abandonado al sur del Km 31. El movimiento de las tropas paraguayas tenía desconcertado al alto mando, que no entendía si el enemigo se reagrupaba o abandonaba el terreno. Von Kutz y sus hombres debían preparar campamento en torno al fortín y patrullar la picada para que permaneciera abierta. Todavía no se

habían abandonado las esperanzas de volver a tomar la boca infernal de Gondra y la picada era fundamental para mantener la comunicación con otro pequeño fortín algunos kilómetros al sur.

El fortín, único signo de civilización: una casita de troncos y ramas, un puñado de hombres y una bandera, a veces, con mucha suerte, un pozo. En el Chaco no hay poblaciones, aldeas o colonias. No hay construcciones ni rastros del hombre. No hay avances ni retrocesos de una ciudad a otra, o de pueblo a pueblo, ni siquiera de un punto reconocible a otro, una plaza, por ejemplo, una esquina con un nombre antiguo y evocador. Casi todos los fortines tienen dos nombres, uno boliviano y uno paraguayo. Estos son impuestos por las patrullas que han presenciado algo, la muerte heroica de un oficial, como en Campo Jordán, o han hallado montículos de huesos, como en Caballo Muerto.

Había pues, que buscar el fortín.

Algunos hombres, que tomaban un descanso a la sombra del esqueleto de un árbol, comentaban aún el fuego que habían encendido en Pozo Favorito. Cuando lo vieron arder, fue el más bello incendio del mundo. Alto, alumbrando el desierto a su alrededor. Camiones, pertrechos y municiones formaban una pirámide inmensa como los rezos de los creyentes: la base sobre la tierra y la punta mirando al cielo. La luna aparecía, observó Russell, por encima del fuego. "Un espectáculo digno de verse solo", se dijo. Las balas explotaban inútiles, arrebatado su destino mortal. Todos se quedaron observando unos segundos, uno con los ojos humedecidos, era el aire caliente, el fuego pálido, hasta que el capitán los arengó a que cumplieran con el toque final. "Hay que jjjoderlos", gritó el capitán, ante las miradas inquietas, "ijjjoderlos bien!"

"¡Esos camiones debieran servir para recoger a nuestros heridos y llevarlos a retaguardia, carajo, no como fogata, para calentarles las patas a los pilas cuando entran cantando al fortín!", se quejó el sanitario Flor Medina.

"¿Y para qué sirven, me puedes decir, si los pilas capturan los camiones? Para traer más pilas, para que te agujereen más rápido", comentó Maidana con una sonrisa maligna, "eran órdenes del comando, es lo mismo en todas las líneas".

"El comando, el comando...", imitó Astulfi burlón, "pero contaminar el pozo no era orden del comando, ¿o sí?" El hombre se puso serio, y bajó la voz, "echar esos cuerpos al pozo, como basura, en vez de quemarlos en la pirra, con algo de dignidad. Es asqueroso. Sabiendo que pilas y bolivianos por igual, beberemos esa agua ahora o en unas semanas." Astulfi miró al teniente Vallejos. "Lo que sí, no fui el único que quiso discutirlo con el capitán". Pero Vallejos no dijo nada, ni entonces ni ahora. De cualquier manera, cuando el alemán bajaba la mano, el asunto estaba decidido.

"Jaja, pobre cojudo, i no será la primera vez que tomas jugo de pila muerto creyendo que es agua de mayo! —le espetó Russell, nervioso. ¿Acaso no le has sentido ya el sabor a mierda al agua, cuando recogemos de los charcos donde se bañan los amigos rococós? Masticamos coca y comemos raíces igual que bestias, dormimos a la intemperie como bestias, morimos como bestias, ¿qué carajos importa el agua del pozo?"

Nadie más respondió.

La fila de hombres se puso nuevamente en marcha a las tres de la tarde: el sol brillaba a medias, como en los sueños. Después de varios días, había dejado de llover. El paso de la tropa era lento, perezoso. Arena, matorrales, matorrales, arena. Al día siguiente, lo mismo. El sol hacía temblar el aire como agua vista a través de un vidrio. Las pisadas se ahondaban en la arena abrasada. Continuaron el avance por monte cerrado y tomaron dos islas poco resguardadas. Llegaron el día 14. Esa tarde, después de combatir en un pequeño pajonal, llegaron a un islote en forma de media luna desde donde un grupo de morteros detonaba con regularidad letal. Los morteros enloquecieron a los bolivianos durante toda la guerra, el sonido y la violencia, al explotar, eran tremendos, y a veces quedaban brazos o piernas colgando de la arboleda reseca, saludando, como adornos monstruosos. Cayeron dos más; impactado en el pecho, uno cayó de rodillas, como un títere. Al otro le explotó una granada cerca del rostro, le salían lagrimones de sangre, la tosía copiosamente, gritaba, intentando incorporarse el hombre buscaba, sin luz, los ojos de sus compañeros.

Aplastados por el hambre y por el cielo cegador, semienterrados en la arena, algunos preferirían no levantarse más. Pero el capitán anima, fortalece a sus soldados. Su voz tiene inflexiones graves que alientan y dan coraje. Su serenidad, su aplomo, aligeran ese vago malestar que flota sobre la compañía en todo momento. Los hombres se incorporaron y siguieron disparando sus fusiles contra la maleza implacable. Von Kutz bramó por calma. Les aseguró que tomarían el fortín antes de que cayera la noche.

Así fue. Con los ojos enrojecidos por el sudor que irrita los párpados, exhausto y aliviado con el súbito silencio en el monte, Russell se puso a revisar los cuerpos caídos. Solía hacerlo buscando cartas, fotos, diarios. Algo que leer, en realidad, algo que mirar, para distraer la mente de sus propias circunstancias. Conservaba algunas de estas cosas, pero por lo general las tiraba al fuego después de leerlas un par de veces.

Hicieron el campamento y comieron el rancho, una pizca de mote, hojas de coca y algo de agua. Semidesnudos, media hora después, ocho hombres se hallaban empeñados en una paciente y distraída matanza de piojos. El capitán estaba dentro de su carpa, descansando. Para desprenderlos de la piel había que quemarlos con la punta de un cigarrillo, porque si se los arrancaba directamente quedaban prendidas sus cabecitas y eso provocaba ronchas y gran irritación. Los piojos eran la plaga más repandida, pero no la más terrible. Allí las moscas rondaban no como espías solitarios, sino como batallones, según dice en alguna parte el Antiguo Testamento. Las "verdes" dejaban sus huevos en todas las heridas, y sus larvas crecían hasta rebalsarlas, condenando al parasitado a una muerte espeluznante.

En la noche silenciosa, cuando los soldados reposaban, empezó a oírse en torno al mosquitero, el runrunear de los "anofeles", cuyos aguijones fácilmente perforaban los uniformes.

"¿Escuchan eso?", preguntó a gritos uno de ellos, desesperado.

"Si, hermanito. Son unos cuantos millones de zancudos. Y todos te quieren picar el culo hasta dejarte seco. ¿Qué hay de nuevo? Dormiremos, mejor."

En las horas de descanso, el sueño destinado a acumular reservas físicas era intermitente, aflojados los resortes volitivos, como accionados por unos shocks eléctricos, los soldados se sacudían apenas lograban cerrar los ojos y descansar. En el nuevo día, todos se jugaban su destino otra vez. Poco antes de que amaneciera, la lluvia comenzó a caer, inclemente. Salieron temprano de los mosquiteros y prendieron una fogata grande para que el humo ahuyentara a los mosquitos. En el Chaco, noviembre es el mes de las lluvias y de los zancudos feroces. A mediodía, el fortín estaba anegado y cinco hombres hacían cálculos y discutían alrededor del fuego.

"Seguro los pilas ya han tomado toda la picada", exclamó el apuntador de pesada. "Están en todas partes. Yo no me meto. Nos vamos a hacer cocinar."

"Picada bruja es", dijo otro, "no hay salida, si entramos nos hemos de perder, adentro nos vamos a morir".

"A ver señores, la orden que recibió el capitán es que la picada sea patrullada permanentemente, sobre todo por las noches, para evitar sorpresas. De tres en tres, y de dos en dos, de ida y vuelta, respetando los turnos. La picada debe permanecer abierta en estos dos sectores", comunicó Maidana haciendo una Y con los dedos. "Desde acá hasta acá", señaló con su otra mano, "este punto es importante para concentrar fuerzas frente a Gondra."

"No más ataques frontales, no sirven en esta región boscosa. Hay que ganar los flancos buscando puntos débiles. Los pilas se han vuelto machos en hacer cercos, y nosotros ni eso."

"Es verdad. Hay que cambiar de estrategia. Primero el general Kundt tiene que aceptar que Gondra está perdida", aclaró Flor Medina con su acento catalán. "¡Nos envían a que nos vuelvan coladera carajo, a mantener posiciones, en vez de replegarnos de una vez y recuperar fuerzas! ¿Dónde están los reservistas? ¿Por qué nos mandan a cuentagotas?"

"Al general le gustan los despliegues de coraje inútil", comentó Vallejos, casi con indiferencia.

"¡Ah, admirable!, ¿pero y él? Ni se acerca, apenas asoma el bastón fuera de Muñoz, y ni conoce el terreno. Mira todo de lejos, y de tan lejos como nos vemos diminutos, debe pensar que somos soldaditos de plomo para que él juegue."

"Puede ser, che. Al general le encantan los juguetes, chiquitos y grandes. ¿Quién sino hizo traer los tanques hasta acá, para retozar en la arena?"

"Es una barbaridad, no sirven para nada, basta con cavarles una zanja adelante y plaff... además dice que adentro la temperatura llega hasta 60 grados, con razón los operadores se vuelven locos. Por eso nuestro capitán quedó así...", se lamentó Astulfi, socarrón.

"Lo que tiene el capitán no se agarra en un tanque", sentenció Vallejos con disgusto. "Pero eso, ^o cambia que lo mejor por el momento sea vigilar la picada y esperar a los refuerzos, como él dice."

Algunos asintieron y Flor Medina levantó las manos. Maidana sonrió. El teniente Vallejos era un hombre de pocas palabras, pero su opinión siempre era considerada, no por el rango, que él apenas tomaba en cuenta, en sí mismo o en otros, sino por su aplomo y valentía, por la inteligencia que rezumaba en sus ojos detrás de las gafas redondas. En efecto, el ascenso de Vallejos había sido desde el inicio de la contienda, digamos, irregular. A poco de la movilización, desobedeciendo órdenes superiores, dejó el campamento para ir a procurarse un desahogo sexual con una makaki de un tolderío indígena cercano. Además del polvo, a cambio de un reloj, el pago exigido por el indio makaki delator, obtuvo preciosa información sobre un inminente ataque pila a un fortín boliviano. Gracias a la información, la toma del fortín se frustró y Vallejos, que dio el aviso salvador, fue primero castigado por indisciplina y luego ascendido a subteniente.

"Organicemos los turnos de una vez, ahí viene el capitán."

Durante dos semanas, el patrullaje se hizo rigurosamente, tal como había sido ordenado. Von Kutz también entraba en la ronda. Entretanto, se inundaron las picadas y el agua de la lluvia se cernía del cielo turbio, anegando de niebla el bosque. Los pantanos se formaban como manchas de aceite, y a ratos el desierto parecía un inmenso lago sin profundidad en toda la llanura, de la que emergían unos cuantos árboles inclinados hacia el suelo, abatidos por el peso del agua.

Vallejos lo miraba y sabía que Russell no se encontraba del todo bien. Se conocían tanto que les bastaba con abrir y cerrar los ojos para comunicarse. También así se explicaba, por otra parte, que hubiesen logrado no separarse, desde el momento en que Russell fue movilizado, hasta ahora, ocho meses después. Cuando caían los morteros y cundía el pánico, cuando parecía que el sonido y el silencio se hubieran invertido, los mellizos, los hermanos corsos (es decir, explicaba Russell, que se entendían a ciegas) actuaban de memoria y salvaban el pellejo. Les bastaba mirarse a las caras. En cuanto a que los hombres observaran su propio rostro en un reflejo más fiable, menos sucio, que no fuera el metal de los puñales, y el de los charcos, "los tristes espejos del camino", era imposible. Apenas se hubieran reconocido. Con los nervios que bullían en su interior, incluso von Kutz había desistido de rasurarse a diario, y a excepción del cabo Absalón, camba de rostro lampiño y cabellos duros como las crines de un mulo, y de dos aymaros, los hombres del capitán llevaban barbas hirsutas y sucias con el barro.

Algunos se distraían mirando a los sapos que se habían multiplicado en los charcos alrededor del campamento. Se acercaban y los observaban con curiosidad y repugnancia. Los sapos son en el Chaco monstruosamente grandes, pero en vez de croar, se lamentan con un ronco quejido de viejo, impropio de su volumen impresionante. El cadáver de uno de ellos, el sapo más grande que haya visto Russell nunca, una cosa espantosa, se había quedado varado, flotando boca arriba entre unas larguísimas ramas al borde de un charco. La lluvia lentamente lo iba descomponiendo, solo era cuestión de esperar y el sapo volvería a la tierra por completo. Pero no todavía. Russell se incorporó y se dirigió a su carpa. Una vez adentro, tras secarse un poco, abrió su morral, sacó un manojito de cartas y se echó a revisarlas.

En Cochabamba Russell había tomado por mujer a una trigueña llamada Mercedes, bonita de manera discreta, con ojos grandes y despiertos y con pecas en el rostro. Los presentó el hermano mayor de ella, un colega de Russell en el banco. Porque antes de la guerra, Russell había sido empleado del Banco Central. Comenzó durante sus años de estudiante universitario y cuando se licenció de abogado, como ya tenía ingresos fijos y perspectiva en la carrera bancaria, el padre de Mercedes aceptó entregarle la mano de su hija. Se casaron y antes de un año le dio un varón. Con firmeza, ella impuso el nombre de su hermano, el responsable de su unión. "Muy bien, dijo Russell, pero el siguiente se llamará como mi abuelo." Vallejos también hizo estudios de Derecho en Sucre, pero los abandonó apenas murió la abuela, el mismo fin de semana que se cayó el mercado en Wall Street. Se fue al Chaco por más de un año, antes de la guerra; ahí estuvo abriendo picadas, sembrando un poco de maíz donde fuera posible regarlo.

Las pocas cartas que llegaban de retaguardia eran un bálsamo, a veces agridulce, para los soldados. En algunas compañías, cuando llegaba el correo un estafeta repartía cigarrillos y por sorteo uno de los soldados leía en voz alta la carta recibida. A veces aplaudían, los mimos de las novias y esposas eran saludados con chiflidos y bulla, con una risa gozosa, lejana. Cada soldado tiene un rincón de interior, de refugio, y en él amontona recuerdos y pedazos de cariño, ese tibio cariño que al comprender recién, quisieran volver para no dejarlo más. A mediados de junio, en una base cercana a Nanawa, a Russell le tocó leer la carta donde Mercedes le contaba que estaba esperando familia, otra vez.

Al leer la carta a solas, de nuevo, primero sintió un alborozo que creía ya imposible, después de ver las cosas que había visto, un alborozo incluso mayor al de la primera vez, porque ahora ya sabía lo que era contener un pequeño pie dentro de la mano, reconocer en miniatura rastros indiscutibles de su sangre (los ojos del abuelo, la nariz de la madre), ver y acariciar a la mujer elegida tras su esfuerzo vital, conmovida hasta las lágrimas ante la evidencia física de su acto de amor. Todo eso lo preservó Russell, y estos recuerdos, sumados a otros pocos, eran los cristales donde se refugiaba cuando sentía la desesperación afanarse dentro de sí. Al principio creyó que el niño era una prueba de su vigor, de su afirmación por la vida sobre la muerte.

Pero pronto comenzó a preguntarse por el sentido de la vida del niño. De golpe lo inundó el horror de ser padre. Avergonzado, se encontró deseando que el hijo no naciera; cerraba los ojos y veía a Mercedes acostada en su lecho matrimonial, levantándose una mañana, y al abrir sus sábanas una monstruosa mancha roja, la cara de miedo, de desgarramiento interno y las lágrimas, las manos chapoteando desesperadas en la sangre que continúa fluyendo. "Sería mejor", se decía Russell. "¿Bajo el abrigo de quién crecería? ¿Y para qué?, todo es grotesco, enfermo, sucio, moral y físicamente. El mejor regalo es no nacer nunca." Es verdad que el niño tendría la ventaja de una madre y no un padre, inversamente a lo que le ocurrió a él. "Una opción preferible, pero aun así." En momentos de optimismo, cuando creía posible que al menos alguno de ellos regresara a casa (¿por qué no él?), Russell extrañaba la calma del campo, y pensaba en conseguir un gramófono y llevarlo a la finca de su padre, en Colomi, tierra que siempre había despreciado y le parecía ahora un paraíso.

Cuando comenzaba la tercera semana de patrullaje en la picada, Flor Medina le informó al capitán que se había acabado la coca, y que el mote era un lejano sueño. El hambre estaba comenzando a afectar seriamente al regimiento, algunos ni siquiera habían salido de sus mosquiteros. Von Kutz inspeccionó al sanitario con sus ojillos verdes y le mostró sus dientes de cuy.

"Entonces reparta el sipoy, sanitario, ¿qué mierda espera?"

Descortés y directo, el capitán despreciaba los remilgos de los civiles y cualquier delicadeza social. Había nacido para ser militar, por naturaleza era contrario a cualquier esfuerzo superfluo. Apenas consideraba todo lo que no era un fin en sí mismo. Nunca había leído una palabra al respecto, pero sin sospecharlo, era un utilitarista extremo. Casi incapaz de pensar en los individuos y no en el conjunto.

"El sipoy alivia un poco la sed capitán, contra el hambre no hace nada."

El capitán no contestó. Envalentonado, Flor Medina añadió su opinión, sabiendo que sólo conseguiría provocar burla o desprecio:

"Creo que deberíamos considerar el repliegue, señor."

Von Kutz soltó una risita. Ya no le prestaba atención.

"No tema", dijo entonces, "algo aparecerá, yo siempre estoy rezando a mi virgencita", dijo, abriéndose dos botones de la camisa y mostrando una cadena que llevaba colgada del cuello, debajo del pañuelo rojo que deslizaba entre la ruda tela del uniforme y su piel irritable y blanquiñosa.

"Parece que el capitán nos ha encomendado a la Virgen María y le tiene fe," resumió el sanitario cuando los soldados se reunieron en torno al fuego a escuchar las nuevas. "Hay que seguir esperando que lleguen los refuerzos, el capitán dice que los envía el mismo Kundt desde Aguarrica."

Otra vez, el enemigo ya no era el paraguayo sino la tierra inhóspita. En esta época del año, el lodo era un enemigo más, con el que nadie contaba. A veces los sumía hasta las cinturas y los chupaba con furia, con paciencia. Los camiones salvadores se quedaban varados, patinando, y los víveres y las municiones apenas llegaban a destino, siempre con retraso. Esa semana empezaron las explosiones de nuevo. Los cañones paraguayos sonaban próximos pero aún no estaban a la vista. Los acompañaba, más lejano aún, el inconfundible traqueteo de la "tostificación".

Von Kutz contó a sus hombres y razonó que si debían enfrentarse a contingentes mayores necesitarían más municiones. Le ordenó a uno de los "repetes" y a Absalón ir a recogerlas de una zanja que había quedado abandonada al norte. Fueron los dos y solo volvió el cambia, arrastrándose, con la cara coagulada de barro y sangre, cargando un morral con proyectiles de mortero. Cuando volvían los

interceptó una patrulla pila, dispararon de uno y otro lado y su compañero cayó; Absalón por un momento sintió que se ahogaba, pero halló fuerzas para tomar el camino de vuelta.

Lo metieron a una de las carpas y apareció Flor Medina, que lo miró con tristeza. "La bala entró por la mejilla izquierda y salió por el pómulo derecho, destruyendo el velo del paladar", le explicó a Vallejos. El sanitario no pudo hacer nada, no tenía medicinas, ni siquiera lavarle las heridas con agua de permanganato. Echado dentro del mosquitero, con la cara hinchada y los párpados entreabiertos; las moscas "verdes" le habían depositado huevos en las heridas, que se llenaron de larvas. Pedía agua, desesperado, y como no tenía jarro, Vallejos le daba tamborcitos vacíos de gasas llenos del precioso líquido. No podía tragar, el agua se le escapaba por la nariz. A Absalón se le pudrió la cara mientras miraba el techo de la carpa a lo largo de dos días y dos noches. El teniente se quedó a su lado, hasta que dejó de respirar.

Los terribles rayos del sol se afilaban en el horizonte, tal vez un día dejaría de llover para que pudieran pasar los camiones. El teniente Vallejos respiraba quedamente y sus ojos, negros, inquietos, fulgurantes, parecían los de un pájaro silvestre que ha caído en una trampa. Al frente, tenía el campo de lodo calcinado y maligno. Atrás, la arboleda enferma, la picada abierta, sin sentido. Russell se le acercó y le puso una mano en el hombro. Vallejos se sacudió. "Carajo Pepe, soy yo. ¿No quieres un poco de coca? Astulfi me la dio a cambio de unos fotos cochinas que encontré." Vallejos sonrió y aceptó las hojas, comenzó a masticar lentamente, con parsimonia, después retomó su gravedad.

"Vi como mirabas al capitán hoy. Por lo menos deberías ser menos obvio."

"No sé de qué hablas."

"Lo que quieres hacer, ya lo habías pensado antes, pero tampoco ahora es buena idea."

"Dejá de joder Pepe, tú quieres asesinar al capitán porque crees que mató a tu indio Absalón. Pero lo mató la guerra. Von Kutz es un hijo de perra despiadado pero sabe comandar una tropa. No fue algo personal, no seas bestia."

El inquirido suspiró y su voz se hizo confidencial. Le dijo que la venganza no tenía nada que ver. Explicó a Russell lo que se temía. Los pilas estaban haciendo cercos en toda la zona (no habían parado desde Campo Grande) y muy pronto también ellos serían carne de cañón o mínimo prisioneros y esclavos de los pilas. Había que replegarse, ayer ya era tarde.

"El desastre es inminente. ¿No escuchas los camiones de los pilas? Ahora suenan todo el tiempo."

"Se podrían estar yendo..."

"No se están yendo, están llegando por montones. Va a ser la gran ofensiva de Estigarribia."

"Pero asesinar a un capitán... si te descubren te cuelgan."

"Tenemos que irnos mañana, como sea. Si no caga el *waqati* cagamos todos", contestó Vallejos con aplomo, "no nos dejará movernos de aquí y nos acabarán como a perros, sin ningún sentido, ni dignidad."

Russell sentía que los ojos negros y escrutadores de Vallejos lo estaban midiendo. A su vez éste sabía que el sargento de reserva Russell había matado a un puñado de hombres desde que empezó la guerra, pero solo uno en un enfrentamiento cuerpo a cuerpo. El rostro del último no lo olvidaba, el modo en que sus manos se crisparon ajustándole el cuello. Los demás como tirador de distancia; no había vuelto a pensar en ellos después de jalar el gatillo.

"¿Y si llegaran los refuerzos y los pilas ya estuvieran aquí? Dueños de la picada... ¡y todo por nuestra culpa! Perderíamos una de las entradas a Gondra..."

Con la punta de la lengua Vallejos se lamió la lluvia y dijo no.

"No, aquellos en quienes invertimos nuestras esperanzas solo aparecen cuando ya no son necesarios. Hemos esperado casi un mes."

"Entonces desertaremos..."

"No desertar, retroceder. Es más importante ser fiel a uno mismo que a los prójimos, Santi. Hay un mundo en otra parte, más allá, lejos de la casa y de Colomi, del maldito terruño de Cochabamba. Cada uno debe morir en su propia ley. ¿Te acuerdas de lo que decía madre? La finalidad de la vida es prepararse para estar muerto. Ahora lo entiendo."

"¿Y Maidana? Sabes que ese mataría por su amo."

"Esta noche no le toca salir con nosotros, tenemos patrullaje del tramo corto de doce a seis de la madrugada. Cuando vuelva a esa hora, les diré que el capitán ha caído heroicamente, y como el oficial de más rango, ordenaré el repliegue inmediato."

En la concentración nocturna, sin embargo, mientras se repartía el chañar, que los soldados podían masticar para engañar al estómago, von Kutz anunció que en el patrullaje de esa noche no lo acompañaría Vallejos. "Lo mejor es que se quede aquí, teniente, cuidando el fortín. Los hombres lo respetan, tengo confianza en usted. Nadie más debe dejar su posición."

Era difícil avanzar en la picada. La marcha tenía que ser lenta, por lo dolorosa, y aun así las espinas de la carahuata desgarraban los uniformes hasta dejarlos en hilachas. Avanzaban en silencio, el capitán y Russell, escuchando la lluvia que caía. Poco a poco, el alemán comenzó a balbucear una canción. Muy suave al principio, apenas se dejaba oír, pero al cabo un poco más fuerte, lo suficiente para que Russell pudiera reconocer el compás y primero siguiera la melodía con la cabeza, y luego, entusiasmado, se pusiera a tararear lo mismo, pero no de cualquier manera, sino con todas las notas. Entonces el capitán

empezó a andar más despacio, y se retrasó un poco en un tramo más ancho de la picada, para disfrutar mejor del recuerdo de la música junto al soldado.

"Es una cueca chuquisaqueña muy antigua, me sorprende que la conozca", dijo Russell.

"Me gustan mucho los conjuntos y las orquestas. En La Paz oía mucha música. Al diablo con Brahms, cuando oigo un yaraví me inunda la pena enseguida. ¿Por qué será?"

Russell entrecerró los ojos, como si quisiera ver a través de la arboleda. "Son como una melodía de la derrota. Los yaravíes cantan la pérdida del Litoral, y la decadencia de los criollos. Por eso se ha conmovido usted. Usted también es un derrotado, ¿no?, su país, quiero decir. En mi caso, nuestro signo es ser vencidos a menudo. Por lo menos una vez cada medio siglo."

El capitán asintió. "Hay más de una forma de ser derrotado, y hay derrotas muy valiosas, mucho más (moralmente) que las victorias. Dependen también de la dignidad del enemigo, un vencedor que se regodea es indigno siempre, del adversario verdadero, en cambio, se contagia uno de gran valor."

Russell miró a von Kutz al lado suyo, un poco más alto, con el cabello rubio y pajoso y esos dientes frontales salidos que lo hacían parecer más joven de lo que era. Máximo le llevaría diez años, calculó. Se quedaron en silencio nuevamente, durante largo rato. Russell prefería no pensar en lo que debía hacer.

"He visto que es usted de familia ilustre, sargento. Me topé con su apellido en alguna parte. Entiendo que su padre fue presidente."

"Mi abuelo, en realidad. Hace muchos años, antes de que yo naciera. Pero nunca lo conocí. Era un conservador, un hombre bueno, creo, muy religioso en todo caso, lo que le jugó en contra al final. El pueblo no le perdonó que fuera tan beato. Los liberales que llegaron al poder sólo pensaban en sacárselo de encima. Cuando estaba viejo, una de mis tías casi recibió un balazo en la cara una noche que les asaltaron la casa."

"Es así en todas partes. Justos pagan por pecadores. Los justos se enfrentan al desprecio de los de arriba y la ira de los de abajo. Lo entiendo muy bien." Hizo una pequeña pausa. Aun así, el líder verdadero no retrocede, debe ir hasta las últimas consecuencias. Puede que a veces tome decisiones erradas, pero lo hace convencido de que es lo mejor para la mayoría."

"Yo no sé si mi abuelo fue justo, capitán. Pero usted no tiene que convencerme de nada. Respeto la dedicación y la intensidad que pone en cada decisión que toma."

"Es natural que me respeten, ¿no? Tal vez alguno me teme también. Es esencial para un oficial tener ese respeto. Si lo pierde, deja de comandar. Entonces hay desmoralización y caos. Yo merecería el cadalso si permitiera que eso ocurriera a mis hombres."

El sargento dijo que comprendía. Siguieron hablando, haciendo bromas incluso, y poco a poco le pareció como si una pesada cortina se abriera entre los dos. Cada vez se sentía menos seguro de poder hacer lo que Vallejos le había hecho jurar que haría. De poder confiar en el capitán todo era más fácil, mientras

le obedecieran todo saldría bien. En algún momento von Kutz comenzó a hablarle de su niñez en el campo, en una granja cerca de Halle, en Sajonia. Hablaba más rápido, por estar emocionado y era más difícil comprenderle. Confusamente reconoció que había sido su padre quien le echaba, no sólo de la granja, según le pareció entender a Russell, sino más tarde del país. "En Alemania tenía otro nombre. Se me ocurrió cambiarlo cuando llegué aquí, ahora me doy cuenta que hice mal. Quizá por eso se lo cuento a usted. Cuando vuelva sé que mi padre me perdonará."

La noche avanzó tranquilamente hasta que escucharon una descarga. La explosión fue demasiado potente pero supo que esa era la señal, lo supo como se saben las cosas en los sueños, algo como una vaga certeza detrás del cuello. Se encendió un fuego en la picada, quizá a cien metros de allí. Russell vio cómo el capitán corría en dirección al fuego, siempre recordó que en ese momento eterno se dijo que los hombres se delatan en todos sus actos, incluso cuando caminan o corren. Levantó su carabina y apuntó. Nadie sabe de antemano si va a ser cobarde o valiente cuando llegue la hora, uno no sabe si cuando vea acercarse al enemigo saltará hacia él o si se quedará paralizado. Nadie sabe, y no hay segundas oportunidades, la vida no es una novela de Conrad.

Como un pájaro sin luz, Russell retiró el dedo del gatillo. Bajó la carabina y notó que dejaba de llover. Había pasado el punto de inflexión, el instante irrepitable, que nunca regresa, pero nada de eso puede saberse antes. Mientras se acercaba al capitán trotando, sintió que algo le crecía en la boca del estómago. Pensó en el rostro de Pepe al verlos llegar, la profunda decepción que lo embargaría desde sus ojos negros. Sacudió la cabeza, alejando esos pensamientos. Aliviado en algún rincón, se dijo que al menos no tendría que hacer aquel ridículo teatro, que tan mal hubiera hecho, llegar corriendo al campamento, decir que habían sido emboscados y que una bala había alcanzado al capitán en la cabeza.

El final es conocido. El 11 de diciembre de 1933 cayeron en el cerco de Campo Vía 7.500 prisioneros, dos divisiones enteras, la IV y la IX, a cargo de los generales Banzer y Gonzáles Quint; el material bélico capturado que no llegó a destruirse esta vez incluía 20 cañones, 25 morteros, 100 ametralladoras pesadas, 400 ametralladoras livianas y unos 8.000 fusiles, además de numerosos camiones. Fue la derrota más dura para el ejército boliviano en tres años de guerra. También fue el final de Kundt. En uno de los movimientos pequeños que las tropas paraguayas hicieron por la zona, una patrulla encontró un grupo de seis bolis comandados por un "diablo rubio". Murieron todos salvo tres, pero uno más dejó el cuero en el campamento de prisioneros al que los enviaron cerca de Asunción.

El cine París todavía está en la vereda opuesta al Palacio de gobierno en La Paz, cruzando la Plaza Murillo. En esos días se exhibía la película "El hombre invisible". La tarde del 11 de diciembre, una joven cochabambina que visitaba la ciudad entró a la función. El encargado de los boletos la recordaba bien; tuvo que ayudarla a salir a medio rollo, porque había roto fuente y debieron llevarla al hospital de Miraflores. Allí dio a luz a mi padre, y en honor a Pepe, que murió ese mismo día, no festejaron su llegada al mundo, sino al día siguiente, durante toda su infancia.

(2015)